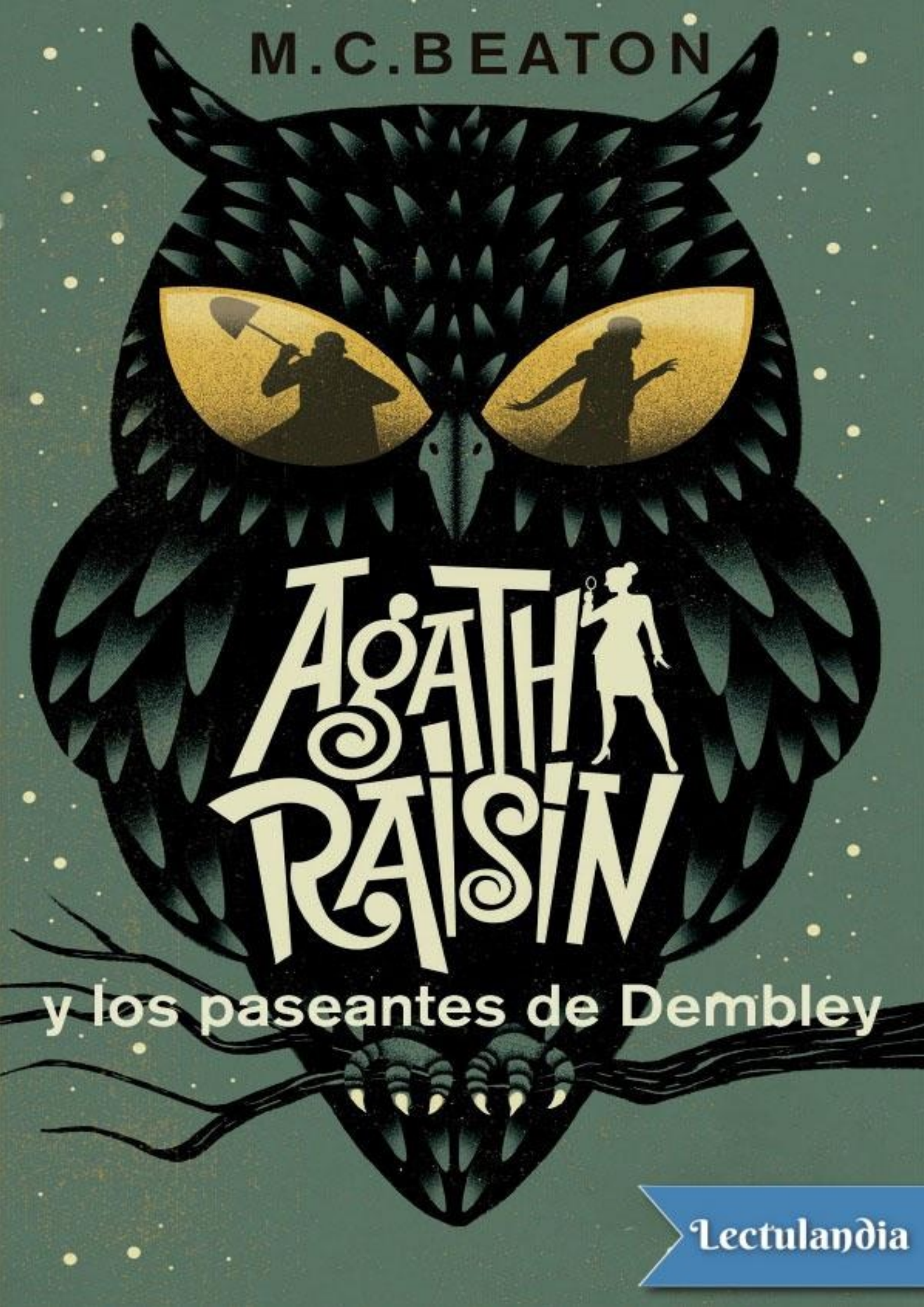


M.C. BEATON



AGATHA  
RAISIN

y los paseantes de Dembley

Lectulandia

El caso de la excursionista que odiaba a los terratenientes

Después de un tiempo, Agatha Raisin regresa a Cotswold, su querido pueblo en Carsely, y a los encantos de su apuesto vecino, James Lacey. La verdad es que James no parece muy encantado de verla, pero Agatha pronto encuentra distracción en un asesinato sensacional.

La víctima, que aparece semienterrada en un sembrado, es la joven excursionista Jessica Tartinck, que pasó su vida irritando a los terratenientes al reclamar sus derechos de paso. Agatha no cesa en la esperanza de implicar al reacio James en su investigación. Hay tantas pistas a seguir... desde los compañeros de caminata de Jessica, hasta los propietarios de las tierras, todos parecen capaces de cometer un asesinato...

**Lectulandia**

M. C. Beaton

**Agatha Raisin y los paseantes de  
Dembley**

**Detective Agatha Raisin - 4**

ePub r1.0

Titivillus 15.10.16

Título original: *Agatha Raisin and The Walkers of Dembley*

M. C. Beaton, 1995

Traducción: Vicente Campos González

Título original: *Agatha's First Case*

M. C. Beaton, 2015

Traducción: Vicente Campos González

Diseño de cubierta: Winfried Bährle

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## UNO



Agatha Raisin contemplaba la luz del sol sobre la pared de su oficina en la City de Londres. Se filtraba por las rendijas de la persiana veneciana, como largas flechas de luz que se arrastraban pared abajo a medida que el sol descendía, al modo de un reloj de sol de la jornada laboral de Agatha.

Al día siguiente todo habría acabado. Pondría fin a su temporada como empleada de relaciones públicas y podría volver a su casa en la localidad de Carsely, en los Cotswolds. No había disfrutado de su vuelta al trabajo. El poco tiempo que hacía que lo había dejado y el breve periodo que llevaba jubilada, parecían haber bastado para arrebatarle la energía necesaria para dar publicidad a sus clientes a través de la prensa y canales de televisión.

Si bien conservaba buena parte de su antigua energía y agresividad como para salir bien parada del desafío, echaba en falta Carsely y a sus amistades. Al principio había ido a pasar algunos fines de semana, cuando podía, pero el tormento de volver a Londres había sido tal que durante los dos últimos meses se había quedado en la ciudad, trabajando incluso los fines de semana.

Había pensado que su recién descubierto talento para hacer amigos le habría servido en la City, pero la mayoría del personal era joven comparado con sus cincuenta y tantos años, y preferían quedar a la hora de comer y acabada la jornada. Roy Silver, su joven amigo que la había embaucado para que trabajara para Pedmans durante seis meses, también la esquivaba con el pretexto de que estaba «demasiado ocupado» para tomar algo con ella o incluso para charlar un rato.

Suspiró y miró el reloj. Debía llevar a un periodista del *Daily Bugle* a cenar y tomar unas copas para promocionar a una nueva estrella del pop, Jeff Loon, cuyo verdadero nombre era Trevor Biles, y no le apetecía en absoluto. Era difícil promocionar a alguien como Jeff Loon, un jovencito esmirriado, lleno de acné y con una boca que parecía una cloaca. Pero tenía una voz que solían describir como de tenor de salón irlandés y hacía poco había grabado unos temas románticos antiguos, todos ellos grandes éxitos. Así que era necesario darle una nueva imagen como chico encantador de la Inglaterra de clase media, el tipo de chico al que adoraban los papás y las mamás. Y el mejor modo de hacerlo era mantenerlo alejado de la prensa cuanto fuera posible y mandar en su lugar a Agatha Raisin.

Entró en el lavabo del personal y se cambió; se puso un vestido negro y unas perlas, que juzgó indicado para potenciar la imagen sobria del cliente que representaba. No conocía al periodista con el que iba a verse, pero había indagado sobre él. Se llamaba Ross Andrews. En el pasado había sido un reportero de primera línea, pero al llegar a la mediana edad lo habían degradado a la página de espectáculos. Los periodistas de cierta edad a menudo se veían relegados a escribir en las páginas de sociedad o de espectáculos, o peor aún, a responder las cartas de los lectores.

Habían quedado en la City, pues Fleet Street, la calle de la prensa, ya no existía como tal porque los periódicos se habían mudado al East End. La cita era en el bar del City Hotel y también cenarían allí; el restaurante era aceptable y sus ventanas ofrecían una buena vista del Támesis.

Se retorció de un lado a otro delante del espejo. El vestido, una adquisición reciente, le quedaba sospechosamente ceñido. Demasiadas comidas y cenas a cuenta de la empresa. En cuanto estuviera de vuelta en Carsely intentaría perder esos kilos de más.

Al pasar por el vestíbulo del edificio, el portero, Jock, dio un salto para abrirle la puerta y, con una sonrisa viscosa, le dijo:

—Buenas noches, señora Raisin. —Pero en cuanto Agatha no pudo oírle, añadió por lo bajini—: ¡Vieja bruja podrida!

En una ocasión le había recriminado: «Si es usted portero, abra la maldita puerta cada vez que me vea ¡Y deprisa!». El holgazán de Jock nunca se lo había perdonado.

Agatha se mezcló con la multitud menguante que volvía a casa, una mujer rellena y resuelta, con el pelo corto, ojos redondos y pequeños y bonitas piernas.

El hotel estaba a sólo unas calles de allí. Dejó atrás la luz crepuscular y se sumergió en la penumbra del bar de hotel. Aunque nunca había quedado con el tal Ross Andrews, su experimentada mirada lo distinguió de inmediato. Llevaba un traje oscuro y corbata, pero tenía el aire desastrado y chabacano de un periodista de calle. El pelo, que empezaba a escasearle, lucía un sospechoso tono negro, su cara era gruesa, la nariz, rojiza, y los ojos, azul claro. En sus buenos tiempos tal vez fuese atractivo, pensó Agatha al acercarse a él, pero los años de exceso con la bebida se habían cobrado su peaje.

—¿Señor Andrews?

—Señora Raisin. Llámeme Ross. He pedido una copa y la he cargado en su cuenta —dijo animadamente—. Va todo a la cuenta de gastos, ¿no?

Agatha pensó que eran legión los periodistas expertos en colar facturas de restaurante falsas con clientes a los que deberían haber visto pero no llegaron a ver, y luego se embolsaban el dinero. Pero cuando se trataba de una cuenta de gastos ajena, parecían no tener límite.

Lo saludó con la cabeza, se sentó frente a él y le pidió un *gin-tonic* al camarero.

—Llámame Agatha —dijo—. ¿Cómo van las cosas por el *Daily Bugle*? —preguntó a continuación, sabedora de que era inútil ponerse a hablar de trabajo hasta que el periodista creyera que había ingerido licor suficiente para justificar el esfuerzo de escribir unas líneas.

—Cuesta abajo, qué quieres que te diga —comentó él en un tono lúgubre—. El problema es que estos nuevos periodistas no tienen ni idea. Salen de esas lamentables facultades de periodismo y están a años luz de profesionales como nosotros, que tuvimos que aprender buscándonos la vida. Vuelven de un trabajo y dicen: «Oh, no pude preguntárselo, el marido acaba de morir», o alguna memez por el estilo. Yo les



digo: «Niñato, en mis tiempos lo sacaríamos en primera página y a la mierda los sentimientos de los demás». Pero éstos *quieren* caer bien. Un buen reportero *nunca* cae bien.

—Eso es verdad —convino Agatha con cierto énfasis.

Él llamó al camarero y le pidió otro whisky con agua sin preguntarle a Agatha si le apetecía otra copa.

—Y todo por culpa de entregar la gestión de los periódicos a los contables, gentuza cutre y celosa que te recorta los gastos y discute por cada penique. Vaya, recuerdo...

Agatha sonrió y dejó de prestarle atención. ¿Cuántas veces se había encontrado en una situación similar, escuchando quejas por el estilo? Mañana sería libre y no volvería a trabajar nunca más, al menos, no como relaciones públicas. Había vendido su propia agencia para poder jubilarse anticipadamente y retirarse a los Cotswolds, al pueblo de Carsely, que la había acabado seduciendo con su acogedora calidez. Lo echaba de menos. Echaba en falta la Carsely Ladies Society, las charlas delante de unas tazas de té en la vicaría, la plácida vida de pueblo. Manteniendo una bien estudiada expresión de admiración en la cara mientras Ross seguía parlotando, sus pensamientos vagaron hacia su vecino, James Lacey. Había tomado una copa con él durante su última visita al pueblo, pero la naturalidad de su amistad parecía haberse desvanecido. Se dijo que su absurda obsesión por él había desaparecido y que ya no volvería a sentirla. Pese a todo, se lo habían pasado bien resolviendo aquellos crímenes.

Cuando Ross levantó el brazo para pedir otra copa, ella se le adelantó y le recordó con firmeza que tenían que comer algo.

Entraron en el salón restaurante.

—Su mesa de siempre —anunció el *maître*, al tiempo que los acompañaba a una que había junto a la ventana.

Hubo una época, reflexionó Agatha, en la que el hecho de que un *maître* la reconociera le resultaba gratificante y subrayaba lo lejos que había llegado desde la barriada pobre de Birmingham donde se había criado. Aunque hoy día ya nadie decía «barriada pobre», claro. Ahora lo llamaban Zona Céntrica Desfavorecida, como si el eufemismo pudiera borrar la mugre, la violencia y la desesperación. Los fariseos hablaban sin parar de pobreza, pero nadie se moría de hambre, a excepción de los pensionistas ancianos que no eran lo bastante duros para exigir los subsidios que les correspondían. Era una pobreza del alma, en la que la imaginación se alimentaba con vídeos violentos, bebida y drogas.

—Y cuando volví de Beirut, el viejo Chalmers me dijo: «Eres un tipo demasiado astuto y duro, Ross, para que te secuestren».

—Eso está muy claro —dijo Agatha—. ¿Qué quieres beber?

—¿Te importa que elija yo? Me da la impresión de que las mujeres no entienden mucho de vinos.

Comentario cuyo sentido Agatha tradujo como que las mujeres elegirían un vino no muy caro, o media botella, o algo intolerable. Pensó que él optaría por el segundo vino más caro de la carta, siendo como era avaricioso pero sin querer que se notara. Acertó. Como muchos de su calaña, para cenar pidió lo que pensaba que correspondía a su posición, más que un plato que de verdad le apeteciera. Tampoco es que comiera gran cosa, a todas luces esperando con ganas el brandy que seguiría a la cena y a que alguien se llevara los platos de aquella bazofia cara. Así que apenas probó los caracoles, seguidos por costillas de cordero, ni los profiteroles para acabar.

Ya delante de los brandis, Agatha abordó con desgana los temas de trabajo. Describió a Jeff Loon como un buen chico, «demasiado buen chico para el mundo del pop», que se ocupaba con devoción de su madre y sus dos hermanos. Describió su próximo disco. Le pasó fotografías y notas de prensa.

—Esto no es más que basura, ya lo sabrás, ¿no? —dijo Ross, sonriéndole amodorrado—. A ver, he indagado sobre el tal Jeff Loon y tiene antecedentes, me refiero a antecedentes penales. Ha sido condenado por dos cargos de agresión física y también ha cumplido condena por consumo de drogas, así que ¿por qué me vendes ese rollo de que es un niño ejemplar que ama a su mamá?

La agradable mujer de mediana edad por la que Ross había tomado a Agatha Raisin hasta ese momento desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y el periodista se encontró ante una mujer de rasgos curtidos y ojos que lo taladraban.

—Y tú corta el rollo, querido —gruñó Agatha—. Sabes muy bien por qué te he invitado aquí. Si no tenías la intención de escribir algo medianamente decente, no tendrías que haber venido, cerdo glotón. Y voy a decirte algo más: me importa un pimiento lo que escribas. No quiero volver a ver tu careto. Zampas y privas como el periodista fracasado que eres, matándome de aburrimiento con historietas apócrifas sobre tu genialidad, y luego aún tienes el morro de decir que Jeff Loon es un farsante. ¿Qué me dices de ti?

»Oh, ya sé, quejarse no es propio de una relaciones públicas, pero escúchame bien: voy a romper el estereotipo. Tu director va a enterarse de todas las historias que vas contando por ahí, palabra por palabra, y las recibirá junto a la factura de esta velada.

—¡Jamás te creerá! —exclamó Ross.

Agatha sacó algo de debajo de la servilleta que tenía sobre su regazo y sostuvo en alto una pequeña pero práctica grabadora.

—Sonríe —dijo Agatha—. Estás en un programa de cámara oculta.

Él se rió sin muchas ganas.

—Aggie, Aggie. —Le cogió la mano—. ¿Es que no sabes aceptar una broma? Claro que voy a escribir un bonito artículo sobre Jeff.

Agatha hizo gestos para que le trajeran la cuenta.

—No sabes lo poco que me importa lo que escribas —replicó.

Ross Andrews había recuperado la sobriedad de golpe.



—Escucha, Aggie...

—Agatha, para ti. Pero señora Raisin me parece aún mejor, ahora que nos hemos conocido tan a fondo.

—Escucha, te prometo un buen artículo.

Agatha firmó el recibo de la tarjeta de crédito.

—Tendrás la cinta cuando lo haya leído —contestó, y se puso en pie—. Buenas noches, señor Andrews.

Ross Andrews maldijo en voz baja. ¡Relaciones públicas! Esperaba no volver a tener que reunirse con alguien como Agatha Raisin en su vida. Casi le entraron ganas de llorar. ¡Ah, qué tiempos aquellos en que las mujeres eran mujeres!

Lejos de allí, en el corazón de Gloucestershire, en Dembley, un pueblo con mercado, Jeffrey Benson pensaba casi lo mismo mientras escuchaba a su amante, Jessica Tartinck. Estaba sentado al fondo del aula que se utilizaba para la reunión semanal de la asociación de excursionismo los Paseantes de Dembley. Mientras la oía hablar al grupo, pensó que ese rollo feminista estaba muy bien, y bien sabía Dios que él estaba completamente a favor de la igualdad de las mujeres, pero ¿por qué tenían que vestirse y comportarse como hombres?

Jessica llevaba unos vaqueros y una camisa holgada de obrero que le colgaba. Tenía una cara pálida, de chica estudiosa —se había licenciado en lengua inglesa con matrícula de honor en Oxford—, y un tupido pelo negro que le caía largo y lacio. Sus pechos eran soberbios, grandes y firmes. Era bastante gruesa en los muslos y no tenía unas piernas muy bonitas, pero, bien pensado, siempre llevaba pantalones. Como Jeff, trabajaba de profesora en el instituto local. Antes de que ella se declarara por su cuenta líder de los Paseantes de Dembley, éstos eran tan sólo un grupo de gente parlanchina e inofensiva que disfrutaba de sus excursiones de fin de semana.

Pero Jessica parecía sentir placer enfrentándose a los terratenientes, a quienes odiaba como si fueran veneno. Era una visitante asidua de la Oficina del Catastro de Gloucester, donde estudiaba los mapas, buscando servidumbres y derechos de paso que, enterrados en las brumas del tiempo, ahora eran tierras de cultivo.

A su llegada al instituto unos meses antes, Jessica había empezado inmediatamente a buscar por todas partes «Una Causa». A menudo pensaba en mayúsculas. Se había enterado de la existencia de los Paseantes de Dembley a través de una colega, una jovencita tímida y rubia llamada Deborah Camden, que enseñaba física. De repente Jessica había encontrado su causa y, al instante, sin que ninguno de los demás excursionistas supiera cómo, había asumido el mando. A ninguno se le pasaba por la cabeza que su celo por encontrar derechos de paso para ellos a través de propiedades privadas estuviera alimentado por la amargura y la envidia y, como en el caso de una de sus anteriores «protestas» —había sido activista antinuclear en Greenham Common—, por un deseo de ejercer el poder sobre otros. Jessica no

encontraba ningún defecto en Jessica, y en eso radicaba su fuerza. Exudaba seguridad en sí misma. Era políticamente incorrecto no estar de acuerdo con ella. Como la mayoría de los genuinos excursionistas que sólo querían una salida tranquila habían dejado el grupo, reemplazados por otros que parecían moldeados a imagen y semejanza de Jessica, le resultaba fácil ejercer su dominio. Entre sus más devotas admiradoras, aparte de Deborah, se contaba Mary Trapp, una chica irascible y delgada con un cutis muy estropeado y unos pies muy, pero que muy grandes. Luego estaba Kelvin Hamilton, un escocés que llevaba falda a todas horas y hacía chistes sobre su acento, además de afirmar que procedía de una aldea de las Highlands cuando de hecho había venido de Glasgow. Estaba también Alice Dewhurst, una mujer grande y poderosa con un trasero no menos grande y poderoso, que conocía a Jessica desde los tiempos de Greenham Common. La amiga de Alice, Gemma Queen, una dependienta delgada y anémica, no hablaba mucho salvo para darle la razón a Alice en todo lo que ésta decía. Por último había dos hombres, Peter Hatfield y Terry Brice, que trabajaban como camareros en el restaurante Copper Kettle de Dembley. Los dos eran delgados y tranquilos, los dos afeminados, y los dos dados a susurrarse chistes entre sí y reírse tontamente.

Jessica estaba especialmente atractiva esa noche porque acababa de hacer una nueva presa. Existía un antiguo derecho de paso a través de las tierras de un baronet, sir Charles Fraith. Ella misma había inspeccionado el territorio. Había cultivos sobre el derecho de paso. Le había escrito a sir Charles para informarle de que atravesarían sus tierras al cabo de dos sábados y que no podía hacer nada para impedirselo.

De repente, Deborah levantó la mano casi sin querer.

—Dinos, Deborah —la animó Jessica, arqueando sus delgadas cejas negras.

—¿No po-podríamos, sólo por es-esta vez —tartamudeó Deborah—, ir a dar un paseo como hacíamos antes? Era divertido cuando el se-señor Jones nos dirigía. Hacíamos picnics y...

La voz se le fue apagando ante la expresión de desdén que asomó al rostro de Jessica.

—Por favor, Deborah, eso no es propio de ti. Si no fuera por los grupos de excursionistas como el nuestro, no existirían derechos de paso, ni siquiera uno.

Uno de los excursionistas anteriores a la llegada de Jessica, Harry Southern, intervino de repente:

—Tiene parte de razón. Este sábado vamos a volver a las tierras del granjero Stone. El hombre nos echó apuntándonos con una escopeta hace un mes y algunas de las señoras se asustaron.

—Querrás decir que *tú* te asustaste —replicó Jessica con arrogancia—. Muy bien. Lo someteremos a votación. ¿Vamos o no a las tierras del granjero Stone este fin de semana?

Dado que sus partidarios superaban en número al resto, la votación no dio ninguna sorpresa. Ni siquiera Deborah tuvo el valor de quejarse y, después de la

reunión, cuando Jessica le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí, sintió que sus dudas se desvanecían y recuperó su habitual devoción servil.

Por fin había llegado a la City el día de los POETAS, acrónimo de «Lárgate pronto, mañana es sábado».<sup>[1]</sup> Agatha recogió su mesa de trabajo y sintió el impulso casi infantil de borrar todos los números de teléfono de contacto de la agenda de anillas, para ponerle las cosas más difíciles a quienquiera que la sustituyera, pero consiguió contenerse. Al otro lado de su puerta, oía a su secretaria cantando una alegre melodía. Agatha había tenido tres secretarias durante su breve estancia en la agencia. La actual, Bunty Dunton, era una jovial chica de pueblo con un cutis de rinoceronte, de manera que no daba la impresión de que los frecuentes arrebatos de malhumor de Agatha la hubieran afectado. Sin embargo, nunca había parecido tan alegre.

Pero todo iría bien cuando regresara a Carsely, pensó Agatha. Allí la querían.

La puerta de su despacho se abrió y asomó Roy Silver. Llevaba el pelo alisado hacia atrás con gomina y recogido en una coleta. Tenía un lunar en la barbilla y llevaba uno de esos trajes cuya chaqueta parece colgar de los hombros con las mangas vueltas en los puños. Su corbata de seda era ancha, con una combinación de colores fluorescentes chillones que parecía resaltar más si cabe la palidez de su cara.

—Así que te vas, ¿eh? —preguntó como quien está listo para salir pitando.

—Oh, anda, siéntate, Roy —dijo Agatha—. Me he pasado seis meses aquí y apenas nos hemos visto.

—He estado ocupado, ya lo sabes, Aggie. Y tú también. ¿Cómo te fue el encargo de Jeff Loon?

—Bien —repuso Agatha con incomodidad.

Empezaba a preguntarse por qué se había pasado tanto de la raya con aquel trabajo. Aunque lo cierto es que ni siquiera había grabado a aquel mal bicho. Simplemente llevaba por casualidad la grabadora en el bolso, la había sacado mientras él estaba absorto alardeando de sí mismo y se la había puesto en el regazo bajo la servilleta para engañarle.

Roy se sentó.

—Así que te largas a Carsely. Mira, Aggie, me parece que has encontrado tu hueco.

—¿Te refieres a las relaciones públicas? Olvídalo.

—No, me refería a Carsely. Eres una persona mucho más agradable cuando estás allí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Agatha con malas pulgas. Sostenía en alto un abrecartas que había estado a punto de echar en una caja que había sobre su mesa con el resto de sus pertenencias.

Roy se encogió, pero insistió con convicción:

—Aggie, debo reconocer que has tenido éxito volviendo a ser la de siempre,

metiendo miedo para imponerte y todo lo demás. Yo me había acostumbrado ya a la Aggie del pueblo, dedicada al té, los bollitos y las actividades de los vecinos. Es curioso, ni siquiera los asesinatos en tu parroquia hicieron salir a la bestia que llevas dentro como lo hacen las profesionales de las relaciones públicas.

—No permito que me influyan las diferencias de personalidad —replicó Agatha, que sintió que una oleada de rubor se le formaba en el cuello y le subía hasta la cara.

—¿No? —Roy empezaba a sentirse más audaz por momentos, acaso porque ella aún no le había lanzado nada—. Y bien, ¿qué me dices de tus secres, querida? Corriendo al departamento de personal bañadas en llanto y sollozando a lágrima viva sobre la pechera de talla XXS del señor Burnham. ¿Y qué me dices de la reina de la industria de la confección, Emma Roth?

—¿Qué pasa con ella? Conseguí que le dedicaran una página entera en el *Telegraph*.

—Pero le dijiste a la vieja bruja que tenía los modales de una puerca y que sus diseños eran de pacotilla.

—Es que los tiene, y es que lo son. ¿Acaso canceló su contrato con nosotros? No. Roy se removió, incómodo.

—No me gusta verte así. Vuelve a Carsely, aquello es un encanto, y olvídate de este Londres repugnante. Sólo te lo digo por tu bien.

—¿Por qué será —dijo Agatha sin alterarse— que la gente que te viene con el rollo de que sólo te lo dice por tu bien siempre te acaba haciendo alguna guarrada?

—Bueno, nosotros *fuimos* amigos en el pasado... —Roy se precipitó hacia la puerta y salió pitando.

Agatha se quedó mirando la puerta por la que había desaparecido, levemente boquiabierta. El último comentario de Roy la había consternado. La nueva Agatha sin duda hacía amigos, no los perdía. Ella había responsabilizado de su soledad a Londres y al tipo de vida de la ciudad, sin detenerse a pensar que, al regresar a sus antiguas costumbres y ocupaciones, había vuelto a ganarse la antipatía de la gente.

Sobre la mesa había separado una caja, llena de cosméticos y perfumes de sus diversos clientes. Había pensado llevársela a casa.

—Bunty, ven un momento —llamó en voz alta.

Su secretaria entró saltando, con la cara lavada, sin maquillaje, una falda de algodón que le llegaba a los tobillos y descalza.

—Ten —dijo Agatha, empujando la caja hacia delante—. Puedes quedarte con todo esto.

—Vaya, un montón de gracias —dijo Bunty—. Es muy amable por su parte. ¿Ya ha empaquetado todo, señora Raisin?

—Sólo me faltan unas pocas cosas.

Había algo vulnerable y perdido en los diminutos ojos de Agatha. Seguía pensando en lo que Roy le había dicho.

—Le diré lo que haremos —dijo Bunty—. Hoy he traído mi pequeño coche a la

ciudad. Cuando esté lista, la acercaré a Paddington Station.

—Gracias —respondió Agatha con humildad.

Y así, Bunty llevó a Paddington Station a Agatha, que se mantuvo extrañamente silenciosa y en segundo plano durante el trayecto.

—Yo vivo en los Cotswolds —comentó Bunty—. Aunque, claro, sólo voy a casa los fines de semana. Un lugar encantador: Bibury. Usted vive cerca de Moreton-in-Marsh. Si estoy en casa durante la semana, el martes voy con mi madre al mercado.

Y así siguió la cháchara durante todo el trayecto, mientras Agatha no dejaba de pensar en lo solitaria que había sido su estancia en Londres y lo fácil que le habría resultado trabar amistad con esta secretaria.

—Ya tienes mi dirección, Bunty —dijo al apearse del coche en Paddington—. Si alguna vez te apetece acercarte para comer, o para tomar un café, no lo dudes.

—Gracias —repuso Bunty—. Adiós.

Agatha subió con dificultades al tren, dejó las cajas en un asiento y se acomodó en el de al lado. El tren arrancó y fue ganando velocidad mientras Londres quedaba atrás, y Agatha respiró hondo y sin prisas. También estaba dejando a la otra Agatha a sus espaldas.

Carsely, de nuevo. Tras un largo y gris invierno, y una primavera fría y húmeda, el sol brillaba con fuerza y Lilac Lane, donde Agatha tenía su casa, hacía honor a su nombre, llena de flores blancas, malvas y púrpuras. Al ver el coche de James Lacey aparcado delante de su casa el corazón le dio un vuelco. Tenía que reconocer que lo había echado de menos, junto a todos los demás vecinos de Carsely, se dijo a sí misma con severidad. La mujer que la ayudaba en casa, Doris Simpson, y que había cuidado de los dos gatos de Agatha mientras ésta no estaba, la esperaba dentro y salió a las escaleras exhibiendo una sonrisa de bienvenida.

—De vuelta en casa, Agatha —la saludó—. Hay café listo y tengo un buen bistec para la cena.

—Gracias, Doris —respondió Agatha.

Dio un paso atrás, se detuvo un instante y contempló con cariño su casa, un *cottage* que se encogía como un animal amistoso bajo su pesado tejado de paja. Seguidamente entró y recibió una bienvenida más bien fría de sus gatos, quienes, haciendo gala de su condición felina, no se rebajaban a exhibir una expresión de embeleso ante el regreso de una dueña que, para empezar, tendría que haber sido más considerada y no haberlos dejado solos.

Doris metió las cajas de Agatha en casa, las dejó en el pequeño recibidor y luego fue a la cocina y le sirvió una taza de café.

—Me olvidé del jardín —dijo Agatha—. Debe de estar hecho una selva.

—Oh, no, las mujeres de la Ladies Society hicieron turnos para arrancar las malas hierbas, y el señor Lacey también echó una mano. Vaya, ¿qué pasa, Agatha?

Porque Agatha había empezado a llorar, y luego se sacó un oportuno pañuelo y se sonó ruidosamente la nariz.

—Me alegro de estar en casa —masculló.

—Es Londres —señaló Doris, asintiendo con tino—. Londres nunca le ha hecho ningún bien a nadie. Bert y yo nos acercamos de vez en cuando para ir de tiendas. No hay más que gente y más gente, y todo el mundo con prisas. Siempre me alegro de volver a la tranquilidad.

Con tacto, la limpiadora se dio la vuelta hasta que Agatha se hubo serenado.

—Bueno, ¿ha habido alguna novedad en el pueblo? —preguntó ésta.

—Poca cosa, me alegra poder decirlo. Creo que aquí preferimos la vida sin sobresaltos. Oh, pero sí hay algo nuevo. Tenemos un grupo de excursionistas.

—¿Y quién lo dirige?

—El señor Lacey.

Agatha cobró conciencia de golpe de las lorzas de grasa acumuladas en su cintura a causa de los ágapes a cargo de la cuenta de gastos.

—Me gustaría apuntarme. ¿Qué debo hacer?

—Me parece que nadie se apunta, al menos yo no lo diría así. Nos reunimos delante de Harvey's los domingos, después del almuerzo, a eso de la una y media. El señor Lacey nos lleva con él a uno de sus paseos por el campo, nos habla de las plantas y nos explica un poco de historia. He vivido aquí toda mi vida y hay que ver la de cosas que no sé.

—¿Y no ha habido problemas con los propietarios de las tierras?

—Por aquí no. Los empleados de lord Pendlebury mantienen los senderos limpios y en buen estado, y bien señalizados. Aunque sí tuvimos un poco de lío en las tierras del señor Jackson. —El señor Jackson era dueño de una cadena de tiendas de informática y había comprado un terreno muy grande—. Seguíamos el camino señalado y llegamos a una verja con candado, justo en medio, y allí estaba Harry Cater, el agente de Jackson, con una escopeta y exigiendo que saliéramos de sus tierras.

—¡No puede hacer eso!

—No, pero el señor Lacey dijo que con tantos lugares preciosos por la zona no merecía la pena montar un escándalo. La señorita Simms le explicó a Cater lo que podía hacer con su escopeta y dónde metérsela, y eso que el vicario y su esposa estaban escuchando. Yo no sabía dónde mirar.

—Excursiones —dijo Agatha, ensimismada—. Parece interesante.

Era viernes. El domingo volvería a ver a James, si no daba antes con él.

Roy Silver entró en el despacho del señor Wilson a la mañana siguiente, sin saber por qué le había llamado al trabajo un sábado. El señor Wilson, el jefe de Pedmans, estaba sentado con un ejemplar del *Daily Bugle* desplegado sobre su mesa, delante de

él.

—¿Has visto el periódico esta mañana? —preguntó.

—¿El *Daily Bugle*? No, todavía no.

—Nuestra señora Raisin ha vuelto a salirse con la suya. Un artículo espléndido sobre Jeff Loon, miles de libras en publicidad gratuita. Dios mío, si es capaz de promocionar a un memo como Jeff Loon, puede vender cualquier cosa. Era cliente tuyo y se lo pasamos a la señora Raisin al ver que tú no sacabas nada.

—Bueno, nadie quería saber nada —dijo Roy a la defensiva.

El señor Wilson miró a Roy por encima de sus gafas de montura dorada.

—No te estoy echando la culpa. No creo que nadie más en el mundillo del sector hubiera conseguido nada parecido. —Se recostó en la silla—. Creía que la señora Raisin y tú erais buenos amigos.

—Lo somos.

—Me di cuenta de que la evitabas cuando estuvo aquí. Sin querer, un día oí que te proponía ir a tomar una copa y tú le soltaste un montón de excusas.

—Pues debiste de pillarme en un mal momento. Adoro a Aggie.

—Mira, quiero que sigas siendo amigo de esa mujer. Quiero que hables con ella de dinero, de montones de dinero. Incluso la haría socia de la empresa; puede elegir sus propios clientes. Yo no le caigo bien. Si todavía queda el menor afecto entre vosotros dos...

—De sobra —respondió Roy con vehemencia.

—Muy bien, pues ponte manos a la obra. Tómate tu tiempo, no la agobies. Busca un medio para que vuelva.

—El fin de semana que viene, ¿te parece?

—No dejes para mañana lo que...

—Claro, claro. Iré ahora mismo.

Roy corrió a casa a preparar una bolsa para el fin de semana y luego cogió un taxi hasta Paddington. No había telefonado a Agatha ante el temor de que ella le sugiriera otro fin de semana o le rechazara de buenas a primeras. Si se presentaba ante su puerta difícilmente se atrevería a echarle, o al menos eso pensaba.

Si James Lacey hubiera estado en el Red Lion aquel sábado por la noche, que fue cuando Roy finalmente encontró a Agatha, tal vez ella habría mandado a paseo a su colega. Pero pensar que el domingo volvería a ver a James la ponía nerviosa. Tener allí ni que fuera al esmirriado de Roy podía evitar que sintiera la tentación de monopolizar a su vecino. Así que le soltó con escasa amabilidad:

—Me sorprende que un *examigo* muestre tanto interés en quedarse conmigo, pero supongo que tendré que aguantarte mientras tú me aguantas. Prepárate; mañana tenemos muchas cosas que hacer. En realidad, seguramente te aburrirás como un idiota y te lo tendrás merecido. Por la mañana iremos a la iglesia y luego nos



uniremos a los Excursionistas de Carsely para dar un largo y saludable paseo.

—Justo lo que necesito —dijo Roy, sonriendo con zalamería—. ¿Otra copa, Aggie?

## DOS



Sir Charles Fraith estaba sentado ante la mesa de su estudio y volvió a mirar la carta que había recibido de los Paseantes de Dembley. La firmaba una tal Jessica Tartinck y era combativa, por decirlo suavemente. «Ustedes, los aristócratas, se creen los dueños del campo», rezaba una frase. «Pero es que lo somos —murmuró sir Charles para sí—. Al menos yo sí soy el propietario de estas tierras.» Miró de nuevo la carta, en la que se afirmaba que existía un antiguo derecho de paso por sus tierras. Entonces desplegó los mapas de su finca y vio que había una delgada línea de puntos que señalaba el derecho de paso. Nunca se había fijado en ella. Podían usarla, no pasaba nada, con una salvedad: un punto en que atravesaba un campo de colza. Esos antiguos derechos de paso habían sido en un principio caminos para ir a la escuela, a la iglesia o al trabajo, y en algunos casos se remontaban a la Edad Media. Desde luego, no estaban pensados para que los nuevos habitantes de las zonas residenciales los pisotearan con sus pesadas botas.

Sir Charles era un baronet que vivía en una gran mansión victoriana rodeada de cuatrocientas hectáreas de buena tierra cultivable. Aunque ya estaba en la treintena, aún no se había casado. Era un hombre pequeño y pulcro, con una buena mata de pelo rubio y una cara suave y expresiva. De vez en cuando, en él entraban en conflicto tres personalidades. Por un lado estaba el terrateniente abierto, tirando a campechano, dado a chistes y bromas demasiado obvias; luego estaba el intelectual inteligente que nunca mencionaba su matrícula de honor en Historia por Cambridge; y por último estaba el hombre retraído que en realidad no se fiaba de nadie y al que no le hacía gracia que la gente se le acercara demasiado.

Vivía con una tía envejecida, la señora Tassy, una hermana de su difunta madre que, aunque despistada, hacía las veces de anfitriona para él en las fiestas caseras y se ocupaba de poca cosa más. La gestión del día a día recaía en Gustav, el mayordomo de su difunto padre. Gustav todavía se autodenominaba «mayordomo», pero en esos tiempos de reducción del servicio, era en realidad un hombre para todo: se encargaba del mantenimiento, de preparar alguna comida ligera cuando se requería, de pedir que les trajeran la comida y el vino, y de ayudar esporádicamente en el jardín o incluso con la limpieza si alguna de las chicas que venía del pueblo enfermaba. No era el típico viejo sirviente de toda la vida, sino que apenas sobrepasaba los cincuenta y mantenía como un secreto bien guardado su país de origen. Tenía un semblante inteligente y expresivo, figura de bailarín y ojos negros y diminutos.

Entró silenciosamente en el estudio y empezó a preparar la chimenea porque el día había refrescado. Sir Charles le tendió la carta:

—¿Qué te parece esto, Gustav?

Gustav se puso unos anteojos y revisó la carta.

—Que le den a esa zorra estúpida —dijo.

—Seguramente no estará muy apetecible para darle nada, Gustav. No puedes

insultarlas o te pondrán una denuncia según la Ley de Redes Viarias de 1980, y ya sabes los problemas que eso supondría. Lo mejor es enviar una respuesta de guante blanco, ¿eh? Te diré qué haremos: les pediré que esta vez rodeen el borde del campo y les invitaré a tomar el té.

—Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que servir el té a una pandilla de bastardos comunistas —repuso Gustav.

—Harás lo que se te ordene —indicó sir Charles en tono neutro.

Luego enrolló los mapas y empezó a escribir una carta educada a la señora Jessica Tartinck.

Los Paseantes de Carsely se reunieron delante de Harvey's, ultramarinos y oficina de correos, el domingo.

Al principio, Agatha sólo tenía ojos para James.

—Ya estás de regreso —la saludó él con afabilidad.

—Gracias por cuidar de mi jardín —contestó Agatha, que de repente deseó no llevar a Roy pegado como una lapa.

—No ha sido nada.

Entonces James se dio la vuelta y se dirigió al pequeño grupo formado por la señora Mason, presidenta de la Carsely Ladies Society; la señorita Simms, secretaria de la sociedad; la señora Bloxby, esposa del vicario; el señor y la señora Harvey, de la tienda; Jack Page, un granjero del pueblo, y dos de sus hijos adolescentes; y, horror, aquella pareja de ancianos que se pasaba el día quejándose, el señor y la señora Boggle. Aunque brillaba el sol, hacía demasiado fresco para esa época del año y nubes grises se acumulaban hacia el oeste.

—Bueno, dado que hace tanto frío —anunció James levantando la voz—, caminaremos hasta la finca de lord Pendlebury por la carretera de atrás. Hay un bonito paseo que bordea los campos y que todavía no hemos visto. Nada agotador. ¿Seguro que están preparados para esto, señor y señora Boggle?

—Claro —respondió la señora Boggle de mal humor—. Probablemente lo hagamos mejor que este mequetrefe. —Señaló con el pulgar a Roy.

James emprendió la marcha. A Agatha le entraron ganas de adelantarse corriendo y caminar a su lado, pero de repente sintió vergüenza. Él estaba tan apuesto como siempre, con su tupido cabello que empezaba a encanecer, la cara bronceada y los ojos azules. Se puso a caminar al paso de la señora Bloxby.

—Me alegro de que haya vuelto —dijo la esposa del vicario—. Ha hecho un invierno espantoso. Un tiempo terrible. Nada melodramático, sólo lluvia y más lluvia.

—En la ciudad no se nota tanto el paso de las estaciones —comentó Agatha—. ¡Sólo tiene que ver los kilos que he ganado! Yendo en taxi a todas partes y comiendo en restaurantes caros.

—Pues ésta es una buena forma de quitarse algunos —observó la señora Bloxby

—. De verdad, me cuesta tener pensamientos cristianos hacia los Boggle.

—¿Es la primera vez que vienen?

—Sí, y no sé cómo van a llegar hasta el final.

—No caminen tan deprisa —gritó la señora Boggle, y todos redujeron la marcha hasta casi pararse.

—En un momento se rendirán —dijo la señora Bloxby, suspirando— y pedirán que alguien les lleve a casa, y no sé por qué me temo que ese alguien voy a ser yo. ¿Se lo pasó bien en Londres?

—Aggie es un genio —intervino Roy con entusiasmo—, la mejor relaciones públicas de la historia.

—Y, según tú, también la más impopular —comentó Agatha, mordaz.

—Sólo fue un chiste, querida. Siempre te lo tomas todo demasiado en serio.

—Siempre me he preguntado —intervino la señora Bloxby— por qué cuando alguien hace un comentario cruel u ofensivo, inmediatamente intenta justificarse añadiendo: «Sólo era una broma. ¿No sabes aceptar una broma?». El otro día, una mujer vino de visita a la vicaría y me dijo: «¡Usted parece la típica esposa de párroco!». Yo repliqué irritada que no creía que pareciera la típica nada, y ella repuso: «¿Es que no sabe aceptar una broma?», pero lo dijo en un tono tan desagradable... no sé si me comprenden, dando a entender que yo parecía modesta, correcta, mojigata y... acabada. Me entraron ganas de pegarle. Oh, ¡ya estamos!

La señora Boggle había levantado la voz para quejarse:

—¡Mi corazón! ¡Mi corazón! Llévenme a casa antes de que me muera.

—Será mejor que vaya a acompañarla —dijo la señora Bloxby con pesar.

Para consternación de Agatha, James se dio la vuelta.

—No, quédese. Iré por mi coche. Ustedes sigan adelante; yo volveré después y los alcanzaré.

Se alejó ladera abajo con sus largas zancadas atléticas. Esperaron mientras la señora Boggle jadeaba e inspiraba a bocanadas. Su marido se quejaba de que la culpa era de los demás por ir a paso tan rápido, sin ninguna consideración con los ancianos, y añadía que los jóvenes de hoy en día eran unos egoístas, sin percatarse de que Roy era el único miembro del grupo, aparte de la señorita Simms, al que podía calificarse de joven.

Después de que James volviera con el coche y recogiera a los Boggle, los demás siguieron su camino. Un viento frío del norte susurraba entre las hojas jóvenes de los árboles, por encima de las cabezas de los excursionistas. Todo era verde y fresco. Se desviaron para entrar en la carretera secundaria que recorría las lindes de la finca de lord Pendlebury. Los campos de colza, de un amarillo encendido, amarillo provenzal, se extendían a ambos lados del camino.

—No será alérgica a la colza, señora Raisin —se preocupó la señora Mason.

—Qué más quisiera yo —contestó Roy, riéndose tontamente—; a su edad, nuestra Aggie coge todo lo que puede pillar.

—Cierra el pico —exclamó Agatha, iracunda.

—No era más que un chiste —se justificó Roy, evitando la mirada directa de la señora Bloxby.

«Oh, no es esto lo que esperaba —pensó Agatha—. Creía que podría volver a sumergirme en Carsely como el que se mete en un baño caliente. Ojalá Roy no hubiera venido. Es como si hubiera traído desde Londres esa parte de mí misma que no me gusta.» Lo miró a hurtadillas. Su enjuta cara pálida estaba aterida de frío. ¿Por qué habría venido? Al principio había pensado ingenuamente que lamentaba los comentarios que le había hecho, pero ya no tenía tan claro que se tratara de eso. Roy se alejó para hablar con la señorita Simms.

—¿Así que ha pasado página definitivamente a su carrera como relaciones públicas? —le preguntó la esposa del vicario con una mirada inquisitiva.

—Oh, eso espero —respondió Agatha, que miró los campos dorados y sintió que de nuevo le entraba la llorera. ¿Era esto por fin la menopausia?, ¿o sólo estaba cansada?—. El último cliente no podría haber sido peor, un cantante de pop llamado Jeff Loon. Tuve que engatusar a un idiota del *Daily Bugle*.

—¿No sería Ross Andrews?

—¡Vaya, pues sí!

—Compramos el *Daily Bugle* y había una página doble sobre Jeff Loon, con un artículo muy elogioso, en la sección de espectáculos. ¿Estaba usted detrás de eso?

—A decir verdad, sí.

Agatha miró a Roy. De repente, tuvo claro lo que había pasado. Ella ni siquiera se había tomado la molestia de comprar un ejemplar del *Daily Bugle*. Pero esa información debía de haber tenido un tremendo impacto en el mundillo del sector. Se dio cuenta por primera vez de lo mucho que Pedmans deseaba que regresara a la agencia. Wilson debía de haber mandado a Roy, y por eso el servil pequeñajo habría corrido al tren, balbuceando: «No te preocupes. Yo la traeré».

El grupo empezó a ascender por unos escalones que daban a un sendero paralelo a un campo. El camino estaba embarrado. Agatha llevaba zapatos planos, ideales para pasear por Londres pero en absoluto apropiados para el campo. Roy llevaba mocasines y calcetines finos. La señorita Simms se había puesto unas botas Dr. Martens y Agatha pensó que era la primera vez que veía a la madre soltera de Carsely calzada con algo que no fueran zapatos de tacón altos. Roy chapoteó en un charco de barro y se le escapó un lamento.

Se dio la vuelta y se puso a la altura de Agatha.

—Vámonos —le propuso.

Pero Agatha, que cada poco miraba hacia atrás esperando la llegada de James, vio su alta figura subiendo hacia el sendero y respondió secamente:

—No lloriquees. El ejercicio te vendrá bien.

Entonces también ella se metió en un charco, aunque ahora que James los estaba alcanzando, optó por no darle importancia.

—Esta tierra pertenecía a la iglesia —explicó James—. Luego pasó a formar parte de la finca Hurford. En los años veinte lord Hurford se arruinó en el juego y Pendlebury se la compró. Él tenía una propiedad en Yorkshire, pero no le gustaba el clima. Ése era el padre del actual lord Pendlebury. Mire, esa florecita que tiene a los pies, señora Mason, es una... —Miró a su alrededor—. ¿Alguien sabría decírmelo?

—Es como estar de vuelta en la maldita escuela —murmuró Roy.

—Una verónica —contestó la señora Bloxby.

—Muy bien —dijo James con un tono tan cálido y laudatorio en su voz que Agatha decidió comprarse un libro de flores y plantas silvestres y estudiárselo antes de la próxima excursión.

Había esperado dar un paseo agradable alrededor de los campos y luego volver a casa, pero los infatigables excursionistas siguieron sin parar a través de bosques y más campos hasta que, con una sensación de alivio, Agatha vio la aguja de la iglesia y supo que habían caminado en círculo y que se encontraban casi en Carsely.

James se acercó por fin a Agatha.

—Ahora que estás de vuelta con nosotros, ¿podemos esperar más asesinatos?

—Oh, no lo creo —repuso Agatha, que con cierto sentimiento de culpabilidad deseó que alguien del pueblo matara a alguien para que James y ella pudieran hacer de detectives de nuevo.

James miró a Agatha con gesto pensativo. Había visto algo triste y ausente en el fondo de sus ojos. Él quería de vuelta a la Agatha malhumorada y segura de sí misma de antes.

—¿Por qué no me paso a recogerte dentro de una hora y tomamos algo juntos en el Red Lion? —propuso él de repente.

—Me encantaría —aceptó Agatha.

—Trae a tu amigo, claro.

—Oh, estará «demasiado» cansado —contestó Agatha.

Roy sólo había ido allí porque Wilson se lo había mandado. No iba a permitirle que le fastidiara la velada. Y así, un enfurruñado Roy escuchó cómo le ordenaba que se quedara viendo la tele hasta que ella volviera.

Agatha rebuscó febrilmente en su armario algo atractivo que no pareciera demasiado recargado. Todo le quedaba apretado. Se probó vestidos, faldas y blusas, y en el último momento se decidió por una vieja y cómoda falda de tweed y un suéter. La vida volvía a recuperar la emoción y el color. Estaba en casa.

¡Que le dieran a Londres!

Deborah Camden recorría cansinamente el largo camino de acceso que llevaba a la mansión de Charles Fraith. Jessica le había mandado que recorriera todo el trayecto y lo revisara, pero Deborah no quería encontrarse con un terrateniente o un guarda irritados yendo sola, así que decidió que no tendría tanto miedo si se pasaba por la

casa primero y explicaba los motivos de su presencia. Para la gente que amaba las joyas arquitectónicas, Barfield House tal vez fuera una decepción. Su estilo ni siquiera era gótico victoriano. Se trataba de un gran edificio construido a imitación del estilo medieval, que recordaba vagamente a William Morris, con ventanas con parteluz sobre las que el sol se reflejaba y chispeaba.

La puerta era inmensa y estaba tachonada. Deborah miró tímidamente alrededor para comprobar si tal vez había otra más pequeña y menos intimidante, pero no vio ninguna. Había un timbre eléctrico a un lado de la pared. Llamó y esperó. Un hombre con traje negro, camisa blanca y una corbata de seda sencilla abrió la puerta. Tenía el pelo canoso, ojos pequeños y negros, y una boca alargada. La escrutó sin inmutarse, pero aun así, Deborah fue súbita y dolorosamente consciente de lo vulgar que era todo lo que llevaba puesto.

—¿Sí? —dijo él.

—¿El señor Charles Fraith?

—¿Quién pregunta por él?

—Represento a los Paseantes de Dembley.

Una delgada línea de sudor se estaba formando sobre el labio superior de Deborah.

—¿Quién es, Gustav? —preguntó una voz.

El hombre se dio la vuelta y contestó con voz monocorde:

—Una persona de los Paseantes de Dembley, señor.

Gustav retrocedió y su lugar fue ocupado por sir Charles, que parpadeó al ver a Deborah.

—Vaya, es usted una chica —dijo—. Había pensado que sería uno de esos tiarrones corpulentos con botas gigantes. Pase.

Deborah entró en un inmenso vestíbulo forrado con paneles de roble. Una cabeza de alce la miraba fijamente desde las alturas, cerca del techo «de barco», de esos de madera y arqueados como los de las iglesias antiguas. Sir Charles la llevó a un salón con sillas Chippendale tapizadas en rojo y crema, una gran chimenea, paredes forradas de roble como en el vestíbulo y largas ventanas con parteluz que daban al parque, donde unos ciervos correteaban entre los árboles.

—Té —le indicó sir Charles a Gustav, que merodeaba a su alrededor.

Éste se adelantó sin hacer ruido, cogió un leño del cesto que había junto a la chimenea y lo echó a las llamas con una fuerza innecesaria, antes de salir del salón.

—Y bien, ¿señorita...?

Deborah tendió una mano delgada.

—Deborah Camden. Encantada de conocerle.

—Y yo a usted. Siéntese, siéntese. Recibí una carta de una tal señorita Tartinck. Acabo de remitirle la contestación. Una parte del derecho de paso atraviesa uno de mis campos. Sin embargo, hay un bonito sendero que rodea las lindes de ese campo. Si se dieran por satisfechos con eso, me alegraría invitarles a todos a tomar el té.



—Oh, es muy amable por su parte —contestó Deborah.

Estaba empezando a relajarse. Sir Charles parecía muy agradable e inofensivo, y Jessica no podía rechazar una invitación tan generosa.

Sir Charles le dedicó una sonrisa. Le parecía una chica decente. Tenía un tupido cabello rubio claro, rizado y ondulado con permanente, en un estilo bastante anticuado. La cara era muy pálida, casi anémica, y no llevaba maquillaje. Tenía unas pestañas blancas y ojos azul claro. De esbelta figura, llevaba una blusa blanca de nailon barata, una falda de fibra sintética y una chaqueta de punto de lana holgada y caída, y apenas tenía pecho. Bajo la falda corta se veían unas piernas muy largas, con unas rodillas nudosas que a sir Charles le resultaron bastante excitantes.

—Esta señorita Tartinck parece una dama de armas tomar —comentó sir Charles.

—Oh, es un encanto, de verdad —dijo Deborah—, y tremendamente culta. Es profesora, como yo, y debería enseñar en un sitio mejor que el instituto de Dembley.

En una escuela más distinguida no podría manejar el gallinero, pensó sir Charles, que sin embargo dijo en voz alta:

—Bueno, si el resto de los Paseantes de Dembley son como usted, Deborah, será un día muy agradable.

—La verdad es que se sulfuran un poco con los terratenientes —dijo Deborah.

—¿Por qué?

—Bueno..., esto..., piensan que el campo debería ser de todos.

—Pero si, pongamos, yo no fuera el dueño y el que gestiona esta finca, ¿qué sería de ella? La gente no puede correr con los gastos de sitios como éste en los tiempos que vivimos. Quiero decir que sería malvendido en parcelas a un constructor, y ¡bang!, ahí desaparece otro trozo de campo. Una pifia en toda regla. No querría parecerle duro. De hecho, no lo soy. Soy más bien blando como la mantequilla. He visto que hay derechos de paso que a veces atraviesan fincas del Ayuntamiento, pero ustedes nunca reclaman el derecho a pasar por esos jardines, ¿verdad?

—Supongo que no. Pero ¿no cree que vivimos en una sociedad injusta en la que personas como usted tienen mucho y otra gente muy poco?

—Pues si quiere que le diga la verdad, no.

—Ah.

Se abrió la puerta y entró Gustav con una bandeja con todo lo necesario para tomar el té.

—Pero ¿cómo?, Gustav, hombre de Dios —dijo sir Charles—. ¿No traes galletas ni pastelitos?

—Iré por ellos —repuso Gustav.

Dejó la bandeja en una mesita delante de la chimenea, entre Deborah y sir Charles.

—¿Le sirvo? —preguntó Deborah.

Gustav alzó la mirada al techo y, antes de salir, murmuró audiblemente:

—No lo quiera Dios.

Deborah se ruborizó visiblemente.

—¿He dicho algo malo? Me refería a si servía el té.

—Eso ha dicho, y eso puede hacer. No le haga ningún caso a Gustav. Está chiflado.

Gustav volvió con una bandeja con galletas. Dada la rapidez con que reapareció, Deborah supuso que esperaba que sir Charles pidiera las galletas y había dejado la bandeja cerca de la puerta. Gustav sacudió una servilleta y la colocó sobre el regazo de Deborah, expresando desprecio con cada gesto de su cuerpo.

Ella notó que las manos empezaban a temblarle y dijo, casi en un susurro:

—Tal vez sea mejor que sirva Gustav.

—Encárgate, Gustav.

Deborah contestó en un murmullo que sí, que lo tomaba con leche y azúcar, y se le escapó un suspiro de alivio cuando Gustav salió de nuevo del salón.

—Bien, hábleme de usted —dijo sir Charles—, ¿de qué da clases?

—De física.

—Vaya, para eso hay que ser inteligente.

—No tanto —dijo Deborah—. Y muy raramente tengo un buen alumno. Pero éste es mi segundo destino como profesora. Tal vez me vaya el año que viene.

—¿Alguno de sus alumnos se lo hace pasar mal?

—Buf, sí. Había uno repulsivo, Elvis Black. No podría ser peor. Siempre con burlas y rompiéndolo todo. Pero Jessica intervino y habló con sus padres. No sé qué les diría, pero desde entonces el chico ha estado tranquilo como un corderito.

Sir Charles empezaba a lamentar su invitación a tomar el té a los Paseantes de Dembley. Había llegado rápidamente a la conclusión de que Jessica era tan espantosa en vivo como lo parecía en su carta. Aunque Deborah le caía bien. Le gustaba su aire inofensivo y tranquilo, le atraía su aspecto pálido y blanquecino. Y sobre todo le gustaban sus rodillas. Cuanto más hablaba de su vida escolar, más se relajaba Deborah, y sólo la vuelta de Gustav para echar otro leño innecesario en la chimenea la hizo mirar la hora y decir que más valía que volviera a casa.

—Yo la llevaré —se ofreció sir Charles.

—No, no se moleste —repuso Deborah, consciente de que los ojos negros de Gustav se habían clavado en ella—. He dejado mi coche en las puertas de la casa del guarda. Y me gusta caminar, de verdad.

Sir Charles se levantó a la vez que Deborah.

—Deme su número de teléfono —le pidió—. Tenemos que repetir el té.

Deborah rebuscó en su bolso y sacó un bolígrafo y un trozo de papel, donde garabateó su número.

—Acompañaré a la señorita a la salida —dijo Gustav.

El mayordomo mantuvo abierta la inmensa puerta principal para que Deborah saliera. Ella agachó la cabeza al pasar a su lado, pero de repente él dijo:

—No se haga ilusiones con sir Charles. No es para mujeres como usted. Así que

mantenga sus manitas en los bolsillos y los pies fuera de esta finca.

Deborah se sintió demasiado intimidada para responder. Recorrió el camino de acceso con la cara ardiendo. Lo único que la consolaba era pensar que Jessica no tardaría en poner a Gustav en su sitio.

Aquella noche, los Paseantes de Dembley se reunieron en la pequeña aula que utilizaban para tal fin. Jessica estaba ruborizada y se la veía emocionada. Se levantó y leyó en voz alta, en un tono burlón, la carta de sir Charles.

—Como si pudiera sobornarnos con invitaciones a té —concluyó, y miró a Deborah—. ¿Comprobaste la ruta esta tarde?

Deborah se puso en pie.

—No exactamente —respondió—. Primero fui a la casa y sir Charles me invitó a té y fue muy amable. Quiero decir que tiene ganas de conocernos, Jessica.

—Así que el gran hombre te invita a un té y tú te das la vuelta y te haces la muerta.

Jeffrey Benson, el amante de Jessica, se alzó inesperadamente en defensa de Deborah.

—Pues a mí me parece un buen tipo. Esa carta era respetuosa, Jessica. No sé los demás, pero yo creía que caminábamos para pasar un rato agradable.

Terry Brice, el camarero, le dio un codazo en las costillas a Peter Hatfield, su amigo, y se rió tontamente.

—Debe de ser bonito que alguien te sirva el té, para variar.

—Yo —tronó Alice Dewhurst— soy partidaria de que nos enfrentemos a los terratenientes, Jessica, y ninguno me intimida. Pero cuando el hombre ha hecho el esfuerzo de escribir una carta, algo poco habitual, y lo único que tenemos que hacer es bordear un campo, no veo a qué viene tanto lío.

—Es una cuestión de principios —replicó Jessica, con las finas cejas arqueadas, confiada todavía en que lograría convencerlos—. No me digáis que os emociona tanto la idea de tomar el té con un aristócrata de segunda fila que vais a permitir que se salga con la suya como si nada.

—La verdad... esto... me cuesta ver qué tiene de malo ese hombre —intervino Kelvin Hamilton—. En las Highlands somos un pelín más demócratas y...

—Oh, ahórranos los cuentos de hadas de Brigadoon —replicó Jessica—. Todos sabemos que eres de Glasgow y seguramente de los barrios bajos.

—¡Zorra! —gritó Kelvin—. ¡Que te den! Me tienes harto —estalló.

Se hizo un incómodo silencio. Mary Trapp se levantó sobre sus grandes pies.

—Mira, Jessica —dijo—, nadie te ha nombrado líder de este grupo o lo que sea. Si estás tan decidida a buscar problemas, yo no voy a ninguna parte.

Para consternación de Jessica, se oyó un murmullo de aprobación.

Jessica lanzó su discurso favorito sobre la igualdad y el feminismo, con citas de

Marx y Simone de Beauvoir. Sus ojos centelleaban. Estuvo espléndida, pero la escucharon en medio de un silencio frío.

—Muy bien —acabó, mirándoles con rabia—, yo voy a ir. ¡Voy a atravesar ese campo!

Agatha Raisin se despidió de Roy agitando la mano, con una sensación de alivio, alegre de haberle pedido un taxi y haberse librado de llevarle a la estación. Le bastaba mirarle para ponerse enferma. El domingo por la noche, mientras disfrutaba de una agradable charla con James, Roy había entrado furtivamente en el pub, sonriendo con zalamería a todos, y luego la había monopolizado diciéndole lo mucho que Pedmans deseaba que volviera, mientras otros vecinos atraían la atención de James. Agatha esperaba con toda su alma no volver a verle.

Tenía agujetas y le dolía todo el cuerpo después de la excursión, pero se había convencido de que la falda le quedaba un poco más holgada en la cintura. Decidió que haría dieta o mejor, en lugar de eso, ingeriría menos calorías. Y además, para volver a acercarse a James —aunque nunca reconocería que ése era el motivo real—, decidió también implicarse en los Excursionistas de Carsely. Tenían que organizarse, celebrar reuniones, colgar carteles anunciando las próximas salidas y todo lo demás. No tenían por qué limitar sus excursiones a los alrededores del pueblo. Podían utilizar los coches para ir más lejos, quedar en algún agradable pub rural y empezar la excursión desde allí.

Agatha se acercó a la librería de segunda mano de Moreton y encontró un viejo volumen con varios derechos de paso. Luego, llena de entusiasmo, volvió al pueblo y llamó directamente a la puerta de James.

—Oh, Agatha —fue el poco acogedor saludo de él—, estaba avanzando mucho con mi libro, pero pasa.

Agatha sintió que debía responder algo así como: «Oh, vaya, en ese caso, volveré más tarde», pero llevaba tanto tiempo fuera y James había pasado tanto tiempo escribiendo aquel maldito libro de historia militar que estaba segura de que una breve interrupción no importaría.

—Se me han ocurrido algunas ideas para los Excursionistas de Carsely —anunció con entusiasmo mientras él se hacía a un lado para que entrara.

—Como por ejemplo... —dijo él mientras cerraba el procesador de textos—. ¿Un café?

—Sí, por favor. —Lo siguió a la cocina—. He pensado —empezó Agatha— que podríamos organizarnos un poco más. Como por ejemplo, coger los coches, ir a algún punto un poco más alejado y empezar la excursión desde allí.

—Supongo que sí —convino él con un suspiro—. A decir verdad, Agatha, estaba pensando en dejar lo de las excursiones.

—¿Por qué?

—No se me da muy bien lo de organizar.

—Yo puedo encargarme. Tú lo único que tienes que hacer es presentarte.

—¿Con leche y azúcar?

—Solo, sin azúcar —respondió Agatha, pensando que debería recordar cómo tomaba el café.

Llevaron las tazas al salón forrado de libros. Ella se encendió un cigarrillo y buscó algún cenicero por allí. Él se levantó, volvió a la cocina y regresó con un viejo platillo que dejó cerca de ella. «¿Por qué los no fumadores hacen que uno siempre se sienta culpable?», pensó Agatha. Casi ninguno tenía ya un solo cenicero en casa.

El humo del cigarrillo se elevó hacia el techo envigado y se quedó allí. La mirada de James lo siguió como si midiera la contaminación.

—Y bien, ¿qué habías pensado? —preguntó.

Un coche redujo la velocidad en la calle. James miró esperanzado hacia la ventana, como si quisiera que los interrumpieran.

—Como te he dicho, podríamos hacer las excursiones más lejos de aquí y tal vez podría preparar unos carteles, poner uno en Harvey's y otro en el tablón de anuncios de la iglesia. Ahora vienen turistas por aquí y tal vez les apetezca acompañarnos. También se me ha ocurrido que deberíamos tener carnés de miembro y pagar una cuota.

—No sé yo lo de la cuota —repuso James—. Quiero decir, ¿para qué sería ese dinero? Los terratenientes no cobran a la gente por utilizar los derechos de paso. Por eso, precisamente —añadió con cierta pedantería—, se llaman derechos de paso.

—La cuota sufragaría los carnés. A la gente le gusta tener carnés.

—A mí no. Mira, Agatha, tengo que trabajar. ¿Por qué no sigues adelante con lo que se te haya ocurrido y luego me lo explicas?

Agatha bajó intencionadamente la mirada a su taza de café, como indicando que apenas había tenido tiempo de dar un sorbo, pero al momento dejó la taza y se encaminó hacia la puerta. James la siguió y, de camino, encendió de nuevo el procesador de textos.

«Bueno, es lo que hay», pensó Agatha con tristeza, mientras se dirigía a su casa. A la porra los excursionistas. Un coche frenó a sus espaldas y el sargento Bill Wong le sonrió desde detrás del volante.

—Bienvenida a casa —la saludó, y se apeó con una sonrisa que le arrugaba los rasgos.

—Entra —lo invitó Agatha—. Tomaremos un café y puedes contarme lo que quieras sobre crímenes. Acabo de pasarme por casa de James, pero me ha puesto de patitas en la calle a los dos minutos.

—Oh, ¿todavía sigue la cosa?

—¿Qué cosa?

—Tu amor inmortal por James Lacey.

—No digas tonterías. Me había encaprichado un poco de él, pero ya hace mucho

que es historia. —Agatha entró en la cocina y puso el hervidor al fuego—. Ahora tenemos un grupo excursionista en Carsely; James lo dirigía. Tan sólo le he ofrecido encargarme de organizarlo un poco más.

—No será uno de esos grupos militantes, ¿no, Agatha?

—No, no. Hacemos excursiones cortas, pero mejor darle algo de publicidad, con carnés de socio y cosas así.

—Estoy seguro de que lo harás muy bien. Y ¿qué tal las cosas por Londres?

—De pena.

—¿No ha sido divertido volver a las obligaciones laborales?

—En absoluto. Me alegro de estar otra vez en casa. Y la razón por la que me interesa la historia de las excursiones es que me hace falta perder peso ya.

—Como a todos —dijo Bill en un tono lúgubre, bajando la mirada a su propia figura rechoncha.

—Y ¿cómo va la delincuencia?

—Todo tranquilo desde que te fuiste. Las habituales palizas a esposas, las borracheras del sábado por la noche, allanamientos de morada, robos de coches y algún alboroto. —La miró con afecto—. Estás deseando volver a hacer de detective, Agatha. No, por favor. Sigue mi consejo y dedícate a las excursiones. Una iniciativa agradable y tranquila. ¡Las excursiones nunca acaban en asesinato!

## TRES



El lunes por la noche, Jessica se sentó muy enojada a los pies de la cama y le dijo a su amante, Jeffrey Benson, que estaba recostado en las almohadas:

—No sé qué le ha pasado a esa boba de Deborah. O, ya puestos, a todos vosotros.

Jeffrey se rascó el pecho velludo.

—Vamos, Jessica. Yo estoy a favor de combatir a los terratenientes repulsivos, pero cuando uno de los de su calaña es lo bastante educado como para enviarnos una carta decente e invitarnos a tomar el té, entonces estoy dispuesto a llegar a un acuerdo. Y si estás pensando en pisotear ese precioso campo, por mí puedes ir sola.

—No imaginaba que tú me decepcionarías de este modo, después de todo lo que hemos sido el uno para el otro.

—No recurras al chantaje emocional conmigo, Jessica. Fuiste tú la que dijo que lo único que había entre nosotros era sexo. El problema con vosotras, las feministas, es que vuestro concepto de igualdad es adoptar los rasgos más desagradables de los hombres que despreciáis. Tal vez debería enrollarme con Deborah. Está dejando ver algunas bonitas y anticuadas características femeninas.

Un destello siniestro brilló en los ojos de Jessica.

—Más vale que te andes con cuidado con lo que dices, Jeffrey, querido. Me refiero a si no te parece que al MI5 le interesaría conocer algunos detalles de ese par de irlandeses a los que acogiste hará un par de años.

Una expresión de cautela asomó a los ojos de Jeffrey.

—¿Cómo lo sabes? Tú no estabas aquí.

—Pillaste una buena curda en la fiesta de Alice y alardeaste de esa historia. A ver, debió de ser por la época en que aquella bomba del IRA estalló en High Street y mató a un niño.

—Ellos no tuvieron nada que ver. Sólo eran amigos de unos amigos que necesitaban una cama. Se quedaron dos noches.

—Oh, pues cuando llevabas tantas copas encima farfullabas no sé qué sobre dar un buen golpe por la libertad de Irlanda. —Jessica echó la cabeza hacia atrás y se rió, una carcajada desagradable y falsa.

Él dio un salto sobre la cama y la agarró por el cuello. Era un hombre fuerte. Un leve corte en su ojo castaño le daba un aspecto siniestro cuando se enojaba.

—Si se te ocurre hablarle a quien sea de esos irlandeses, te mataré. Tú y yo hemos terminado. Recoge tus cosas y vete de aquí por la mañana.

Jessica le pegó en las manos. Le centelleaban los ojos.

—No me das miedo.

Él se sentó en la cama, sobre los talones, componiendo una poderosa figura desnuda.

—Oh, pues debería dártelo, Jessica. Debería.



Eso sucedió el lunes por la noche.

—Eres muy amable acogiéndome —dijo Jessica mirando el pequeño piso de Deborah—. No sé qué le pasó a Jeffrey. Pero así son los hombres.

—Bueno, lleva parte de razón —repuso Deborah—. ¿Por qué te empeñas en seguir adelante con esto?

—Porque sir Charles representa todo aquello que denostamos. Los privilegios, la riqueza inmerecida, impedir que la gente disfrute del campo. Oh, no discutamos. —Esbozó lentamente una sonrisa mirando a los ojos de Deborah—. Acostémonos. Me apetece irme a la cama temprano.

—Muy bien —suspiró Deborah—. Pero antes prepararé un poco de café. Deja tus cosas en el dormitorio.

Mientras Jessica iba a la habitación, sonó el teléfono. Deborah respondió.

—Hola —dijo la voz de Charles Fraith—. Mira, mañana por la noche hay un pase de *Ciudadano Kane* en el Art Cinema. ¿Te apetece venir a verla conmigo y cenar algo después?

—Me encantaría —aceptó Deborah, aferrando el teléfono con fuerza y maravillándose de que quedara alguien en el mundo que todavía no hubiera visto *Ciudadano Kane*.

—Dame tu dirección y pasaré a recogerte.

Deborah miró con nerviosismo hacia el dormitorio.

—No, mejor quedamos directamente en el cine. ¿A qué hora?

—Empieza a las siete y media. Nos vemos a y cuarto.

—Sí, muy bien. Gracias.

—Entonces nos vemos, adiós.

Deborah entró en el dormitorio, con una expresión de enfado en su por lo general afable rostro.

—Creo que dormiré en el sofá —informó a Jessica—. Y me gustaría seguir teniendo mi espacio. Sólo puedes quedarte esta noche.

Jessica la miró, víctima de un acceso de rabia. ¿Qué diablos les estaba pasando a todos sus acólitos?

—¿Quién te ha llamado? —preguntó.

—Un amigo —contestó Deborah—. Tengo otros amigos aparte de ti, ¿sabes?

—Seguro que era Jeffrey.

Deborah permaneció en silencio, con la terquedad de los débiles y los miedosos grabada en la cara.

—O sea que sí era Jeffrey —dedujo Jessica—. Bueno, antes de que te vuelvas loca por ese zoquete, piensa en lo que diría si supiera que te acostaste conmigo aquella noche que él se fue a la conferencia de profesores en Birmingham.

—No serías capaz... —gritó Deborah.

Aunque le importaba un pito lo que Jeffrey pensara, le aterraba que ese cotilleo circulara por ahí y llegara a oídos de sir Charles. El miedo le impedía darse cuenta de que era muy improbable que ninguna parte de su mundo se cruzara con el de Charles Fraith.

—Oh, por supuesto que sería capaz.

—¡Vete de aquí por la mañana! —chilló Deborah, fuera de sí por el miedo y la rabia—. No quiero volver a verte.

Eso sucedió el martes.

Feliz y bastante borracho, Kelvin Hamilton estaba acostado en la cama viendo cómo Jessica se desnudaba. Apenas dio crédito a su suerte cuando ella se había presentado ante su puerta con sus dos maletas, afirmando que siempre le había gustado. Los insultos del pasado se olvidaron al instante. No le sorprendió que no llevara sujetador y tuviera unos pechos espléndidos. Aquélla, pensó, iba a ser una noche memorable. Pero cuando ella se quitó los vaqueros y él vio que llevaba calzoncillos, notó un repentino bajón de la lujuria.

Jessica se metió en la cama y él se dispuso a hacerle el amor, pero no sucedió nada. Después de pasar un buen rato revolcándose encima de ella, Jessica dijo en un tono asqueado:

—Oh, por favor, Kelvin, déjalo ya. El licor te la ha bajado. Duérmete.

El desprecio que rezumaba la voz de Jessica hizo que él recobrarla la sobriedad. Al poco, ella roncaba suavemente. Kelvin yacía a su lado mientras le caían lágrimas por las mejillas. Creyó que moriría de tanta humillación. Quería verla muerta. La despertó y empezó a chillarle.

Eso sucedió el miércoles por la noche.

Jessica estaba decidida a encontrar alojamiento gratuito. Se pasó por el Copper Kettle, pero Peter y Terry se pusieron a chillar, nerviosos como murciélagos, y se apartaron de ella.

—No disponemos de un solo milímetro libre, querida —dijo Terry—. Tenemos prisa. Nos esperan montones de clientes.

Así que Jessica fue al piso de Alice Dewhurst, que ésta compartía con Gemma Queen.

—Soy partidaria de ayudar a cualquiera de la hermandad —dijo Alice con su voz atronadora—, pero, como ves, no tenemos sitio para nadie más. ¿Has probado en el albergue?

Y así Jessica se instaló con Mary Trapp, a la que despreciaba en secreto, aunque la consolaba el hecho de que Mary la adorara servilmente. Incluso se ofreció a acompañarla el sábado en su excursión a través del campo de sir Charles Fraith.

Pero el viernes, Mary se quejó de dolores estomacales. Luego desapareció en el

lavabo, donde al cabo de un rato se oyeron ruidos de arcadas.

—Es culpa tuya —dijo Jessica sin ningún tacto—. Compras basura en las tiendas de comida sana y comes demasiado, creyendo que no pasa nada porque es de una tienda ecológica. De verdad, eres una boba.

—Déjame tranquila —repuso Mary.

—Espero que mañana estés en condiciones de venir conmigo —dijo Jessica.

Mary se encogió de hombros.

—No iré.

Así que el sábado, con un par de grandes botas tachonadas, una falda vaquera corta y una blusa sin mangas, además de un destello belicoso en la mirada, Jessica Tartinck emprendió la excursión sola.

Al lunes siguiente, Jeffrey abordó a Deborah en la sala de profesores.

—¿Cómo le va a Jessica?

—No lo sé —contestó ella—, no la he visto. Creo que se ha instalado con Mary.

—He quedado con los demás para comer en el Grapes —dijo Jeffrey, refiriéndose a los excursionistas—. Preguntaremos allí.

Pero cuando todos se hubieran acomodado con sus cervezas y sándwiches, se enteraron por Mary de que Jessica se había ido a su caminata a través de la finca de sir Charles y no había vuelto.

—Seguramente la echó con cajas destempladas y ella nos echa la culpa a los demás —comentó Jeffrey—. Ya sabéis cuánto le gusta enfurruñarse.

—Es una zorra —dijo Kelvin con mala leche.

—¡Eso no es verdad! —Mary parecía indignada—. ¿Qué os está pasando a todos? Debería daros vergüenza.

—¿Por qué no fuiste con ella, Mary? —preguntó Alice.

—Me encontraba muy mal —explicó Mary—. Por una intoxicación alimentaria.

—A mí me preocupa un poco. —Peter recorrió el grupo con los ojos muy abiertos—. La pobre vino al Copper Kettle a pedirnos un sitio donde dormir. ¿La habías puesto de patitas en la calle, Jeffrey?

—Sí —respondió éste con brusquedad—. ¿Y tú qué, Deborah? ¿No probó contigo?

—Tengo un piso pequeño, ya lo sabéis, y sólo una cama —se justificó Deborah—. Tan solo pude alojarla una noche.

—Ya decía yo que tendríamos que haberla acogido —murmuró Gemma.

Los ojos de Alice centellearon de celos.

—A ver, no vamos a volver a discutir por eso.

—Bueno, ¿y qué hago? —preguntó Mary—. ¿Llamo a la policía?

—Nada de mezclar a la poli en esto —dijo Jeffrey, y hubo un murmullo general de acuerdo—. Le preguntaré a Jones si ha sabido algo de ella. —La señora Jones era

la directora.

—Ya le he preguntado yo —dijo Deborah—. Esta mañana. No ha telefonado para decir si está enferma ni nada.

—En ese caso, tal vez será mejor que le preguntes a tu amigo, sir Charles, si la vio el sábado —sugirió Jeffrey, mirando a Deborah.

—No es amigo mío —murmuró ella.

No les había contado a los demás lo de su cita con sir Charles. Se lo había pasado bien, aunque en su caso, ver *Ciudadano Kane* por enésima vez y que luego la invitara a cenar en un Burger King no le había parecido una cita muy pija. Aunque sir Charles había sido un acompañante agradable, no sugirió una nueva cita. Ahora tenía una excusa para verlo de nuevo.

—Podría llamarle —propuso.

—Conociendo a Jessica —dijo Peter, riéndose tontamente—, no me extrañaría que se le hubiera arrimado.

—Llamaré —decidió Deborah.

Se acercó al teléfono público de la esquina; Gustav contestó. Ella preguntó casi sin aliento por sir Charles.

—Sir Charles no está en casa —informó Gustav.

—Oh, me preguntaba si habría visto a mi amiga, la señorita Jessica Tartinck.

—No.

Y entonces, desde algún rincón de las regiones interiores de la casa, a espaldas de Gustav, Deborah oyó con claridad a sir Charles, que decía:

—¿Quién es, Gustav?

—Nadie —respondió Gustav, y colgó.

Deborah se quedó mirando el aparato con rabia y perplejidad. Luego lo colgó lentamente. El orgullo le impidió contar a los demás que un sirviente acababa de desairarla.

—No, no sabe nada —les explicó.

Jeffrey la miró, sorprendido.

—Pero ¿ninguno de sus jardineros o guardas la vio?

—No —dijo Deborah con la cabeza gacha.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Alice.

—No estamos en las páginas de una novela gótica —dijo Jeffrey—. Quiero decir que si estáis pensando que ha acabado encadenada en las mazmorras subterráneas de Barfield House, olvidaos.

—A lo mejor no tiene nada que ver con sir Charles —intervino Gemma—. En los tiempos que corren, a las mujeres les pasan todo tipo de desgracias.

—Las mujeres como Jessica asaltan a los demás, no al revés —señaló Kelvin.

Al final, acordaron dejar pasar un par de días. Unas bebidas más tarde todos empezaron a convencerse de que Jessica se había instalado fuera del pueblo para desquitarse de los demás por haberle plantado cara.

Pero transcurrieron esos dos días y los Paseantes de Dembley se reunieron en la escuela.

Sin Jessica. Fue Jeffrey el que se dirigió al grupo:

—Creo que deberíamos quedar todos mañana después del trabajo y acercarnos hasta allí para ver si descubrimos algún rastro de ella.

—No hace falta —dijo Mary Trapp—. Estoy convencida de que se ha mudado para castigarnos y asustarnos.

—Y digo yo, ¿para qué pagamos impuestos? —preguntó Kelvin, irritado—. Llamemos a la poli.

—No —replicó Jeffrey con rabia—. Veamos primero qué averiguamos por nuestra cuenta.

Cuando volvieron a reunirse, hacía una tarde cálida y despejada. Por mal que se llevaran entre ellos, Jeffrey no pudo evitar pensar lo relajados y contentos que estaban todos sin Jessica en el grupo. Los había dominado. Se regañó a sí mismo para sus adentros. Ya estaba pensando en ella en pasado. Salieron de Dembley bajo la luz dorada del atardecer. Cuando llegaron a la finca de sir Charles, Jeffrey desplegó un gran mapa del servicio estatal de cartografía de la serie Pathfinder y, con una uña mugrienta, resiguió la ruta.

El silencio se abatió sobre el grupo. Sin la combativa Jessica para guiarles, nadie podía librarse de la incómoda sensación de estar entrando ilegalmente en una propiedad privada. La tarde era muy tranquila. Con cuidado, cerraron las verjas de la granja a su espalda. Jessica las habría dejado abiertas. Al poco llegaron al campo de colza, que destellaba dorado bajo el sol que se ponía por el oeste.

—¡Mirad! —exclamó Jeffrey al tiempo que se detenía al borde del campo.

Jessica, pues todos dieron por supuesto que había sido ella, había entrado en el campo, pisoteando y chafando las flores.

—Tuvo que avanzar a saltos para causar tantos destrozos —dijo Alice, asombrada.

Formaron una fila india, con Jeffrey en cabeza, y siguieron las huellas. Más allá de los árboles, al fondo del campo, se alzaba la mole de Barfield House.

—Las huellas se interrumpen aquí —detectó Jeffrey—. ¿Estaría enterrando algo?

Todos se reunieron a su alrededor y bajaron la mirada al montón de tierra y flores amarillas arrancadas.

Kelvin se inclinó y arañó la tierra con su gran pie. Una pequeña cascada de tierra suelta cayó del montón y, sobresaliendo, apareció un pie calzado con una bota y una pierna blanca; blanca y velluda. Jessica nunca se depilaba.

—Dios mío —chilló Alice, que se arrodilló y hurgó en la tierra con las uñas.

Poco a poco, el cuerpo de Jessica fue quedando al descubierto. Su cara manchada

de tierra miraba sin ver hacia el cielo tranquilo de la tarde. Deborah se dio la vuelta y vomitó incontrolablemente; Gemma rompió a llorar y Mary Trapp se desmayó y fue a caer sobre el cadáver en un grotesco abrazo.

Kelvin la apartó.

—Ya hemos hecho bastante. Llamad a la policía. ¿Es que no lo entendéis, memos? ¡Alguien la ha asesinado!

En cuanto dieron la vuelta al cuerpo de Jessica, no tardó en descubrirse que alguien le había propinado un golpe terrible en la parte de atrás de la cabeza con una pala, alcanzándola con el filo de la herramienta, y luego había intentado enterrarla sin lograrlo del todo. A Bill Wong, que esperaba pacientemente junto a la tienda que ahora resguardaba el cadáver de Jessica a que uno de sus superiores le diera instrucciones, se le pasó fugazmente por la cabeza que ya era casualidad que Agatha volviera de Londres para dedicarse al excursionismo y de repente se cometiera el asesinato de otra excursionista. Los focos situados en el campo, alrededor de la tienda, brillaban con fuerza en la oscuridad. Un búho ululó desde los árboles. Se había levantado un viento que susurraba entre las flores de colza, ahora blanquecinas bajo la luz artificial.

El inspector jefe Wilkes se acercó a Bill Wong.

—Están todos en la casa, ¿no?

Bill asintió.

—Más vale que empecemos a interrogarles. Ya sabemos todo lo que puede saberse por el momento. La golpearon violentamente por detrás.

—Debió de ser un hombre muy fuerte.

—No, podría haberlo hecho una mujer. Una con un buen *swing*. Era una pala pesada.

—¿Quién podría tener una pala a mano?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Todavía es demasiado pronto para buscar huellas dactilares. Y ha estado lloviendo desde el asesinato, si es que ella salió el sábado pasado, como había amenazado que haría.

—¿Cree que sir Charles perdió los estribos y se la cargó?

—Nos haremos una idea de qué tipo de hombre es cuando hayamos hablado con él. Tengo entendido que la pesada que le amarga la vida ha vuelto a Carsely.

—¿Mi amiga Agatha? —Bill sonrió—. Me pregunto qué pensará de esto.

Wilkes se estremeció.

—Ni se le ocurra contárselo.

Gustav los recibió en la puerta.

—He llevado a las personas que quieren interrogar al salón de baile.

—En primer lugar quisiéramos charlar con sir Charles, si nos lo permite.

Gustav inclinó la cabeza.

—Vengan por aquí. —Sus modales formales desaparecieron de golpe—. Y no se queden toda la noche. —Miró por encima de sus hombros—. ¿Qué ocurre, Parsons?

El policía se dio la vuelta y se encontró con un hombre alto y delgado, con una escopeta de cañones recortados en el pliegue del codo.

—He cerrado las verjas, Gustav —informó Parsons—. Pero los de la prensa están intentando llegar hasta la casa.

—Pues dispárales —indicó Gustav con paciencia—. Por aquí, caballeros. —Mantenia abierta la puerta que daba al estudio de sir Charles.

Wilkes vaciló un instante, preguntándose si aquella orden de disparar a los periodistas había que tomársela en serio, hasta que concluyó que no.

Se presentó a sí mismo y a Bill Wong.

Sir Charles estaba sentado detrás de una gran mesa con la superficie de cuero. Tenía las manos entrelazadas encima de ella y se las contemplaba con vivo interés.

—Bien, sir Charles —dijo Wilkes—, sólo queremos hacerle unas preguntas. El cadáver hallado en su propiedad es de una miembro del grupo excursionista los Paseantes de Dembley. Creemos que fue asesinada el sábado pasado, seguramente hacia media tarde. Ésa era, al menos, la hora en que ella pretendía cruzar sus tierras. ¿La vio?

—No.

—¿Dónde estuvo el sábado pasado?

—En Londres. Tengo un piso en Westminster.

—¿En qué dirección?

Se la dio.

—¿Le vio alguien?

—Gustav me acercó en coche y mi tía, la señora Tassy, nos acompañó.

—Habla tanto con Gustav como con la señora Tassy.

—Pueden hablar con Gustav todo lo que quieran. Pero ¿es necesario que molesten a mi tía? En este momento está acostada. Todo esto ha supuesto una gran conmoción para ella.

—Tal vez mañana. Pero sí, tenemos que hablar con ella. Cuéntenos lo que sepa de los Paseantes de Dembley.

—Poca cosa —dijo sir Charles—. Vean, esta carta me la escribió la señorita Tartinck, y aquí tienen una copia de la que yo le remití como respuesta.

Examinaron ambas.

—Vaya —dijo Wilkes—, y con una invitación tan amable, ¿por qué cree que la señorita Tartinck venía sola?

—Oh, eso puedo explicárselo. Llevé a una de las chicas del grupo al cine. *Ciudadano Kane*. Muy buena. ¿La han visto?

—Varias veces —contestó Wilkes.

—El caso es que ella me contó que a los demás no les gustaba la actitud beligerante de Jessica y le habían dicho que viniera sola.



—¿Así que usted sabía que vendría?

—Sí, pero tenía que ver a unos amigos en Londres, así que decidí marcharme.

—¿Cómo se llaman esos amigos?

—Los Hasselton. Aunque finalmente no llegamos a vernos. Era un día muy húmedo y preferí quedarme en el piso y ver la televisión.

—De manera que en realidad no tiene testigos de que estuvo en Londres.

—Pero si ya se lo he dicho: mi tía y Gustav.

—Hubiéramos preferido a alguien menos próximo a usted.

—¿Se refiere a que ellos mentirían por mí? Es un comentario un tanto desagradable.

—Volveremos a hablar con usted, sir Charles, si nos lo permite —dijo Wilkes a la par que se levantaba.

—¿Es necesario? No les ocupará toda la noche, ¿verdad que no?

—¿De dónde podría haber sacado la pala el asesino?

—Pues no sabría decirles. Les sugiero que hablen con mi administrador, el señor Temple. Vive en Dembley. —Sir Charles garabateó algo en un trozo de papel—. Aquí tienen su dirección y su número de teléfono.

Wilkes lo cogió.

—¿Dónde están los excursionistas?

—Creo que Gustav los ha llevado al salón de baile.

—¿Por qué allí? —preguntó Wilkes con curiosidad.

—Supongo que porque no lo utilizamos casi nunca.

Wilkes se dio la vuelta al llegar a la puerta.

—¿A cuál de las excursionistas llevó al cine?

—A una jovencita encantadora llamada Deborah Camden.

Gustav esperaba al otro lado de la puerta. Los condujo por el amplio vestíbulo, después por un pasillo y finalmente abrió una puerta. El salón de baile estaba forrado de paneles de roble, como el resto de la casa. Los excursionistas estaban sentados en un pequeño islote de sillas, a las que no habían quitado sus coberturas para la ocasión. Una gran lámpara de araña de Waterford resplandecía desde las alturas. En el estrado de los músicos, había un policía sentado, y otro hacía guardia delante de la puerta.

Wilkes se volvió hacia Gustav.

—Me gustaría interrogarlos uno por uno. ¿Hay algún sitio que pueda utilizar?

Gustav vaciló unos instantes antes de responder.

—Venga conmigo, señor —indicó, y abrió una puerta que había junto al salón de baile—. En los viejos tiempos dejábamos aquí las capas —explicó—. ¿Le parece bien?

Wilkes miró a su alrededor. Había unas pocas sillas rígidas, un largo espejo que recorría una de las paredes y nada más, aparte de una chimenea negra y vacía.

—Supongo que servirá. Haga pasar primero a Deborah Camden.

—Tengo que atender a sir Charles —repuso Gustav—. Vaya a buscarla usted.

—Antes soñaba con ser rico algún día y tener sirvientes —comentó Bill Wong cuando Gustav se hubo marchado—. Un breve contacto con Gustav basta para convencerme de que son preferibles los robots.

—Podríamos empezar de una vez y no ponernos a discutir sobre el servicio. Haga pasar a Deborah, por favor.

Cuando entró, Wilkes la examinó de cerca. Su tez era muy pálida. Una mujercita menuda, tímida e insignificante, pensó, asombrado de que a sir Charles se le hubiera pasado siquiera por la cabeza salir con ella.

—Esto es sólo una entrevista preliminar, señorita Camden —explicó—. Mañana por la mañana tendrá que pasarse por comisaría y allí le tomaremos declaración oficialmente. ¿Qué hizo el sábado por la tarde?

—Fui de compras a Dembley.

—¿Alguno de los dependientes se acordará de usted?

—No lo creo. Me dediqué a mirar escaparates. El salario de un profesor no da para mucho.

—¿De qué conoce a sir Charles?

—Me mandaron a revisar el derecho de paso, pero no quería que me acusaran de entrada ilegal, así que vine antes a la casa. Sir Charles me invitó a tomar el té, me pidió el número de teléfono y luego me llamó para salir.

—Volveremos a sir Charles dentro de un momento. ¿Qué sabe de Jessica Tartinck?

Los ojos de Deborah se llenaron de lágrimas.

—Ojalá no hubiera discutido con ella —dijo, estremeciéndose.

—¿La discusión fue por el derecho de paso?

Deborah asintió, aturdida.

—Es un asunto muy triste, pero intente mantener la calma. Cuéntenos lo que sepa del pasado de Jessica.

Con voz entrecortada, Deborah esbozó lo que sabía. Estaba al tanto de que Jessica era una de las mujeres que se manifestaron contra las armas nucleares en Greenham Common, cuando era una base de misiles. La habían detenido un par de veces por cortar las alambradas. No había sido muy concreta en cuanto a sus destinos como profesora antes de llegar a Dembley. No, no, no eran tan íntimas. Jessica vivía con Jeffrey Benson, pero él la había echado de casa.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que todos los demás nos enfadamos con ella. Le gustaba encontrar derechos de paso que a veces ni siquiera el propietario sabía que existían, y luego organizaba un escándalo. Fue emocionante por un tiempo, pero supongo que todos nos estábamos hartando de que nos mangoneara —explicó Deborah—. Pero sólo estoy especulando, claro. Yo no estaba presente cuando Jessica se peleó con Jeffrey.

Deborah se fue tranquilizando visiblemente a medida que avanzaba el

interrogatorio. Dijo que aunque Jessica parecía haberlos irritado a todos de un modo u otro, no se le ocurría nadie que la odiara tanto como para matarla.

—Pero me parece que sé quién lo hizo —acabó en un tono triunfante.

—¿Quién? —preguntó Wilkes.

—Gustav, ese sirviente. Es un tipo muy raro y creo que podría ponerse violento.

—Lo investigaremos. Mañana la esperamos en la comisaría principal de Mircester para tomarle declaración, señorita Camden. Hable con el policía que está en la puerta del salón de baile antes de marcharse; él le dará una hora para que vaya. Y haga pasar a Jeffrey Benson.

Bill Wong observó atentamente a Jeffrey cuando este entró. Algo le cosquilleaba en un rincón de la mente. Tenía la sensación de que la policía ya se había interesado antes por ese hombre. Jeffrey Benson era corpulento y fuerte, empezaba a perder pelo y se lo recogía en una coleta.

Tras advertirle de que se trataba tan sólo de una entrevista preliminar, le preguntaron por sus relaciones con Jessica Tartinck.

—Éramos amantes —dijo Jeffrey—. Supongo que prefieren el término a la vieja usanza.

Consciente de cuál sería el término moderno, Wilkes presionó por ahí.

—Queremos que empiece por el principio y nos cuente cómo es posible que la señorita Tartinck acabara recorriendo sola el antiguo derecho de paso.

Para tratarse de alguien a quien no le caía bien la policía, sorprendentemente Jeffrey resultó ser un testigo ideal. Describió todo desde el principio, luego reprodujo el discurso con el que Jessica había intentado convencerlos a todos para que la acompañaran, seguidamente cómo se habían peleado, aunque omitió la mención a los irlandeses, y se limitó a decir que estaba harto de las «mujeres mandonas».

—Entre nosotros no había verdadero afecto —concluyó—. Ella quería lo que yo tenía, y yo se lo daba.

Como Deborah, no disponía de coartada para el sábado por la tarde. Había hecho algunos trabajos en casa. Tal vez se había pasado por el Grapes. Pero no lo recordaba con seguridad.

A continuación, le llegó el turno a Kelvin Hamilton. Cuando le preguntaron si Jessica había recurrido a él buscando dónde quedarse, contestó:

—Por supuesto que no. Yo no tenía tiempo para sus tonterías de matona, y ella lo sabía.

Con rabia, Kelvin intentó recordar si le había contado algo a alguien de la visita de Jessica; no, ¿verdad que no? Entonces se le cayó el alma a los pies al pensar que la policía tal vez preguntara a sus vecinos, de hecho seguramente los interrogarían y averiguarían lo de la visita y la subsiguiente riña. Los tabiques entre los pisos eran muy delgados y Jessica había soltado a voz en grito unos cuantos insultos selectos de camino a la calle. Pero no se atrevió a reconocer que acababa de mentir.

—Creo que descubrirán que fue Deborah Camden —declaró, casi fanfarroneando.

—¿Y por qué? —preguntó Wilkes.

—Estaba tan embobada con la idea de hacerse amiguita de un aristócrata que no da la sensación de que vivamos en el siglo xx.

—¿Y usted cree que eso sería motivo suficiente para matar a una mujer, cruzar un campo?

—Es a los calladitos a los que más hay que vigilar.

Antes de dejarle ir, le apremiaron a que les contara cuándo había conocido a Jessica, qué sabía de ella, qué tipo de relación creía que mantenía con Jeffrey y dónde había estado el sábado anterior. Le borraron la expresión de alivio que había asomado en su cara al comunicarle que al día siguiente tenía que presentarse en la comisaría de Mircester.

—Otro sin coartada para el sábado —concluyó Wilkes.

La siguiente fue Alice Dewhurst. Ella quería que la interrogaran junto con Gemma Queen y tardaron varios minutos en persuadirla de que debían hablar con ellas por separado.

Alice se sentó, malhumorada, después de que despacharan a Gemma.

—Bien —empezó Wilkes una vez que Bill hubo anotado la dirección, la edad y el empleo de Alice—, ¿qué puede contarnos de Jessica Tartinck?

Ella acomodó con dificultad su pesado trasero en la pequeña silla rígida.

—No sé. Daba la impresión de tener las ideas correctas, pero era demasiado avasalladora, incluso para una feminista convencida. Quiero decir que se supone que los agresivos son los hombres, no las mujeres.

A Wilkes le pareció un razonamiento bastante descabellado, pero lo dejó pasar.

Lo que dijo fue:

—¿Alguno de ustedes conocía a Jessica Tartinck antes de que viniera a Dembley?

—No —contestó Alice, y algo aleteó al fondo de sus ojos. Bill Wong tuvo la molesta sensación de que estaba mintiendo.

—Se dará cuenta, señorita Dewhurst, de que algunas de estas preguntas pueden parecer casuales, pero es importante establecer qué clase de persona era la señorita Tartinck. Su familia vive en Milton Keynes; por lo que sé, tiene una madre y una hermana, a las que están informando de su muerte. Pero la asesinaron aquí, de manera que tenemos que intentar averiguar por qué alguien la odiaba tanto como para matarla.

—Es muy sencillo —dijo Alice en un tono condescendiente—. Sir Charles o uno de sus secuaces de la finca perdió los estribos y la golpeó con una pala.

Wilkes reflexionó con ironía que el razonamiento parecía bastante lógico, dado que nadie había atentado contra la vida de Jessica antes de su solitaria excursión, al menos que ellos supieran. Así que interrogó a Alice sobre Jessica, sus intereses, sus amistades, y se quedó con la sensación de que estaba celosa de la difunta y de que, en realidad, no le caía bien.

Alice dijo que el sábado había estado en casa con Gemma. Que habían visto un

vídeo en el televisor y no habían salido para nada.

Gemma Queen, que fue la siguiente, corroboró esa coartada con una voz tímida. A Wilkes le pareció la típica dependienta sin ambiciones, la clase de chica que debería andar por ahí riéndose de sus novios con las otras dependientas y no mezclarse con estos excursionistas irritados y extravagantes. Al ser preguntada por Jessica, Gemma no tuvo más que elogios y palabras de admiración hacia la difunta.

—¿Compartía sus contundentes opiniones sobre los terratenientes? —quiso saber Wilkes.

—¿Perdón?

—¿Los terratenientes le caen tan mal como a Jessica?

—Eso tendrá que preguntárselo a Alice.

—¡Señorita Queen! ¿Es que no tiene opiniones propias?

—No lo sé. A decir verdad, yo no entiendo la mitad de lo que dicen. Pero Jessica estaba bien. Era muy atractiva. Una vez me llevó al ballet. —De repente, Gemma se rió—. Alice se puso furiosa.

Wilkes concluyó que no iba a sacarle nada útil a Gemma. Además, al día siguiente volverían a interrogarla. Para entonces, ellos sabrían mucho más de las personas implicada en el suceso.

Peter Hatfield y Terry Brice resultaron ser agradablemente cotillas en comparación con los demás. Los dos habían trabajado el sábado por la tarde y parecían los únicos con coartadas firmes. Entrevistados por separado, sus historias fueron muy parecidas. Su motivo para unirse a las salidas de los excursionistas era que ninguno de los dos quería ponerse «demasiado gordo». Sí, habitualmente se tomaban libre el sábado por la tarde, pero aquél en concreto se habían ofrecido a preparar las mesas para la noche, mientras el restaurante estaba cerrado, entre las tres y las siete. Sus relatos eran tan similares que Wilkes estaba seguro de que los habían ensayado cuidadosamente mientras esperaban en el salón de baile. Aunque se servían mutuamente de coartada, no consideró descabellado que uno de ellos podía haber salido del restaurante, haberse acercado a la finca en coche, asesinado a Jessica y luego regresar.

Después de interrogarlos, Wilkes se volvió hacia Bill Wong, se desperezó, bostezó y dijo:

—Ahora, a por Gustav.

Pero en ese instante se produjo una interrupción: entró un policía que estaba de guardia fuera de la casa.

—Discúlpeme, señor, pero está aquí uno de los trabajadores de la granja. Creo que debería escucharle. Se llama Noakes, Joe Noakes.

—Hágalo pasar.

Entró un hombre corpulento y fornido, con cara de pocos amigos. Se presentó como Joseph Noakes y trabajaba en la granja para el señor Dyke, que la administraba.

—¿Y qué tiene que contarnos?

—He visto a sir Charles y a esa mujer muerta.

Wilkes se tensó.

—Siga. ¿Cuándo?

—El sábado pasado, sí, el sábado. Ella estaba destrozando y pisoteando el campo de colza para abrirse camino. Sir Charles salió a su encuentro.

—¿Dónde? ¿En qué parte del campo? ¿En la zona del medio, donde hallaron el cadáver?

—No, fue hacia la zona más alejada de la casa.

—¿Oyó lo que decían?

—No. Yo estaba en el otro campo. Pero él agitaba los puños delante de ella. Luego se dio la vuelta y regresó a la casa.

—¿Ella todavía estaba viva?

—Sí, señor —reconoció el señor Noakes con evidente reticencia.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me fui, ¿de acuerdo?, y no vi nada más.

—Espere fuera —le indicó Wilkes—. Lo llevaremos a comisaría. —Cuando se cerró la puerta, se volvió hacia Bill Wong—. Y también nos llevaremos a sir Charles. Creo que hemos encontrado a nuestro asesino.

## CUATRO



Agatha Raisin acababa de leer la noticia de la muerte de Jessica Tartinck en el periódico local cuando llamaron al timbre. Deseando que fuera James, echó un rápido vistazo a su reflejo en el espejo del recibidor antes de abrir la puerta.

Se encontró con la señora Mason, la presidenta de la Carsely Ladies Society.

—Oh, señora Raisin. ¿Puedo entrar un momento? Quiero pedirle consejo.

—Claro. Estaba a punto de tomar una taza de café. —Agatha la condujo a la cocina—. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó, sirviendo dos tazas de café.

—Es un asesinato espantoso. Un pariente mío está implicado.

Los pequeños ojos de Agatha centellearon con interés.

—Mi sobrina, Deborah Camden, es una de las excursionistas —continuó la señora Mason—. Se enteró a través de mí de sus habilidades detectivescas y me ha rogado que hable con usted. Lo cierto —la señora Mason se pavoneó levemente— es que el tal sir Charles Fraith es una especie de amigo de Deborah.

—¿El terrateniente?

—Sí, y Deborah dice que lo han detenido por el asesinato, pero que se han equivocado de persona.

—¿Sabe ella quién es la persona «correcta»?

—No, pero dice que sir Charles es amable y atento, y que no puede ser él.

—En el periódico no decían nada de una detención. Sólo mencionaban que un hombre estaba ayudando a la policía en las pesquisas.

—Ése es sir Charles. Todavía no lo han acusado, pero Deborah dice que es sólo cuestión de tiempo. Mire, él afirma que se encontraba en Londres el sábado en que la mataron, pero un trabajador de la granja jura que vio a sir Charles en el campo gritándole a la tal Jessica y agitando los brazos.

—Oh, querida, ¿sabe ella por qué mintió sir Charles?

—No. Pero me ha rogado que le pida ayuda.

—Me encantaría ayudarla —dijo Agatha, lo cual era verdad. Apenas veía el momento de que se marchara la señora Mason para ir a casa de James e intentar convencerlo de que se uniera de nuevo a ella en sus aventuras detectivescas. Aun así preguntó—: ¿Qué puede contarme de su sobrina?

—Deborah es profesora en el instituto de Dembley. Tiene veintiocho años y está soltera. No la veo con frecuencia porque hace ya mucho tiempo discutí con su madre, mi hermana Janice, y no nos visitamos. Deborah siempre fue una chica muy lista aunque un poco cohibida; seguramente ésa sea la razón por la que no se ha casado.

—Creo que debería hablar con ella.

—Esta tarde tiene clase hasta las cuatro. Después, podría acercarla yo misma a Dembley.

—No, no quiero que me vean con ella en Dembley —repuso Agatha.

—¿Por qué?

—Bueno, tal vez vaya de incógnito.

—Oh, bueno, entonces iré yo a recogerla y la traeré hasta aquí. Será a eso de las cinco.

—Espléndido.

En cuanto la señora Mason se hubo ido, Agatha corrió escaleras arriba y se puso una blusa nueva de manga corta de color verde y unos pantalones a medida de color beis. Respiró hondo para esconder la barriga y se dirigió a la puerta de la casa de al lado.

James abrió y frunció el ceño al verla.

—¿Qué pasa, Agatha? Estoy muy ocupado en este momento.

Y Agatha, que se sentía dolida y rechazada porque él no había sido capaz de pronunciar ninguna de las frases que ella —durante el breve lapso de tiempo transcurrido entre la partida de la señora Mason y la llegada de Agatha sin aliento a la puerta de James— había imaginado que le diría, soltó bruscamente:

—Nada. No pasa nada que no pueda esperar.

Se dio la vuelta y se fue.

«Que le den —pensó—. Además, ¿quién le necesita? ¡Cómo se atreve a hablarme así!»

Para su consternación, sintió que su interés por el caso se desvanecía rápidamente. Para contrarrestar el bajón, fue en coche hasta el quiosco de prensa de Moreton, se compró todos los periódicos y se retiró a un rincón oscuro de un salón de té, uno de los pocos donde todavía permitían fumar, donde empezó a leer todo lo que encontró sobre la muerte de Jessica Tartinck.

Jessica, que había desafiado a los demás diciendo que iría sola de excursión, había sido hallada muerta en uno de los campos de la finca de sir Charles Fraith. Le habían golpeado salvajemente en la parte de atrás de la cabeza con una pala. Jessica Tartinck había sido activista en defensa de todo tipo de derechos: antinuclear, para salvar las ballenas, el medioambiente en general y últimamente los derechos de paso de los excursionistas. Un catedrático de la Universidad de Oxford aseguró que tenía un brillante cerebro académico, pero que carecía por completo de sentido común. Había dado clases en una escuela para chicas y había conseguido que las alumnas se declararan en huelga. Aunque su familia vivía en Milton Keynes, tras salir de la universidad había ido dando saltos de un empleo a otro, siempre ejerciendo la docencia, con intervalos entre un trabajo y el siguiente para dedicarse a asistir a manifestaciones, mítines y a sembrar el caos. Agatha pensó con cinismo que alguien como Jessica seguramente cambiaba de lugar en cuanto la gente se acostumbraba a ella, en cuanto sentía que perdía poder. Había personas así, a las que en realidad les importaba un pimiento el medio ambiente, las ballenas o lo que fuera, y que utilizaban las protestas como medio para conseguir poder. Seguramente, pensó Agatha, si no la hubieran matado se habría marchado pronto de Dembley. Se



preguntó cómo habría sido la vida sexual de Jessica. Esa clase de mujeres utilizaba el sexo como un arma para manipular a los demás y controlarlos. Había una fotografía suya, bastante borrosa, en uno de los periódicos. Por lo que se veía parecía una mujer bastante atractiva. Había varios artículos en la prensa sobre los antiguos derechos de paso, pero ninguno ofrecía la menor pista de por qué alguien querría asesinar a Jessica.

A las cinco en punto, Agatha se dio cuenta de que su interés inicial se había reavivado. Cuando llegó la señora Mason acompañada de Deborah, Agatha se dirigió a la puerta y, al mirarse en el espejo del recibidor, deseó parecerse más a una gran detective, fuera cual fuese el aspecto que se le suponía.

Deborah, concluyó Agatha, parecía una chica inofensiva. Se veían cientos como ella por las calles de cualquier pueblo de las Midlands: rubias, pulcras, delgadas y tímidas.

—Dime, Deborah —empezó Agatha—, ¿cómo puedo ayudarte?

—Es todo muy inquietante —declaró Deborah con seriedad—. No sé por dónde empezar.

—Empieza por contarme cómo conociste a sir Charles.

—Fue así: Jessica amenazaba con atravesar parte de su propiedad y me mandó para que comprobara cómo estaba el derecho de paso. Yo no quería que me pillaran entrando de manera ilegal, así que primero fui a la casa. Sir Charles fue muy amable y me invitó a tomar el té. Luego me pidió el número de teléfono y al poco me llamó y me llevó al cine.

—¿Por qué?

—Oh, bueno, ya sabe...

—¿Le gustas?

—Tal vez —contestó Deborah—. Parecía cómodo conmigo.

—¿Te ha vuelto a llamar?

—No, pero yo le he llamado hoy y le he hablado de usted.

—Así que la policía lo ha soltado.

—No podían retenerle. El trabajador de la granja que le vio discutiendo con Jessica también afirma que cuando se alejó de nuevo hacia la casa, Jessica todavía estaba viva. Si no tiene inconveniente, a sir Charles le gustaría que mañana fuéramos a comer las dos con él.

Agatha sintió un rubor de simple placer esnob. Ella, Agatha Raisin, iba a comer en la mansión de un baronet. «¡Que te den, James!» Se lo pasaría en grande contándoselo todo... después.

—¿Quieres llamarle para confirmar la cita? —preguntó Agatha.

—No, dijo que si no le llamaba, daba por hecho que íbamos. Nos espera a la una.

—Bueno, ¿quieres que pase a recogerte por la escuela? Aunque creo que si voy a investigar el caso, los demás no deberían verme.

—Tengo un Volkswagen pequeño y viejo —dijo Deborah—. Iré por mi cuenta y

nos encontraremos allí. Hay una persona sobre la que debo advertirle. Si alguien es capaz de cometer un asesinato, es él.

—¿De quién se trata?

—Gustav, el sirviente. No le caigo bien. Me dijo que me mantuviera alejada de sir Charles.

—Y ¿se lo contaste a sir Charles?

Deborah agachó la cabeza.

—No —contestó en un murmullo.

No había querido que sir Charles supiese que era el tipo de persona a la que un sirviente no veía con buenos ojos.

—No te preocupes —dijo Agatha con energía—. No voy a dejar que me pisotee ningún sirviente engreído.

Deborah abrió la boca para decir que creía a Gustav capaz de pisotear a cualquiera, pero la cerró a tiempo. Dejaría que Agatha lo descubriera por sí misma.

Ésta fue a buscar un cuaderno, regresó y se sentó de nuevo.

—Sé que estarás harta de preguntas, Deborah. Pero repasémoslo todo desde el principio.

Y así, con un vocecita cautelosa, Deborah describió cómo Jessica había empezado a trabajar en el instituto de Dembley, cómo se había hecho con el control del grupo de excursionistas, cómo todos la admiraban hasta que su reacción a la educada carta de sir Charles les había parecido excesiva y habían decidido que estaban hartos de sus modales intimidatorios. Repasó las historias de los demás, al menos hasta donde había podido averiguar mientras esperaban sentados en el salón de baile.

—¿Así que nadie, quizá con la excepción de los camareros, tiene una coartada?

—Si hubiéramos sabido que iban a asesinar a alguien el sábado por la tarde, estoy convencida de que todos nos habríamos asegurado de tener coartadas —replicó Deborah con una extraña muestra de ánimo.

—Muy bien. Pasemos al tal Gustav. ¿De dónde es? Es un nombre alemán. ¿Cómo se apellida?

—No lo sé —dijo Deborah—. Sin duda, la policía lo habrá averiguado.

—¿Uno de los detectives que fue a la casa tenía aspecto de chino?

—Sí, estuvo presente durante los interrogatorios.

«Bill Wong —pensó Agatha—. Tengo que localizarle.»

Le hizo unas pocas preguntas más y luego dijo que la vería al día siguiente. Anotó las indicaciones sobre cómo llegar a Barfield House.

En cuanto se hubieron marchado, el timbre de Agatha volvió a sonar. Se retocó el pelo en el espejo del recibidor. Sería James. Podía ablandarse y perdonarle su mala educación de antes. Las noticias eran demasiado emocionantes para guardárselas. Pero cuando Agatha abrió la puerta, fue a Bill Wong a quien encontró en el umbral. Su primera sensación de decepción se vio contrarrestada de inmediato por el hecho de que ahí estaba el hombre a quien más tendría que alegrarse de ver.

—Pasa —exclamó Agatha—, ¿cómo va el caso de la excursionista?

—Vaya, ¿cómo lo sabes?

—Porque me han pedido que lo investigue.

Mientras se encaminaba a su confortable cocina, Agatha pensó que últimamente casi nunca utilizaba su salón.

—¿Quién?

—Deborah Camden.

—¿Y por qué ha tenido que pedírtelo a ti?

Agatha se sintió ofendida.

—¿Y por qué no? Es la sobrina de la señora Mason y se ha enterado de mi labor como detective en el pueblo a través de ella.

—¿Y qué puedes hacer tú que no haga la policía?

—Bueno, para empezar me han invitado a comer mañana en la mansión de sir Charles Fraith. Es más sencillo descubrir qué es lo que fastidia a una persona cuando te reúnes con ella en ese ambiente social.

—Supongo que tienes razón, Agatha. Pero tienes la fea costumbre de meterte donde no te llaman. Lo siguiente que sabremos es que el asesino te está persiguiendo con una pala.

—¿De dónde salió la pala?

—La había dejado allí el trabajador de la granja, Joseph Noakes, el que declaró haber visto a sir Charles discutiendo con Jessica. Un hombre hosco, lleno de resentimiento. Le habían pedido que limpiara una zanja obstruida; el día anterior, el viernes, regresó a pie, se cansó de cargar con la pala y la dejó entre la colza, al borde del campo. Había dos caminos abiertos entre la colza, aparte del caos como resultado del paso de Jessica. Uno iba hacia la casa, y suponemos que lo dejó sir Charles, y otro llevaba a uno de los lados del campo desde el punto donde golpearon a Jessica. Ninguna huella. Sólo flores aplastadas.

—El tal Gustav —preguntó Agatha—, ¿cuál es su origen?

—Madre húngara, padre inglés. Lo trajeron aquí en los años cincuenta; entró en el servicio de Clarence House a los quince, como ayudante de cocina, luego fue lacayo de la marquesa de Drent's, más tarde trabajó como chófer y finalmente como mayordomo, hasta acabar ejerciendo de tal con el padre, el difunto sir Charles, que murió hace tres años. Tiene cincuenta y dos años. Un historial inmaculado.

—Siempre me he imaginado a los mayordomos como señores muy mayores.

—Los pocos que quedan a estas alturas suelen serlo. Como profesión, no tiene futuro. Más que mayordomo, Gustav es un encargado de mantenimiento. No se ha casado.

—¿Es homosexual?

—No lo creo. No todos los solteros son homosexuales. ¿Qué me dices de mí? —Arrugó los ojos, divertido—. ¿Y qué me dices del guaperas de la puerta de al lado, James? ¿Ya se lo has contado?

—Todavía no —dijo Agatha, que no tenía la menor intención de explicarle a Bill cómo la había desairado—. ¿Vas a decirme que me mantenga alejada, como haces siempre?

—Esta vez no. No veo cómo puede ponerte en peligro una inofensiva comida. Pero me pasaré por aquí mañana por la tarde. Es más, tengo mucho interés en oír qué impresión te causan sir Charles y Gustav. ¿Qué te pareció Deborah?

—Una jovencita sencilla. Sin mucho carácter. Más bien alucinada porque sir Charles la sacara por ahí. El tipo de chica fácil de manipular por una personalidad más fuerte. Diría que no tiene ningún compromiso político que la vincule con las opiniones de Jessica: creo que simplemente se pegó a la mujer más fuerte.

—Es posible. En cualquier caso, ya me contarás cómo te ha ido.

La lógica y la emoción se enfrentaron en el pecho de Agatha al día siguiente, y ganó la emoción. De repente, le entraron dudas acerca de comer con un baronet. La lógica le gritaba que sir Charles no era más que un simple baronet que vivía en una mansión victoriana descrita en las guías de viaje como «arquitectónicamente mediocre». En el fondo de sus entrañas, la vieja Agatha, criada en un barrio pobre de Birmingham, temblaba.

A pesar de haberse cambiado mil veces de ropa en su empeño por encontrar un atuendo apropiado, llegó al final del camino de entrada a la casa de sir Charles un cuarto de hora antes de lo previsto. Se obligó a aparcar a un lado de la carretera y se encendió un cigarrillo mientras miraba su reflejo en el retrovisor. Tenía unas pequeñas arrugas en el labio superior. Debería probar una crema antiarrugas. Fumó, se preocupó y se agobió hasta que, con otra mirada a su reloj, se dio cuenta de que ya habían pasado quince minutos. Con los colores subidos y el corazón desbocado, recorrió el camino de entrada.

Puede que los expertos consideraran Barfield House «arquitectónicamente mediocre», pero debía reconocer que era una mansión grande, inmensa, imponente.

El coche de Deborah se detuvo justo detrás del de Agatha, que se alegró incluso del frágil apoyo que su presencia le aportaba. Se acercó a ella y permanecieron juntas sobre el escalón de la entrada mientras Deborah llamaba al timbre. Agatha se había puesto una blusa, una falda y una chaqueta de lana de cordero. Deborah vestía un traje-pantalón azul claro de poliéster y una blusita blanca que la hacía parecer si cabe más blancuzca de lo habitual.

Gustav abrió la puerta. Sus ojos negros se fijaron en ellas durante una fracción de segundo, pero esa mirada bastó para desmoralizarlas a las dos. Parecía decir: «¡Que tenga que abrirle la puerta a gente como ustedes!».

—Sir Charles está en el salón —anunció Gustav, acompañándolas por el tenebroso vestíbulo.

Las dos mujeres entraron en el salón y sir Charles se levantó para recibirlas.

Sentada junto a la chimenea había una dama de edad avanzada. Sir Charles la presentó como su tía, la señora Tassy.

—Así que usted es la detective —dijo con entusiasmo una vez hechas las presentaciones—. Habrá traído su lupa y su polvo para tomar huellas dactilares, ¿verdad?

Menudo memo, pensó Agatha con arrogancia, y se relajó.

—Raisin —dijo la señora Tassy con una voz aguda y sofocada—. ¿No será de los Raisin de Sussex?

Gustav habló desde el rincón del salón:

—Difícilmente —dijo.

La señora Tassy se puso unos anteojos y miró a Agatha.

—No, claro, supongo que no —convino—. ¿Cuándo comemos, Gustav?

—En cuanto usted quiera.

La señora Tassy se levantó. Era una mujer asombrosamente alta; al menos un metro ochenta de estatura que se cernió sobre Agatha.

—Bien —se limitó a decir—. Me estoy aburriendo.

—No se aburrirá tanto cuando la señora Raisin empiece a interrogarnos, nos enfoque las caras con sus lámparas y nos pegue con la vieja cachiporra de goma —comentó sir Charles—. Ven, Deborah. Parece que necesitas que te animen.

Deborah se rió. De repente, a Agatha le entraron ganas de salir corriendo de allí. No se había sentido tan cohibida ni fuera de lugar desde hacía años. Empezó a enfadarse y se puso de malhumor. Después de todo, ¿quién se creía que era esa gente?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó sir Charles cuando se hubieron sentado alrededor de la larga mesa del comedor—. ¿Por qué has puesto la cubertería de plata? No vamos a comer tantos platos.

Gustav permaneció en silencio. Sirvió vino. Sirvió sopa. Agatha tenía la sensación de que Gustav creía que la intimidaría con la exhibición de cubertería. Pero ¿cómo podía él saber nada de ella? Su objetivo debía de ser la pequeña Deborah.

La señora Tassy fijó sus ojos claros en Agatha.

—Si mi sobrino va a contratarla, ¿cuáles son sus honorarios?

—Sólo es una aficionada —observó Gustav en voz baja desde el aparador.

Agatha se dio la vuelta.

—Corta el rollo, bocazas descarado —bramó.

—No parece que vayamos a tener un verano muy bueno —dijo la señora Tassy durante el breve y desconcertado silencio que siguió al estallido de Agatha. Ésta intentó mantener la frialdad, pero sentía una inquietante marea de rubor que le cubría la cara ascendiendo desde el cuello—. El otro día leí en el periódico que tiene algo que ver con la erupción volcánica de las Filipinas. Decía que provocaba veranos de mal tiempo en Europa.

—Al menos eso impedirá que los beligerantes excursionistas sigáis asustando a más terratenientes —dijo sir Charles, sonriendo afectuosamente a Deborah.

—Oh, no me diga que es una de ellos. —La señora Tassy miró con curiosidad a Deborah—. Tiene que andarse con cuidado. No querrá que la maten, supongo.

Gustav se movió con destreza para retirar los platos de sopa vacíos. Agatha había estado jugueteando con los cuchillos y tenedores colocados alrededor de su plato. Gustav volvió a ponerlos en su sitio con un pequeño suspiro.

Seguidamente llegó el segundo plato: pescado en salsa de queso.

—Estás consiguiendo que nos enorgullezamos del servicio, Gustav —comentó sir Charles—; pero parece un poco demasiado formal, ¿no? Creo que nos habríamos sentido más cómodos tomando un poco de pastel de carne en la cocina.

A modo de respuesta, Gustav alzó sus expresivas cejas, se retiró de nuevo y se quedó junto al aparador. Agatha llevaba un collar de pequeñas perlas.

—¿Son de verdad? —preguntó la señora Tassy.

—No —dijo Gustav.

Agatha intentó replicar:

—Nadie lleva perlas genuinas en estos tiempos —dijo, y distinguió en su voz las vocales marcadamente nasales típicas del acento de Birmingham.

—Yo sí —replicó la señora Tassy, y eso puso fin al tema.

—Y bien, ¿cómo va a empezar a investigar? —quiso saber sir Charles.

—Me gustaría ver el terreno donde se cometió el asesinato —contestó Agatha, que decidió pasar al ataque—: ¿Por qué le dijo a la policía que había estado en Londres el día del crimen?

—Porque no quería que me acusaran —respondió sir Charles con paciencia.

—¿Le entró miedo?

Él volvió la mirada hacia ella y sus ojos le parecieron vivos e inteligentes.

—No —dijo—. De repente, deseé no tener nada que ver con los líos y molestias que se me venían encima. No pensaba que nadie me hubiera visto discutiendo con la tal Jessica, ya sabe.

—¿Y por qué discutían?

—Obviamente, porque estaba pisoteando el campo y estropeando la cosecha. Me soltó una larga bronca por ser un capitalista abotargado. No había oído topicazos así desde que asistí a una reunión del sindicato de estudiantes en mi *college* de Cambridge. Le dije que se callara y me fui. Cuando me volví a mirar, allí seguía ella, insultándome a gritos. Pensé en llamar a la policía, pero entonces me cansé del asunto. Tiendo a no hacer caso de las cosas que me fastidian. Por descontado, ahora la policía se plantea acusarme de obstrucción a sus investigaciones. Menuda pesadez.

—Pero usted debió de imaginar que se enterarían, ¿no?

—¿Y por qué? —preguntó, sorprendido—. No sabía que le caía tan mal a Noakes. A ninguno de los demás empleados de la finca se le habría pasado por la cabeza contar nada.

—Seguramente la mató él mismo, ese estúpido cabrón —terció Gustav.

—Eso estaría bien —dijo la señora Tassy, pensativa.

Agatha intervino:

—Sí, eso les vendría muy bien a ustedes —observó—. Que uno de los empleados de la granja sea el culpable sería genial.

—Si hubiera sabido que se iba a poner tan desagradable —dijo Deborah apartándose el pelo rubio de la cara—, no habría recurrido a usted.

—Más vino, Gustav —indicó sir Charles—. Mire, señora Raisin, no puedo pedir ayuda a alguien que tenga prejuicios.

—No tengo ningún prejuicio —objetó Agatha—. Simplemente he dicho que...

—Oh, rosbif —exclamó la señora Tassy—. Nos estás malcriando, Gustav.

Y a Agatha no se le ocurrió nada más que decir. Estaba totalmente desmoralizada. Envidiaba a Deborah, que charlaba en tono alegre con sir Charles de películas y libros. La espantosa comida llegó a su fin. Cuando Agatha, un poco achispada y abatida, se dirigió a su coche, se dio cuenta de que no se había dicho nada más respecto a contratar sus servicios.

—No debería conducir si ha bebido —fue la pulla de despedida de Gustav.

Agatha condujo despacio hasta casa, pero no tanto como para que a alguno de los policías que todavía revisaban el campo de colza le resultara sospechosa tanta parsimonia.

Una vez en casa, se tomó varias tazas de café solo y se quedó mirando tristemente la pared de la cocina, antes de ir al cuarto de estar e intentar en vano encontrar un programa de televisión que la ayudara a olvidar la vergüenza que sentía. ¿Qué le había pasado? Ella, Agatha Raisin, el azote de todos los *maîtres* desde el Claridges hasta el Ritz, se había venido abajo ante una comida pretenciosa e interminable en una mansión rural.

Recobrada la sobriedad gracias al café y la desdicha, fue a responder a las llamadas al timbre. Allí estaba Bill Wong.

—¿Qué tal?

—Pasa —lo invitó Agatha—. Ha salido el sol. Bueno, nos sentaremos en el jardín, para variar.

Preparó más café y sacó dos tazas a la mesa.

—Tienes un bonito jardín —dijo Bill mirando las flores de colores brillantes.

—Gracias a los vecinos. —Agatha contempló su taza de café con el ceño fruncido.

—Y bien, ¿qué ha pasado? —preguntó Bill.

—Creo que fue él. —A Bill le pareció que Agatha sonaba claramente apagada—. Sir Charles, y ese sirviente.

Bill se recostó en la silla y clavó sus ojos almendrados en la cara irritada de Agatha.

—Esto no es propio de ti, Agatha. ¿Fue sir Charles prepotente contigo?

—No —repuso Agatha en un murmullo—. Es un estúpido y un idiota. Mintió al contar que no había estado aquí el sábado y creo que...

El timbre sonó débilmente desde la fachada de la casa. Agatha fue a abrir y se encontró con la alta figura de James Lacey.

—Ayer fui un poco brusco contigo, Agatha —se disculpó—. Me parecía que había cogido el ritmo con el libro, pero más tarde me di cuenta de que lo que había escrito era basura.

Todas las humillaciones de la jornada cayeron en el olvido durante un glorioso instante, y Agatha le pidió que entrara y tomara café con ellos. Cuando James se hubo acomodado en la mesa del jardín, le preguntó a Bill:

—¿Trabajas en el caso de la excursionista?

—Sí, y también Agatha; bueno, mejor dicho «trabajaba» —respondió Bill—. Una de las chicas, Deborah Camden, persuadió a nuestra Agatha para que ayudara a sir Charles Fraith, pero parece que Agatha ha vuelto del almuerzo que ha tenido allí de malas pulgas y no acaba de contarme qué ha pasado.

—Una extraña familia, esos Fraith —comentó James estirando sus largas piernas—. Y bien, Agatha, ¿qué tal ha ido?

—Fue ese maldito criado, Gustav —explicó ella en un tono cansado—. La tomó conmigo y perdí los nervios.

Siguió un breve silencio mientras ambos hombres imaginaban cómo reaccionaría una Agatha que hubiera perdido los nervios.

—Tengo la sensación de que sir Charles decidió que ya no requería de tus servicios, Agatha. ¿Qué dijiste para disuadirle de contratarte... si es que se te ocurre algo concreto? —añadió James, dando a entender que Agatha tal vez hubiera soltado una sarta de insultos.

—Bueno, tiene una tía muy rara que dijo que no estaría mal que aquel trabajador de la granja, Noakes, resultara ser el asesino, y yo repliqué que le vendría muy bien a gente como ellos pensar que lo había hecho un empleado. Sir Charles dijo que yo tenía prejuicios.

James se rió.

—Pobre Agatha. El tal Gustav debe de ser un mal bicho para obsesionarte así. Conozco un poco a sir Charles; es amigo de un joven amigo mío. Oh, no tienes que dejar tu labor de detective, Agatha. Hablaré con sir Charles. Le llamo desde tu teléfono si me lo permites.

—Si él acepta que vuelva al caso, ¿vendrás conmigo? —preguntó Agatha.

Él la miro desde arriba.

—¿Por qué no? —dijo con un parpadeo.

—Bueno, ¿y qué me dices de tu idea de que sir Charles y Gustav son unos asesinos? —preguntó Bill cuando James desapareció dentro de la casa.

—Oh, estaba bromeando —musitó Agatha.

Si James tenía éxito con la llamada, podrían hacer de investigadores de nuevo y ese memo de Gustav ya no pintaría nada.

James habló con sir Charles por teléfono.



—Tengo entendido que has comido con una amiga mía, Agatha Raisin —dijo tras presentarse para que le recordara.

—Ah, ésa —contestó sir Charles—. La joven excursionista, Deborah Camden, ya habrás leído su nombre en los periódicos sobre este asunto, me dijo que la tal señora Raisin era un genio, pero a mí me pareció más bien una mujer rara con mucho resentimiento.

James se rió.

—Tiene sus propios métodos, mi querido Watson. Pero la verdad es que consigue resultados. ¿Sabes cómo empezó a investigar? Cuando llegó a este pueblo, quería dejar huella ganando un concurso de quiches. Así que compró una en Londres y la presentó como si la hubiera preparado ella. Uno de los jueces murió después de comerla, así que tuvo que averiguar quién lo había hecho.<sup>[2]</sup>

Sir Charles se rió con ganas.

—Parece todo un personaje.

—Además, Agatha y yo hemos trabajado juntos en algunos casos. No la rechaces; es buena.

—Bien, le daré una segunda oportunidad. —Sir Charles sonó repentinamente cansado—. ¿Por qué no os pasáis los dos a tomar una copa?

—Muy bien —aceptó James—. ¿A qué hora? ¿Sobre las seis?

—Perfecto.

James volvió triunfante al jardín.

—Creo que vuelves a estar contratada, Agatha —anunció—. A las seis estamos invitados a tomar unas copas en Barfield House.

—¡Qué! ¿Esta tarde? Si apenas me habré recuperado de lo que he bebido durante la comida.

—Entonces, toma agua mineral.

James miró a Bill.

—Vaya, ¿esta vez no hay advertencias para que no nos impliquemos?

Bill sonrió.

—La policía está confundida. No creo que ninguno de los dos corra un grave peligro por tomar unas copas con sir Charles. No parece probable que vaya a envenenaros, sobre todo ahora que se le considera un sospechoso.

Agatha miró el reloj.

—¡Las cinco! —exclamó—. Más vale que me arregle. —Miró a James con timidez—. ¿Qué debo ponerme?

—No lo sé —respondió James—. Vamos por trabajo, así que lleva algo cómodo. Yo conduciré.

La Agatha que recorrió el camino de entrada a Barfield House en el coche de James era una mujer distinta a la que había acudido allí aquella misma mañana. Sentía que

James la «blindaba». Al principio había ensayado para justificar su estallido de antes, pero luego concluyó que un silencio digno sobre el asunto sería la mejor opción.

Gustav les abrió la puerta. Miró a Agatha de arriba abajo, haciéndole sentir que su sencillo vestido de lana verde no era atuendo apropiado en aquella casa, y luego los condujo al salón.

Sir Charles saludó a Agatha con un gesto de la cabeza y luego dio una entusiasta bienvenida a James. Gustav sirvió las bebidas; Agatha sólo tomó agua mineral. Seguidamente, sir Charles empezó a hablar:

—Parece que hemos empezado con mal pie —le dijo a Agatha.

—Una pérdida de tiempo, si quiere saber mi opinión —comentó Gustav mirando los paneles de la pared.

James volvió la cabeza.

—Déjanos solos, Gustav —ordenó en un tono seco—. Es una charla demasiado importante para que la interrumpas con tus comentarios descarados.

Gustav miró a sir Charles, que asintió, y salió.

—¿Cómo puedes aguantar a ese hombre? —preguntó James.

—¿Qué le pasa?

—Tiene fama de insolente.

—Pues yo no lo he notado —replicó sir Charles—, y dado que es mi empleado, no tiene nada que ver contigo.

—Bueno, es problema tuyo —dijo James encogiéndose de hombros—. Y ahora cuéntame cómo te has metido en este lío.

Agatha, que por fin pudo relajarse —después de todo, la mansión sólo era una casa y sir Charles, un hombre como otro cualquiera—, observó con más atención al baronet mientras hablaba.

Esta vez todo parecía más creíble, ahora que ya no percibía ni al baronet ni a la situación como una amenaza. Explicó con detalle cómo Gustav, al volver de la cabaña del guarda, le había informado de que había visto a Jessica acercándose al campo. Convencido de que sería capaz de aplacarla, sir Charles había salido a su encuentro. ¿Cómo sabía quién era? Deborah se la había descrito con bastante precisión. Cuando la vio saltando y pisoteándolo todo con sus grandes botas, perdió los estribos. La había llamado niña tonta y el insulto pareció cabrearla de verdad, dijo sir Charles con cierta satisfacción al recordarlo. ¿La había amenazado de alguna manera?

Por primera vez, sir Charles pareció incómodo.

—Esa mujer era tan arrogante, tan desagradable que le dije que iba a buscar mi escopeta y le pegaría un tiro si no salía de mis tierras. Eso no se lo he contado a la policía.

—¿Por qué mentiste?, ¿por qué dijiste que estabas en Londres? —preguntó James.

—En Barfield formamos una comunidad muy unida: los guardas, los trabajadores

de la finca, los de la granja. No conocía al espantoso Noakes porque lo habían contratado hacía poco, y no había hablado con ellos; pensaba que todos corroborarían mi declaración.

—Una ingenuidad por tu parte —observó James.

—Sin duda. Estoy hecho un lío y ahora que la policía sospecha de mí, no parece probable que vayan a investigar como es debido ni a encontrar al verdadero asesino. He estado pensando —añadió con toda seriedad, recostándose en un sillón de orejas y acunando su copa entre las dos manos contra su pecho—; soy una persona de trato fácil y, aun así, fíjate cómo me sacó de quicio esa mujer. Creo que ese amante suyo, como se llame, fue el que se la cargó. Bueno, en cualquier caso, ¿cómo vais a descubrir vosotros algo que la policía no pueda?

—Para empezar —dijo Agatha, que hablaba por primera vez—, James y yo podemos instalarnos en Dembley, alquilar un piso, hacernos pasar por marido y mujer, y unirnos a los Paseantes de Dembley. ¿De qué otro modo puede conocerseles mejor?

James dio muestras de alarma, pero sir Charles exclamó, entusiasmado:

—Es una idea excelente. Tengo algunas propiedades en Dembley y creo que una es un piso amueblado vacío. Esperad aquí. Llamaré a mi administrador y lo averiguaré.

Salió del cuarto.

—Agatha —dijo James—, deberías haberme preguntado primero si dispongo del tiempo para instalarme en Dembley y si quiero fingir que soy tu marido.

—Si no quieres hacerlo, no lo hagas —dijo Agatha.

—Yo no he dicho eso —replicó James—; lo que pasa es que es demasiado lío.

Agatha se obligó a conservar la calma.

—Como te he dicho —señaló en un tono tan monocorde como fue capaz de articular—, estoy más que dispuesta a seguir adelante por mi cuenta.

Sir Charles volvió.

—Ya está todo arreglado. Es un bonito apartamento en Sheep Street, justo en el cogollo de Dembley. Podéis instalaros cuando queráis.

Se hizo un breve silencio. Agatha contuvo el aliento.

—Muy bien —aceptó James—. De todos modos, no estoy avanzando mucho con mi libro.

—¿Qué estás escribiendo? —quiso saber sir Charles.

—Historia militar.

—¿De qué época?

—Las guerras napoleónicas.

—Mi padre era muy aficionado a la historia. Gustav subió un montón de sus libros a uno de los desvanes. Si quieres echar un vistazo...

Los ojos de James chispearon.

—Me encantaría.

—Te acompaño. ¿Se espera aquí, señora Raisin?

Pero a Agatha la aterraba la idea de quedarse en un salón en el que Gustav podía entrar en cualquier momento, así que se ofreció de buena gana a ir con ellos.

Cuando Agatha y James finalmente se fueron en coche, él aferraba varios libros, y Agatha se esforzó por no hacer caso a las entusiastas descripciones de los tesoros que había encontrado y a cómo se moría de ganas de ponerse a escribir de nuevo.

Durante un breve periodo iba a convertirse en la señora Lacey, pese a que sólo fuera de nombre.

Pero ¡quién sabía qué de goces podía depararle!

## CINCO



—Menuda pareja más rara —comentó Jeffrey Benson una semana más tarde.

Fue al día siguiente de la reunión semanal de los Paseantes de Wembley y el comentario se refería a cierto señor James Lacey y señora, que se habían presentado y habían dicho que tenían muchas ganas de unirse a los excursionistas. Jeffrey y los demás estaban en el Grapes a la hora de comer y formaban un grupo algo más relajado que hacía unos días. Se habían acostumbrado a los frecuentes interrogatorios y a las indagaciones sobre sus respectivos pasados que llevaba a cabo la policía. Kelvin se sentía bastante eufórico porque no habían descubierto la visita que le había hecho Jessica ni la riña posterior, y Jeffrey empezaba a sentirse más tranquilo porque nadie había dicho una palabra sobre que hubiera acogido a unos irlandeses.

—Burgueses —dijo Alice, dejando caer su enorme trasero en la silla de imitación medieval del salón del bar—. Tienen dinero. Ella llevaba un bolso de Gucci.

—Pues a mí me parece bastante ordinaria, la verdad —observó Deborah, que en secreto, tras varias cordiales llamadas telefónicas de sir Charles, se sentía ya una autoridad en las clases altas—. Pero él está bien. —Se rió tontamente—. Incluso diría que es bastante atractivo.

—Pero ¿queremos que vengan con nosotros? —preguntó Kelvin—. Difícilmente podemos luchar por la causa, con una pareja de *torys* conservadores pegados a nuestros talones.

—¿Quieres decir que, aunque Jessica haya muerto, vamos a seguir enfrentándonos a terratenientes cabreados? —preguntó Gemma con inquietud.

—¿Y por qué no? —replicó Alice—. Jessica era un poco agresiva, pero si lo piensas fríamente, tenía razón.

Deborah miró fijamente su vaso de zumo de naranja. De repente, no le apetecía formar parte de un grupo que buscaba el enfrentamiento. Y aun así, los excursionistas habían supuesto para ella la posibilidad de hacer amigos y tener una buena causa por la que preocuparse. ¿Y si sir Charles no volvía a llamarla ni quería verla de nuevo? Entonces todo habría sido en balde, pensó con tristeza, y ella estaría de nuevo sola. Le costaba hacer amigos, y los profesores más tranquilos y callados, los que podrían considerarse sus semejantes, no le parecían lo bastante interesantes.

Peter Hatfield y Terry Brice salieron inesperadamente en defensa de Gemma.

—Yo creo que Gemma tiene razón —señaló Terry—. Podríamos hacer unas excursiones encantadoras...

—Excursiones encantadoras —repitió Peter en un tono quejumbroso.

—... si nos conformáramos simplemente con disfrutar del campo.

Jeffrey se desperezó y bostezó.

—Oh, este sábado será bastante tranquilo. Hay un agradable paseo en uno de los libros. La mayor parte se desarrolla a través de tierras de cultivo y el libro dice que

está bien señalado.

—¿De qué año es la edición? —preguntó Alice con suspicacia.

—De la década de los treinta. Pero estas publicaciones las van actualizando, por el amor de Dios, o no estarían a la venta. Es una excursión bastante larga. ¿Vamos en coche hasta el punto de partida?

Pero los demás decidieron que eran excursionistas de verdad y que harían a pie todo el trayecto. Acordaron reunirse delante del Grapes a las nueve de la mañana del sábado.

—Más vale que se lo digamos a los Lacey —sugirió Deborah.

—¿Dónde viven? —preguntó Peter Hatfield.

—Tienen un piso en Sheep Street —dijo Terry—. Aquí está —sacó un cuaderno—, anoté la dirección junto con su número de teléfono. James Lacey fue muy amable conmigo. Ya le llamaré yo.

—Haz lo que quieras —repuso Peter, enfurruñado.

Fue Agatha la que contestó la llamada. Anotó el punto de reunión y la hora, y luego siguió preparando con alegría una cena especial para James.

Para su decepción, el piso era mucho más grande de lo que había supuesto y tenía tres dormitorios. Ella había fantaseado con que sólo hubiera uno. James dormiría en un catre o en el suelo. «Dios, sí que es incómodo —se quejaría—, ojalá tuviera una buena cama de matrimonio para dormir.» Y Agatha propondría con voz ronroneante: «¿Por qué no te acuestas aquí?». Y él aceptaría y entonces, entonces...

Pero lo único que pasó fue que él se quedó un dormitorio y ella otro, y además el tercero estaba en medio de ambos. Por si fuera poco, durante los primeros días apenas había visto a James, porque él no paraba de acordarse de cosas que debería haber traído y se iba a Carsely a buscarlas. Pero esta noche por fin cenarían juntos.

Agatha había comprado comida preparada en Marks & Spencer, la había sacado de los envoltorios de papel de aluminio y había dispuesto el contenido en unos bonitos platos de horno para que pareciera que lo había cocinado ella. Había colocado velas en la mesa. Tal vez la luz de las velas fuera sensiblera, pero también ocultaba las huellas de la edad. Qué desquiciante era que los hombres de mediana edad no tuvieran que preocuparse por las arrugas, o al menos eso creía. Ella tenía unos pechos bonitos y se había gastado dinero en una blusa de seda con un escote muy bajo que favorecía mucho su figura, un tanto regordeta.

Mientras se afanaba puliendo las copas de vino hasta sacarles brillo, se dio cuenta con un pequeño sobresalto de culpabilidad que hasta el momento no había cumplido con su trabajo, que no era sino averiguar todo lo posible sobre los excursionistas. James había ido a la biblioteca local a revisar artículos sobre Greenham Common en la prensa nacional y ver si el nombre de Jessica aparecía mencionado en algún sitio. Ella, Agatha, tendría que haber estado con Deborah o con algún otro de los

excursionistas, en lugar de andar limpiando copas de vino y dejándose llevar por sus fantasías. Bueno, sólo se concedería esa noche libre. Al día siguiente se pondría manos a la obra.

James se estaba cansando de revisar archivos. Había encontrado una mención a Jessica, de cuando la detuvieron por cortar la alambrada de la valla del perímetro en Greenham Common, pero entre los nombres de las demás mujeres no había ninguno que correspondiera a otra excursionista del grupo. Tenía la esperanza de que si alguien había formado parte del pasado de Jessica, tal vez ahí pudiera haber algo que la relacionara con el asesinato. Suspiró. Todo estaba muy traído por los pelos.

—Cerraremos pronto —anunció una voz junto a su codo.

James alzó la mirada y vio a una joven y bonita bibliotecaria a su lado. Tenía el largo cabello rubio lacio y cara de muñeca. Llevaba una falda muy corta y ceñida, y tacones altos. Debía de causar estragos cada vez que se subía a las escaleras, pensó James.

—Lo dejaré por hoy —dijo—. No me vendría mal una copa.

—A mí tampoco —contestó la bibliotecaria.

La invitación fue inmediata.

—¿Le apetecería acompañarme? —preguntó James.

Ella le tendió la mano.

—Me llamo Mary Sprott.

—Soy James Lacey. ¿Dónde quiere ir?

—Hay un pub aquí al lado. Iré a por mi abrigo.

Para ser justos con James, si Agatha hubiera dicho algo sobre una cena especial y que le esperaba en casa a cierta hora, habría estado allí. Pero la última vez que había hablado con Agatha, se habían despedido con el típico «nos vemos esta noche». Así que, no sin poder evitar preguntarse si parecería un viejo verde, acompañó a Mary Sprott al pub.

—No le había visto antes en Dembley —dijo ella—. ¿Es nuevo en el pueblo?

—Recién llegado.

—¿Por negocios?

—No. Estoy jubilado.

Ella le miró, pestañeando.

—Pues parece muy joven para ser un caballero retirado.

—Vaya, gracias —dijo James—. ¿Qué quiere tomar?

—Ron con coca-cola, por favor.

—Vuelvo enseguida.

Mientras James esperaba en la barra a que le sirvieran las bebidas, vio a los excursionistas sentados a una mesa redonda del rincón más alejado. Les saludó con la mano. Peter y Terry respondieron levantando sendas manos flácidas. El resto se

limitó a mirar. «Ay, Dios —pensó James—. No vamos a sacar nada de esa pandilla si no les hemos caído bien.» Se preguntó si debía invitar a todos a una copa para congraciarse con ellos, pero optó por no hacerlo. Empezaba a tener la sensación de que Agatha y él estaban perdiendo el tiempo con una investigación que la policía podía hacer mucho mejor examinando sus archivos y expedientes. Si Jessica había conocido a alguien del grupo antes de su llegada a Dembley, la policía no tardaría en descubrirlo.

Al dirigirse hacia Mary con las bebidas, vio las miradas divertidas y cínicas en las caras de los excursionistas y se dio cuenta con un sobresalto de que se suponía que era un hombre casado.

—Muchas gracias —dijo Mary, que se inclinó hacia él y susurró—: ¿Ve al grupo de aquella mesa?

—Sí.

—Son los excursionistas. Salió en los periódicos. Una de sus miembros fue asesinada.

—¿Conoce a alguno? —preguntó James.

—A algunos de vista. Utilizan la biblioteca. Son una pandilla rara; dudo que ninguno de ellos se bañe.

—¿Y qué me cuenta de usted? —preguntó James—. Debe de ser un trabajo precioso, el de bibliotecaria, rodeada de tantos libros.

Ella se encogió de hombros.

—Es un trabajo. Al final, aburre un poco.

—Me hago a la idea —dijo James, pensando que ella debía de tener veintipocos años—. ¿Cuáles son sus escritores favoritos?

—No leo mucho. Prefiero la tele.

James procuró disimular su sorpresa.

—Pero, hija mía, ¿qué sentido tiene hacerse bibliotecaria si no le interesan los libros?

—Mi madre dijo que era un buen empleo —respondió Mary—. Siempre he tenido muy buena memoria, así que me fue muy bien en la escuela. Mamá dijo que ser bibliotecaria era mucho mejor que trabajar de dependienta en una tienda. Con una memoria como la mía, se me da bien. Me acuerdo de dónde está todo.

—Pero ¿la gente que entra no le pide consejo sobre qué libros leer?

—A ésos los mando a la vieja señorita Briggs. Ella lo lee todo, pero no se acuerda de dónde pone los libros, así que formamos un buen equipo.

—¿Y a qué le gustaría dedicarse? —preguntó James, que empezaba a aburrirse.

—Me gustaría ser azafata. Ver un poco de mundo.

—¿Otra copa? —preguntó él.

—Sí, por favor. Me ha entrado hambre.

Por primera vez, James se acordó con nerviosismo de Agatha.

—¿Se come bien aquí?



—Preparan un buen pastel de carne y riñones.

—Perfecto. Haré una llamada antes.

James marcó el número pero no obtuvo respuesta. Agatha seguramente andaría por ahí investigando. Volvió a la mesa; más valía cenar algo él también. Luego podía desembarazarse de la chica e ir a sentarse con los excursionistas. Decidió que eso es lo que habría hecho Agatha.

—Yo sigo diciendo que esos Lacey son raros —dijo Alice—. Él está con la chica de la biblioteca, y os diré otra cosa: no parece un hombre casado. ¿Creéis que pueden ser policías con la misión de infiltrarse en nuestro grupo para espiarnos?

—Oh, eso es ridículo —replicó Deborah.

De repente le entraron ganas de irse a casa. A lo mejor Charles la llamaba. Para ella ya no era sir Charles. La desconcertaba la conversación sobre «los» Lacey. ¿Y si el grupo los acosaba y ellos confesaban que había sido ella la que había soltado las víboras? Sobre su labio superior se formó una delgada capa de sudor. Kelvin puso otra bebida delante de ella, que gruñó disgustada para sus adentros. En cuanto se la acabara se marcharía.

Agatha estaba delante de la biblioteca, pero ya estaba cerrada a cal y canto. ¿Dónde estaría James? Se dio la vuelta y miró a su alrededor. Había un pub al otro lado de la calle llamado Grapes. Recordó que era ahí donde se reunirían el sábado para su excursión y luego se preguntó si James habría entrado a tomar algo.

Cruzó la calle hasta el pub y abrió la puerta del bar. Lo primero que vieron sus ojos fue a James sentado con una bonita rubia. Los dos comían pastel de carne y riñones. La rubia echó la cabeza hacia atrás y se rió de algo que James le estaba contando. Su falda corta se había subido hasta arriba. Una rabia incontrolable entró en ebullición dentro de Agatha. Más tarde reflexionaría con tristeza que debía de haberse vuelto loca. Porque, en ese instante, se «convirtió» en la señora Lacey.

—¿Qué coño crees que estás haciendo aquí, James? —preguntó en voz alta.

En el pub se hizo el silencio.

—Oh, hola, querida —la saludó James, con la cara encendida—. Ésta es la señorita Sprott, la bibliotecaria. Señorita Sprott, le presento a mi esposa.

Resuelta a vengarse de James y corroída por el odio a cada centímetro de Mary Sprott, desde sus largas piernas hasta su pelo rubio, Agatha se perdió en un reino de fantasía.

—¿Te has olvidado de nuestro aniversario? —preguntó—. He preparado una cena especial, me he pasado el día entero trabajando como una esclava para prepararla, y ¿qué me encuentro? A ti, sentado zampándote una bazofia de pub con una fulana.

—¿Cómo te atreves a llamarme así, vieja bruja? —chilló Mary.

Los pequeños ojos de Agatha perforaron los de Mary.

—Dejemos las cosas claras, querida —dijo—. Éste es mi marido, así que aparta tus asquerosas pezuñas de él.

Mary se echó a llorar, buscó su bolso en el suelo junto a su silla, lo cogió y salió corriendo del pub.

—Vámonos de aquí —dijo James con expresión lúgubre—. No, ni una palabra más, Agatha. Debería darte vergüenza.

Los excursionistas, boquiabiertos, los contemplaron irse.

—Bueno —se maravilló Kelvin—, que me parta un rayo si no están casados.

—Pobre desgraciado —dijo Jeffrey—. El sábado tenemos que ser amables con él.

Deborah dejó escapar un leve suspiro de alivio, se disculpó, se escabulló silenciosamente del pub y fue a telefonar a sir Charles.

Agatha nunca había visto tan enfadado a James. En vano intentó decir que solamente había fingido montar un numerito.

—Y recojo mis cosas y me marcho —bramó James—. No toleraré un comportamiento así.

Agatha se había quedado sin palabras; le siguió escaleras arriba hasta el piso. Cuando entraron el teléfono estaba sonando. James contestó. Era sir Charles Fraith.

—Felicita a Agatha Raisin por su gran actuación —se rió sir Charles—. Está resultando ser tan buena como decías.

—¿A qué te refieres? —preguntó James con brusquedad.

—Acaba de llamarme Deborah. Al parecer, esos excursionistas estaban comentando en el pub que no parecíais casados y que creían que erais unos policías infiltrados, y entonces aparece nuestra Agatha y monta la mejor escenita conyugal que Deborah haya visto en su vida. Se lo han tragado como si fuera un hechizo.

—Oh —se sorprendió James al tiempo que se daba la vuelta para mirar a Agatha, asombrado—. No me di cuenta..., quiero decir, sí, claro, se le da muy bien.

—Llámame cuando te enteres de algo —le pidió sir Charles animadamente—. Recuerda que sigo siendo el principal sospechoso.

Después de despedirse, James se volvió hacia Agatha y dijo con voz apagada:

—Lo siento mucho, Agatha. Debería haber dejado que te explicaras. No sabía que estabas interpretando un papel. Era sir Charles; Deborah le ha contado que los excursionistas no se creían que estuviéramos casados y empezaban a sospechar que éramos espías de la policía, pero después de tu escenita, se han convencido de que somos quienes decimos ser. Tú ya lo sabías, claro. Tendría que haber dejado que te explicaras.

—Por supuesto —respondió Agatha con voz insegura. Señaló la mesa con la mano—. Supongo que no te apetecerá cenar nada más.

—Todo lo contrario —dijo él con buen ánimo—, apenas me has dejado dar más que unos bocados en el pub.

—Vuelvo enseguida —dijo Agatha, y corrió al lavabo, donde dio rienda suelta a las lágrimas fruto de una combinación de vergüenza y alivio.

Cuando hubo servido la cena, se la veía tan serena y razonable que James pareció interesarse una vez más por la investigación. Los dos decidieron que intentarían sonsacar a los vecinos de los excursionistas todo lo que pudieran sobre Jessica, por si la habían visto con alguno de ellos o habían presenciado alguna pelea antes del asesinato.

James dijo que probaría con los vecinos de Kelvin y Agatha optó por investigar a los de Deborah.

—¿Por qué Deborah? —preguntó James.

—He estado pensando —explicó Agatha—, y cabe la posibilidad de que haya recurrido a nosotros para desviar la atención sobre sí misma.

—Parece un tanto enrevesado, pero supongo que debemos comprobarlo todo.

Esa misma noche, Deborah estaba sentada en el Burger King de la calle principal de Dembley con sir Charles Fraith. Él había sugerido una cena tardía. Deborah miró a su alrededor y pensó en todos los restaurantes pijos a los que iba la gente esperando cenar con personajes como Charles. Pero él la escuchaba con mucho interés cuando le hablaba de su trabajo en el instituto y de sus alumnos.

—Tienes una pandilla muy rara —comentó sir Charles.

—Oh, claro, te refieres a los Paseantes de Dembley. Bueno, me sirve para estar ocupada.

—¿Vas a salir este sábado?

—Sí. Tengo que vigilar a nuestros detectives.

—Es una pena. Este fin de semana tengo unos invitados y me habría gustado que vinieras.

Deborah derramó un poco de café de su vaso de poliestireno. Malditos excursionistas. ¿Y si se excusaba diciendo que no saldría con ellos? ¿Parecería demasiado ansiosa? ¿No podría...?

—Claro que si a última hora de la tarde habéis vuelto de la excursión, podrías venir a cenar —se dio cuenta de que decía ahora sir Charles.

—¿A qué hora?

—Oh, a la nueve menos cuarto.

—Muchas gracias.

—Es un placer. Sólo espero que no te parezca un aburrimiento. Vaya, estoy agotado. ¿Has traído tu coche?

—No, vivo bastante cerca.

—En ese caso, te acompañaré andando a casa.

Dembley era un viejo pueblo con mercado que ya no podía alardear de mercado alguno, pero a veces, en las noches tranquilas, todavía conservaba el aire de los viejos

tiempos. El antiguo edificio del mercado, con sus espléndidos arcos y la torre del reloj, ahora albergaba un restaurante italiano y una sala de subastas. En la hermosa casa de enfrente, del siglo XVII, había un chillón rótulo de neón en una ventana que centelleaba anunciando «COMIDA CHINA PARA LLEVAR». Las manzanas de cemento llenas de tiendas casi tapaban la vista de la iglesia del siglo XIII. Unos jóvenes de caras blanquecinas estaban apoyados en las farolas de las esquinas y se burlaban del mundo pero con un aire cansino, salpicando profusamente de obscenidades sus charlas.

Al pasar por delante de uno de esos grupos, un adolescente delgado les gritó:

—¿Qué, jefe, vas a echar un polvo esta noche? —Y los demás se rieron disimuladamente.

Para espanto de Deborah, sir Charles se paró en seco.

—¿Qué has dicho? —le preguntó al adolescente.

El chico bajó la mirada a los zapatos y replicó en voz baja:

—Que te den.

Sir Charles lo miró con curiosidad. Luego se dio la vuelta y cogió a Deborah del brazo.

—Su problema no es la pobreza material —dijo—, sino la del alma, ¿no te parece?

Deborah, con la cabeza gacha, murmuró:

—Oh, no les hagan caso. Podrían llevar navajas.

Sir Charles se dio la vuelta.

—¿Lleváis navajas? —preguntó.

Por alguna razón, su simple y casi infantil curiosidad pareció desconcertar a los chicos más de lo que los habría desconcertado una sarta de insultos. Se alejaron murmurando, todavía en grupo, acostumbrados a ir en pandilla desde que eran unos críos, temiendo separarse los unos de los otros y convertirse en individuos vulnerables.

—Vivo aquí —indicó Deborah, deteniéndose delante de un portal oscuro entre una tienda de ropa y una de licores—. ¿Te apetece... te apetece subir a tomar un café?

Deborah no apartaba la mirada de sus zapatos, así que no advirtió el destello de depredador que centelleó en los ojos de sir Charles. Le gustaba mucho, pensó. Era distinta de las chicas con las que solía tratar. Había algo dócil y atractivo en su delgadez y su blancura. No estaba acostumbrado a relacionarse con mujeres tímidas y Deborah era una novedad.

—Esta noche, no —contestó. Le cogió la cara entre las manos y le dio un beso en los labios—. Nos vemos el sábado. ¿Quieres que envíe a Gustav a buscarte?

—¡No! —exclamó Deborah—. Quiero decir... que ya conozco el camino.

—Eso es verdad. Adiós.

Deborah subió corriendo las escaleras, con el corazón desbocado. Iba a ser una de

las invitadas en una cena en Barfield House. Telefonó a su madre a Stratford-upon-Avon. La señora Camden, una mujer cansada y ajada, agotada tras años de cuidar de Deborah y sus dos hermanos después de que el señor Camden se largara nadie sabía adónde tras el nacimiento de Deborah, escuchó la voz excitada de su hija alardeando de que la habían invitado a cenar en Barfield House.

—Asegúrate de llevar la ropa interior limpia —le advirtió la señora Camden—. Una nunca sabe lo que puede pasar.

Deborah supo que su madre no se refería a que debiera ir preparada para una noche de lujuria, sino que simplemente manifestaba el antiguo temor de que uno de sus hijos tuviera un accidente y llegara al hospital con la ropa interior sucia.

A la mañana siguiente, Agatha no corrió a la cocina a preparar un desayuno conyugal. Estaba horrorizada por su comportamiento de la noche anterior y resuelta a controlarse y actuar con frialdad. Así que archivó mentalmente todos sus anteriores planes de preparar un desayuno en camisón y con un *negligé* de satín que se había comprado a toda prisa, y se bañó y se vistió con una falda y una blusa sencillas, y zapatos normales.

Cuando llegó a la cocina, James estaba preparando huevos con beicon.

—Te prepararé unos —dijo por encima del hombro—. Siéntate y te serviré. Hay café en la jarra.

Agatha vio los diarios matutinos a un lado de la mesa y los hojeó rápidamente. Pero no había ninguna noticia sobre el asesinato de la excursionista. James le sirvió y luego se sirvió él mismo, comió con prisa y se puso a leer un periódico. Agatha pensó que aquello se parecía más a una vida conyugal real que cualquiera de sus descabelladas fantasías.

Acabó el desayuno y metió los platos sucios en el lavaplatos. El piso, aunque con muebles caros, la deprimía. Era el tipo de sitio que le recordaba a su época de Londres, cuando lo dejaba todo en manos de los decoradores y el mobiliario nunca revelaba nada de su personalidad. De repente, deseó haberse traído los gatos, que había dejado de nuevo al cuidado de Doris Simpson. Tal vez se acercaría a casa y los recogería. Estaba segura de que a James no le importaría.

—Y bien ¿qué vas a hacer hoy? —preguntó él por fin.

—Voy a acercarme al edificio donde vive Deborah —dijo Agatha—. Llevaré una carpeta sujetapapeles y me presentaré como si estuviera haciendo un estudio de mercado.

—Es una buena idea. Pero ¿no crees que sería más fácil preguntarle a la señora Mason?

—Quiero conocer los movimientos de Deborah antes del asesinato. La señora Mason no lo sabrá.

—Pero ¿a la gente no le parecerá extraño que una encuestadora quiera

información sobre Deborah Camden?

—No de la manera que yo lo planteo. Mira, tú representas un producto e insinúas que hay un premio en perspectiva. Te invitan a una taza de té. Una vez dentro, empiezas a hablar del asesinato.

James miró pensativamente a Agatha, como si se planteara si era el tipo de mujer a la que la gente invitaría a entrar a tomarse un té, pero lo que dijo fue:

—Por mi parte, veré qué puedo averiguar sobre Kelvin. Quedamos aquí a primera hora de la tarde, intercambiamos notas e impresiones, y luego vamos al restaurante donde trabajan Peter y Terry.

Volvió a retirarse detrás del periódico mientras la mente febril de Agatha planeaba ya qué ponerse para la cena. Al ver que James no iba a darle más conversación, buscó una carpeta entre sus cosas, le puso unas cuantas hojas encima y salió.

Cuando llegó al portal que quedaba entre las tiendas y daba a los pisos de arriba, uno de los cuales era el de Deborah, Agatha añoró aquellos tiempos en que no había medidas de seguridad, cuando uno simplemente abría la puerta que daba a la calle y entraba. Revisó los nombres de los timbres: D. Camden, Wotherspoon, Sprott —entrecerró los ojos— y Comfrey.

Tras una breve vacilación llamó al timbre con el nombre «Wotherspoon». No había interfono, pero el portero automático sí zumbó. Agatha se apresuró a abrir la puerta de un empujón y subió un tramo de escaleras de madera desvencijadas y sin moqueta. Un hombre mayor apoyado en un bastón apareció en el rellano y miró hacia abajo mientras ella subía.

—No la conozco —dijo—. Venda lo que venda, no me interesa.

Agatha exhibió la mejor de sus sonrisas y siguió subiendo con resolución.

—Estoy realizando un estudio de mercado sobre los hábitos de los ingleses respecto al té. Sólo le robaré un momento.

El hombre tenía una cara grisácea, de poros muy abiertos, dentadura postiza suelta y pelo escaso con mechones engominados a lo largo de una estrecha cabeza. Llevaba una camisa gris, pantalones también grises y unas zapatillas de una felpa color ciruela, muy nuevas, seguramente un regalo de algún nieto, pensó Agatha.

—Preguntas, preguntas —farfulló—. No voy a responder a más tonterías.

—Pagamos diez libras a cada persona que colabore —dijo Agatha, toda eficacia y vivacidad.

—Oh. —El malhumor se desvaneció—. Pase. A decir verdad, estaba a punto de tomar una taza de té.

Agatha lo siguió hasta un salón con pocos muebles. Había una fotografía de él con uniforme militar tomada durante la Segunda Guerra Mundial, cuando era joven. Había sido muy apuesto. Envejecer nos llega a todos, se dijo Agatha conteniendo un estremecimiento. Había otra fotografía, de boda.

—¿Es su esposa? —preguntó Agatha, señalando la imagen.

—Sí, falleció hace quince años. De cáncer. Fue extraño —comentó el señor

Wotherspoon, mirando la fotografía con ojos llorosos—. Siempre pensé que yo me iría antes que Madge.

—Debe de echarla de menos.

—¿Por qué? Oh, no, era una zorra insoportable.

Agatha parpadeó, pero tuvo el tacto de no decir nada. El anciano sirvió un té oscuro en dos tazas descascarilladas. Añadió leche condensada azucarada de lata en la suya y sostuvo el envase sobre la taza de Agatha.

—No, no —se apresuró a decir ella—. Bien, serán sólo unas preguntas.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó él.

Agatha sacó un billete de diez libras y se lo dio. Estaba sentada a un mesa de salón llena de arañazos y él se inclinó hacia ella para coger el billete. Fue entonces cuando Agatha lo olió. Apestaba a ron.

Él se sentó a su lado y le puso una mano nudosa en la rodilla. Agatha se la apartó y dijo con malicia:

—Picarón, picarón. —Él la miró con lascivia y volvió a ponerle la mano en la rodilla—. Me llevaré el dinero si no se porta bien —insistió Agatha, cortante.

La mano se apartó al instante.

Agatha le hizo unas cuantas preguntas: edad, empleo, gustos en té, cuántas tazas, donde lo compraba y cosas por el estilo. Finalmente, decidió que ya había fingido bastante.

—Me encantaría tomar otra taza —dijo—, si dispone de tiempo. No acostumbro a conocer a mucha gente interesante.

—No, no quedamos muchos de los buenos —convino él.

Le sirvió otra taza de té y entonces se perdió en los recuerdos de un anciano. Su voz resonaba monótona en la sala mal ventilada, como una mosca atrapada contra el cristal de una ventana.

—Ah, y la juventud de hoy en día... —dijo.

En ese momento, Agatha le interrumpió:

—Hablando de la juventud de hoy en día, hay que ver el asesinato de la excursionista. Una de su grupo es vecina de usted.

—¡Esa chica esmirriada! Al menos ella seguro que no asesinó a nadie. Sería incapaz de matar una mosca; no, no podría.

—¿Tiene muchos novios?

Él se inclinó hacia delante y guiñó un ojo.

—Ésa no. Es una de esas *homosapens*.

Agatha lo asimiló y lo tradujo mentalmente.

—¿Se refiere a que es homosexual..., quiero decir, lesbiana?

—Pillé a esas dos dándose un abrazo. Lo que yo le diga: he visto mucho. Recuerdo que cuando estuve en Túnez...

—Olvídese de Túnez —le interrumpió Agatha—. ¿A qué dos?

—Ella, Deborah, y la que han asesinado, abrazaditas las dos.

—¿Dónde?

—En las escaleras.

—Pero muchas mujeres se abrazan.

—Pero ellas se estaban besando y gemían.

—¿Y se lo ha contado a la policía?

—No. No tenían tiempo para entretenerse conmigo, y eso que les dije que era un exsoldado. No, lo único que querían saber era si la había oído o visto pelearse con esa tal Jessica, y yo no había visto nada de nada. Básicamente, sólo me ocupó de mí mismo.

—¿Y cuándo las vio abrazándose y besándose?

—Creo que fue hace más o menos un mes. Lo que yo le diga, no se adónde vamos a ir a parar.

Agatha se puso en pie.

—Ha sido de gran ayuda, señor Wotherspoon.

—¿No quiere quedarse un rato? —La soledad asomó en los ancianos ojos—. Podríamos charlar un rato más.

Aunque le parecía un tipo repugnante, Agatha se sintió culpable mientras se encaminaba hacia la puerta, se despedía sin titubear, bajaba las escaleras y salía a la libertad de la calle soleada. Se preguntó cómo le iría a James.

Para sus adentros, a James le habría gustado que se le hubiera ocurrido una idea para entrevistar a la gente que no fuera la de Agatha. Pero, finalmente, concluyó que un estudio de mercado era una ocurrencia tan buena como cualquier otra. No temía que Kelvin le descubriera porque, como los demás, estaría trabajando.

Kelvin vivía en un edificio de apartamentos cerca de la escuela, un lugar deprimente rodeado de basura y un césped cubierto de maleza. Los pocos árboles que quedaban estaban casi destrozados y alzaban las escasas ramas supervivientes hacia el cielo. Había signos de vandalismo por todas partes y descubrió que el ascensor no funcionaba y probablemente llevara mucho tiempo sin funcionar, porque el cartel que avisaba de ello estaba cubierto de viejos grafitis.

Kelvin vivía en la décima planta. James pensó que la policía habría interrogado a los vecinos de las puertas de ambos lados de su piso y se preguntó si tendría más suerte probando con los vecinos de abajo, dado que el sonido tendía a bajar.

En el primer piso no tuvo el menor éxito, tal vez porque no se le ocurrió la idea de Agatha de ofrecer dinero. Dijo que estaba haciendo un estudio sobre qué tipo de detergente era el más usado en Dembley. Una mujer con cara de pocos amigos se limitó a cerrarle la puerta en las narices. Probó en la siguiente puerta tras mirar hacia el techo y concluir que debía de quedar justo debajo del piso de Kelvin.

Le abrió una mujer de aspecto cansado, de unos treinta y tantos años. Su pelo rubio teñido dejaba entrever un par de centímetros de raíces oscuras y su espeso



maquillaje parecía del día anterior.

—No será por el impuesto de la vivienda, ¿no? —preguntó con nerviosismo.

—En absoluto —la tranquilizó James—. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre el detergente que usa.

Para su alivio, la mujer meneó levemente la cabeza y dijo:

—Pase.

Atravesó un minúsculo recibidor y entró en un salón lleno de muebles baratos, que además parecían a punto de desmoronarse. El sofá estaba desgarrado, a un sillón le faltaba un brazo y era como si alguien hubiera intentado partir la mesa a hachazos.

—Mi marido —explicó ella siguiendo su mirada—. Se pone como loco cuando bebe.

—¿Dónde está ahora? —preguntó James con nerviosismo.

—Fuera, en la obra. Acompáñeme a la cocina si quiere. No voy a servirle de mucho. Simplemente, compro el primer paquete que veo en el supermercado.

La siguió a una pequeña cocina y apartó la mirada de las alacenas rotas, signos, sin duda, de la ira alcohólica del marido ausente. La mujer sacó un paquete de detergente de un armario de debajo del fregadero y lo sostuvo en alto.

—¿Le va bien?

Él pasó a hacerle unas preguntas —número de miembros de la familia, con qué frecuencia lavaba la ropa y demás— y anotó mecánicamente las respuestas, sin saber cómo sacar el tema del inquilino del piso de arriba.

—Lamento robarle tanto tiempo —comentó con educación.

Ella le dedicó una sonrisa coqueta.

—No me molesta; no veo a mucha gente. ¿Le apetece una taza de té?

—Sí, por favor —dijo James, devolviéndole la sonrisa.

Se apoyó en la encimera mientras ella enchufaba un hervidor eléctrico. Se asomó a la ventana. De la calle llegaban los gritos estridentes de unos niños que intentaban atrapar un gato para torturarlo. El felino logró escabullirse. Los niños se reunieron en cuclillas como si planearan más horrores y luego salieron corriendo, gritándole a la nada.

—¿Lleva mucho tiempo en este trabajo? —le preguntó ella.

—Estoy jubilado. Hago encargos para la empresa unas cuantas veces al año. Por cuenta propia. No estoy en nómina.

El hervidor empezó a bullir. La mujer llenó una pequeña tetera después de meter dentro seis bolsitas de té, puso una botella de leche, un paquete de azúcar y dos tazas en una bandeja de hojalata, junto a la tetera, y la llevó al salón.

El té era muy fuerte. Ella se recostó en el desgastado sofá y cruzó las piernas. Tenía unas piernas muy bonitas. En realidad, pensó James, seguramente había sido una joven atractiva antes de que el matrimonio la dejara para el arrastre, casi tan maltrecha como el sofá en el que se sentaba.

—Últimamente han tenido unas cuantas emociones fuertes por aquí —observó

James mientras daba un sorbo al té e intentaba no estremecerse.

—¿Por qué lo dice?

—¿No es vecino suyo uno de esos excursionistas, un escocés?

—Ah, ése. —Ella apuntó al techo con el pulgar—. Vive justo encima.

—¿Tiene pinta de asesino?

—Yo diría que es demasiado blando. Una vez me tiró los tejos. —Volvió a cruzar las piernas y se ajustó la falda de manera que por debajo asomó una pizca de encaje mugriento—. Pero a mí no me interesa. Es de ese tipo de hombres, ya sabe, que piensa que gusta a las mujeres. No creo ni que se le levante.

—Seguro que eso es un poco injusto —dijo James—. Uno no puede saber eso simplemente mirando a un hombre.

Ella se rió.

—Pero sí puede saberlo escuchándole. Tendría que haberla oído dándole.

—¿A quién?

—A una mujer que estaba con él.

—¿Cuándo? —preguntó James directamente.

—No lo sé. Oh, sí, fue antes del asesinato, unos días antes. A eso de medianoche. Mi marido estaba durmiendo la borrachera y yo pensaba, menuda vida, escuchando cómo cruje la cama de arriba. A ver, en estos pisos se oye todo. Entonces los oí chillarse. Luego oí a uno que caminaba con ímpetu de un lado a otro. Fue hasta la puerta. Yo me moría de curiosidad así que me acerqué a la puerta y la entreabrí. La oí en las escaleras, gritando: «Ni siquiera puedes hacerlo ¿y sabes por qué? Porque seguramente eres un marica que no se atreve a salir del armario».

—¿La vio?

—No.

—Es una pena.

—¿Por qué?

—Sería interesante saber si era la mujer que asesinaron.

Ella le miró con los ojos muy abiertos y entonces, para horror de James, se lanzó hacia donde estaba sentado y se dejó caer en su regazo.

—Oh, estoy tan asustada —le murmuró en el pelo.

«Oh, Agatha, Agatha, ojalá estuvieras aquí», pensó James en el preciso instante en que una llave arañaba la cerradura. Ella ya se había apartado de su regazo y estaba de vuelta en el sofá y con la falda recatadamente bajada alrededor de las rodillas. Un hombre corpulento entró dando tumbos en el salón.

—¿Quién es éste? —bramó.

—Uno de esos que hacen estudios de mercado —explicó ella.

El recién llegado señaló con el pulgar hacia la puerta.

—¡Fuera! —gritó.

Y James se levantó, salió por la puerta y bajó las escaleras todo lo rápido que fue capaz.

Agatha empezaba a enfadarse. Esa noche, James y ella estaban sentados en el Copper Kettle y les atendía Terry Brice. La emoción inicial de compartir los descubrimientos de cada uno ya había pasado. James no paraba de hablar del caso en cuanto Terry no podía oírles, y Agatha, que se llevaba todo el día escribiendo guiones románticos para interpretarlos con él, no podía entender por qué James no recitaba sus frases. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para volver a la realidad cuando él dijo:

—Deberíamos contárselo a Bill Wong.

—¿No podríamos esperar un poco? —propuso Agatha—. Quiero decir que corremos el riesgo de que nos ordene que nos apartemos del caso.

—No sabría decirte. Somos ciudadanos particulares; no puede impedirnos que vivamos en Dembley ni que salgamos con los excursionistas. Te entiendo; sin duda estamos sufriendo por la causa, es decir, tener que fingir que somos marido y mujer —Agatha hizo una mueca— y comer esta comida espantosa... Déjalo, Agatha. Haré una tortilla cuando lleguemos a casa. ¿Qué estás toqueteando con el tenedor?

—En el menú decía que era un guiso irlandés a la antigua. ¿Qué tal tu bistec?

—Duro como suelas de botas militares. —Sonrió a Terry—. Lléveselo, ya es suficiente.

—¿Por qué? —preguntó él, apenado.

—Para empezar —dijo Agatha—, este guiso irlandés es repugnante. La salsa está fría, no parece llevar mucha carne y sí en cambio demasiada sal.

—Somos quisquillosos, ¿verdad, querida? Éste es el plato preferido de Jeffrey. —Los ojos de Terry centellearon con malicia—. Aunque, bien pensado, le gusta todo lo irlandés.

—¿A qué se refiere? —preguntó James.

Terry apoyó la delgada cadera en el borde de la mesa.

—¿No ha oído hablar a nuestro Jeffrey de la cuestión de la Libertad de Irlanda? Se lo toma muy a la tremenda.

Peter Hatfield se acercó.

—¿Qué estás cotilleando?

—No les gusta la comida —explicó Terry.

—Uy, qué quisquillosos —les reprendió el otro—. ¿Van a venir a la excursión del sábado?

—Sí —dijo James—. Y ¿cómo es que tienen tiempo libre el sábado? Se supone que debería ser su día con más trabajo.

—Los sábados no trabajamos. Sé que puede parecer extraño, pero los dueños están tan contentos de disponer de un par de camareros que vengán los domingos, que nos dejan el sábado libre.

—Entonces ¿cómo es que estaban los dos aquí el día del asesinato? —preguntó James, que se arrepintió en cuanto vio cómo Terry entrecerraba los ojos con suspicacia.

—¿Cómo sabe eso? —le preguntó Terry.

—Alguien hizo un comentario al respecto en la reunión —se apresuró a intervenir Agatha—. Esa chica rubia. Deborah no sé qué.

—Teniendo en cuenta que ella es la principal sospechosa, debería vigilar más sus palabras —soltó Terry, mordaz.

—¿Y por qué es la principal sospechosa?

—Porque fue la última que vio a Jessica con vida —explicó Terry con paciencia, como si le hablara a un idiota.

—¿Qué? —Agatha lo miró fijamente—. Pero si ella dijo que había ido a mirar escaparates...

—Bueno, una de nuestras clientas, la señora Hardy, afirmó que había visto el coche de Deborah salir de Dembley y dirigirse a la finca de Barfield aquel sábado. Si no iba a ver a Jessica, ¿adónde iba?

## SEIS



A la mañana siguiente, James aceptó finalmente la sugerencia de Agatha: ella hablaría a solas con Alice y Gemma y vería qué podía averiguar mientras James iría a ver a Jeffrey, y después le contarían a Bill Wong lo que ambos hubieran descubierto. Dado que ninguna de las personas a las que querían interrogar estaría libre antes de primera hora de la tarde, decidieron pasar la mañana en Carsely, haciendo cosas en sus respectivos hogares.

Ninguno de los dos se imaginaba los cotilleos que había provocado en el pueblo su partida a un destino desconocido; la señora Mason se había mantenido discreta y reservada.

La primera visita que recibió Agatha en cuanto hubo dado de comer a sus gatos fue la de la esposa del vicario, la señora Bloxby.

—¿Y dónde han estado? —preguntó.

—Oh, hemos hecho un pequeño viaje —explicó Agatha, que se sentía bastante orgullosa de que la esposa del vicario creyera a todas luces que James y ella eran ahora «una pareja».

Los amables ojos de la señora Bloxby examinaron el semblante feliz y ruborizado de Agatha.

—Le gusta el señor Lacey, ¿verdad?

—Oh, sí, somos grandes amigos.

Estaban sentadas en el jardín de Agatha. Los gatos rodaban por el césped al sol. Unas grandes nubes esponjosas se deslizaban por el cielo. Era un día idílico.

—A veces pienso —dijo la esposa del vicario recostándose en la silla y dirigiéndose a una nube— que nos damos demasiada prisa en aconsejar a los jóvenes y descuidamos a nuestros coetáneos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Agatha.

La mirada amable de la señora Bloxby volvió a la tierra y se posó en la cara de Agatha.

—Quiero decir que buena parte de los viejos consejos siguen vigentes en estos tiempos terribles, incluso para mujeres como nosotras. He observado que los hombres que consiguen lo que quieren fuera del matrimonio, sobre todo los solteros empedernidos como James Lacey, se dan por satisfechos y siguen solteros.

—No tengo ningún lío con James —le espetó Agatha.

—Oh, querida, pensaba que... Debe perdonarme por haber llegado a una conclusión precipitada. —A la señora Bloxby se le escapó una risita—. Tendría que haberme dado cuenta..., seguramente están investigando algo juntos. Discúlpeme.

—Así es —farfulló Agatha—, pero no le cuente a nadie del pueblo que tenemos un caso entre manos. Se supone que es un secreto.

—Tendría que habérmelo imaginado. No me tome por una impertinente. El señor Lacey es un hombre encantador, pero tuvo un romance con la pobre Mary, la mujer

que fue asesinada, y en aquel caso siempre pensé que fue una relación de sexo informal.<sup>[3]</sup>

No fue así, pensó Agatha, él se enamoró fugazmente de ella, y recordó vívidamente todo el dolor que ella le había causado.

En cuanto la señora Bloxby empezó a hablar de asuntos del pueblo, Agatha deseó no haber sido tan sincera. Quería que todas las mujeres del pueblo pensaran que tenía una aventura con James. Pero ahora la señora Bloxby, sin revelar nada sobre la investigación, se las apañaría para que todo el mundo supiera que su relación era inmaculada.

Cuando la mujer del vicario se fue, Agatha decidió acercarse a Moreton-in-Marsh para comer sin que nadie la molestara. Quería estar sola, pensar en James y repasar todo lo que él había dicho, en busca de algún indicio de que sus sentimientos hacia ella eran alentadores.

Moreton-in-Marsh es un bullicioso pueblo con mercado de los Cotswolds, con una calle principal flanqueada de árboles ubicada en la Fosse Way, una antigua vía militar romana. Desde que el abad de Westminster, a la sazón el propietario de aquellas tierras, decidió hacer uso de ese camino como vía de comunicación y se construyó un nuevo Moreton en 1222, siempre había sido una parada obligada para los viajeros, si bien en la actualidad los mercaderes de lana del Medievo habían sido sustituidos por turistas.

A Agatha le costó encontrar aparcamiento. Incluso en pleno invierno, es difícil aparcar en Moreton, donde la cantidad de coches y la escasez de personas desconcertaban a menudo a Agatha. ¿Dónde se metían los dueños de todos esos vehículos? En el pueblo no había tanto trabajo ni tantas tiendas como para acogerlos a todos. Agatha entró en el centro de información turística para coger algunos folletos sobre excursiones a pie y llevárselos el sábado, de modo que los Paseantes de Dembley vieran que era una excursionista entregada a la causa. Leyó un folleto turístico sobre Moreton-in-Marsh para ver si había algo que desconociera del antiguo enclave. Y así era. Uno de los folletos explicaba que el fuero para el mercado había sido concedido por el rey Carlos I en 1638. «Unos años después —leyó—, se alojó en el White Hart Royal, una famosa posada de paso que ahora formaba parte del Trust Forte Hotel Group.» Agatha se imaginó vívidamente al rey Carlos y sus caballeros con sus botas encima de las mesas del hotel, escuchando el hilo musical de gaitas que era un rasgo distintivo de los Trust House Forte Hotels.

Tras echar un vistazo en una tienda de baratijas, fue al White Hart y se comió un generoso plato de guiso de cordero. Más tarde salió parpadeando a la luz del sol, aturdida por la comida, y notó que la cintura de la falda le apretaba de una manera incómoda.

¿Había algo en las mujeres de cierta edad, se preguntó, que hacía que cuando se proponían atraer a un hombre, en lugar de pedalear en una bicicleta estática se atiborrasen de comida?

Por su parte, James había disfrutado de una comida de menú en el Red Lion y había soportado una retahíla de burlas maliciosas del tipo «qué has estado haciendo con nuestra Agatha». Mientras volvía andando a casa, se preguntó si la reputación de ella quedaría en entredicho, pero concluyó que no. Dado que no había nada de cierto en los rumores, no tardarían en olvidarlos.

Estaba ansioso por proseguir con la investigación y, mientras recorría Lilac Lane, vio a Agatha bajarse del coche y la llamó.

—Creo que será mejor que nos vayamos ya —dijo—. Quiero encontrarme con Jeffrey en cuanto salga de la escuela, como si fuera por casualidad, e invitarle a tomar algo. ¿Y tú?

—Yo llamaré por las buenas a la puerta de Alice y le diré que quería pedirle consejo sobre unas botas —dijo Agatha, que se sentía pesada y aletargada, y se arrepentía de haber comido tanto.

Se quedó dormida en el coche —habían cogido el suyo para volver a Carsely, pero conducía James— y se despertó al oírle comentar con voz divertida:

—No sabía que roncaras, Agatha.

—Lo siento —se disculpó—. He comido demasiado.

Ojalá siempre pudiera parecer fresca como una rosa para él. Se sentía envejecida y empezó a preguntarse por esas arrugas del labio superior. Tenía la certeza de que no estaban ahí antes de irse a Londres. Ésas eran las consecuencias de trabajar como relaciones públicas, pensó con tristeza, y James tenía muy buena vista. Cuando la miraba, Agatha sentía sus ojos azules taladrando aquellas arrugas. ¿Cómo iba un hombre a querer besar a una mujer con esas repulsivas arruguitas encima de la boca?

Agatha no sabía que James se sentía más cómodo a su lado cuando ella estaba callada y agotada. Creía que tenía que estar siempre «preparada» para él.

James la dejó cerca de casa de Alice y Agatha siguió andando hasta la vivienda; él aparcó el coche delante y se encaminó a pie a la escuela.

Niños de todos los colores y razas salían precipitadamente por las puertas. Todavía le resultaba raro oír a niños indios y paquistaníes llamándose entre ellos con el marcado acento de las Midlands. Aunque sus rostros no tenían el aspecto macilento, blanco y poco saludable de los británicos nativos, conservaban la expresión insatisfecha y descontenta de los que no disfrutaban de ningún privilegio.

Vio salir a Jeffrey, retrocedió un poco y lo siguió. Luego, aceleró y cruzó a la otra acera de una calle bulliciosa, seguidamente volvió a cruzarla, se encontró cara a cara con Jeffrey y lo saludó.

—Menudo calor —comentó James—, ¿le apetece tomar algo?

—Pues sí —aceptó Jeffrey.

James se dio cuenta de que ya no le miraba con suspicacia. La razón de ese cambio de actitud no tardó en hacérsele evidente en cuanto se sentaron en un pub llamado Fleece. Jeffrey dijo que estaba harto de la gente del Grapes.

—No debería permitir que su mujer lleve los pantalones en casa —dijo Jeffrey levantando una pinta de cerveza *bitter*—. Salud.

James estuvo a punto de protestar, pero concluyó que el papel de marido calzonazos le daba un aire simpático a ojos de los demás.

—Oh, no sé —contestó con tranquilidad—. Supongo que cuando se lleva casado tanto tiempo como nosotros, ni siquiera te das cuenta. Pero yo había pensado que usted estaba a favor de la igualdad de derechos de las mujeres.

—Igualdad de derechos sí, pero no dominación —aclaró Jeffrey de mal humor.

—¿Era así Jessica, la mujer que asesinaron? —preguntó James, y se apresuró a añadir—: Lo siento, olvidé que usted estaba muy unido a ella.

Jeffrey se encogió de hombros.

—Era una relación cómoda —dijo—. Aunque bien mirado, con las mujeres uno nunca puede estar seguro. Dicen que están liberadas, que sólo quieren sexo, y antes de que te des cuenta las tienes agobiándote. Lo que necesita esa mujer suya es una hostia bien dada en toda la boca.

—Pero si está usted a favor de los derechos de las mujeres, no debería considerar correcto el uso de la violencia —señaló James.

—¿Por qué no? Si se consideran iguales a los hombres, pues entonces hay que tratarlas como hombres. Si un hombre le soltara una impertinencia, le partiría la cara, así que, ¿por qué no partírsela también a ella?

—Porque es posible que acabe en prisión —dijo James.

—Pues en ese caso, evítelo. Yo nunca me casaré. —Jeffrey sacó músculo—. Por ahí hay mucha tía buena suelta.

De repente, Jeffrey le pareció a James un individuo profundamente desagradable. Había oído hablar de hombres como él, pero no conocía a ninguno: tipos que afirmaban tener ideas liberales pero que en el fondo pensaban las mismas tonterías que un palurdo americano. Las opiniones liberales como las que mantenían los Jeffreys de este mundo no eran más que un medio útil para engatusar a una mujer para que se acostase con ellos sin asumir ninguna responsabilidad.

Con un esfuerzo consciente, se obligó a reírse como de hombre a hombre.

—¿Quién cree que asesinó a Jessica? —preguntó.

—Creo que fue una de las mujeres —dijo Jeffrey—. Nuestra Jessica era bisexual. Alice estaba celosa de ella porque iba detrás de Gemma. Luego tonteó un poco con Deborah, y sabe Dios hasta dónde llegaría con Mary; a ver, piense en Mary. Seguramente fue la última en ver a Jessica con vida. ¡Esa historia de que sufrió una intoxicación alimentaria! Podría habérselo inventado para tener una coartada.

—¿Y la policía no sospecha de usted? —preguntó James—. Quiero decir que como era su amante y tal...

—Seguramente todavía sospechan. Pero yo no lo hice, así que pueden preguntarme lo que quieran. ¿Sabe que los muy cerdos incluso registraron mi piso? «¿Qué buscáis?», les pregunté. «¿Una pala?»



—Me sorprende —aventuró James— que no crea que lo hiciera sir Charles.

Una mueca de desprecio afeó la cara de Jeffrey.

—Ese tipo de hombres ni siquiera se tira un pedo sin pedir permiso a la policía. Además, tiene un montón de gente dispuesta a hacerle el trabajo sucio. Aun así, creo que fue una mujer. Las mujeres son malas. —Miró intencionadamente su jarra vacía y James se apresuró a pedir otra.

—Oh, ¿qué le parece si cambiamos de tema? —propuso—. Estoy planteándome mudarme a Irlanda.

—¿A qué parte? —preguntó Jeffrey con brusquedad.

—Al sur, claro. Escribo un libro, o al menos lo intento. Mi madre es irlandesa —mintió James—. ¿Sabe que los escritores no pagan impuestos?

—Sí, es un gran país, ¿verdad?

El acento de las Midlands de Jeffrey se había difuminado, dando paso a otro levemente irlandés.

—El único problema —continuó James mientras ponía dinero sobre la barra para pagar la consumición— es que, según me cuentan mis amigos escritores, el IRA les visita y les dice que, dado que no pagan impuestos, bien pueden contribuir a la Causa con dinero.

—¿Y por qué no? —soltó Jeffrey con cierta agresividad—. ¿Por qué iban a vivir del cuento sin pagar por ello?

—Supongo que tiene razón —dijo James preguntándose cómo se sentiría si le daba una hostia a Jeffrey en la boca.

Agatha echó un rápido vistazo al piso de Alice, mientras ésta preparaba café en la cocina. Era obvia la existencia de dos personalidades enfrentadas. Las estanterías estaban divididas entre gruesos tomos de política y novelitas rosas de bolsillo. Sobre la mesita baja se apilaban ejemplares de *Marxism Today* al lado de *Women's Weekly*. Había un torno de alfarero junto a la ventana y un enorme peluche rosa sobre el sofá.

Alice volvió con dos tazas de café y sonrió a Agatha.

—Me alegro de que haya acudido a mí para pedirme consejo sobre botas, pero tengo una sorpresa para usted: nada de botas. Zapatillas deportivas o, como también se las llama, bambas. Como éstas. —Estiró un pie. Agatha se preguntó por qué unas grandes deportivas blancas resultaban tan amenazadoras en un pie femenino—. Cuestan unas cuarenta libras —exclamó Alice—, pero las valen, hasta el último penique. Puedo andar kilómetros y kilómetros sin que me salgan llagas en los pies. ¿Por qué ha querido unirse a nuestro grupo?

—¿Por qué cree usted? —Agatha se palmeó la cintura, compungida—. El *jogging* me parece demasiado para mí, y una caminata por el campo es lo que más me conviene para controlar el peso y disfrutar un poco del paisaje. El problema de ir en coche a todas partes es que al final es como vivir en Londres. Resulta difícil disfrutar

del campo cuando lo único que una ve son árboles y cultivos pasando a toda velocidad al otro lado de las ventanillas del coche.

—Por no mencionar el problema de la contaminación —observó Alice—. Jessica siempre decía que... —Se le llenaron los ojos de lágrimas, volvió la cabeza y dijo con voz ronca—: Lo siento, aún la echo de menos.

—Debió de ser un golpe muy duro para usted —dijo Agatha en voz baja.

—Es el sentimiento de culpa, ya ve. —Alice sacó un pañuelo masculino y se sonó con fuerza la nariz—. Vino pidiendo un sitio para dormir y yo la eché. Pensaba que iba detrás de Gemma. Si hubiésemos seguido siendo amigas, la habríamos acompañado y este espantoso asesinato jamás se habría cometido.

—¿Quién cree que lo hizo? —preguntó Agatha.

—Oh, sir Charles Fraith. Pero, siendo quien es, nunca se hará justicia. Hay una ley para los ricos y otra para los pobres. Mintió cuando dijo que estaba en Londres cuando la mataron. Le vieron amenazarla, pero tocará todas las teclas que sea necesario y no volveremos a oír nada al respecto.

—¿Y no le parece que pudo ser Jeffrey Benson? —se aventuró a decir Agatha—. Dicen que era su amante.

—¿Cómo se ha enterado?

—Cotilleos en la reunión de excursionistas —explicó Agatha.

—Umm. La falta de lealtad típica de los burgueses que demuestra esa pandilla a veces me sorprende. No, no creo que lo hiciera Jeffrey, pero la policía querrá endilgarle el asesinato para que su querido sir Charles se vaya de rositas. Oh, aquí llega Gemma.

Gemma entró y saludó a Agatha esbozando una sonrisa ladeada.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó Agatha al ver que traía un par de vídeos.

—Pensé que esta noche podríamos verlos —dijo Gemma—. He alquilado *Mad Maniac* y *Serial Passion*.

Alice suspiró.

—No voy a ver esa basura americana.

—Como quieras —dijo Gemma—. ¿Quedan galletas de choco?

—En el tarro de allí —indicó Alice con una leve sonrisa indulgente—. Es como una niña —le susurró a Agatha.

Gemma cruzó la mirada con Agatha y le guiñó un ojo. Empezó a pensar en ella. ¿Quién era exactamente esta pequeña dependienta a la que le gustaba liarse con una lesbiana y al mismo tiempo ver vídeos de asesinos en serie? Recordó por las críticas que había leído que las dos películas que había elegido Gemma eran especialmente repulsivas.

Pero Alice había captado aquel guiño y de repente se levantó y se cernió sobre Agatha.

—No quiero meterle prisa —dijo—, pero tengo mucho que hacer.

—Claro. —Agatha también se levantó—. Nos vemos el sábado.

Se alegró de salir de allí. Al pensar sobre lo sucedido, tuvo la impresión que había algo aterrador en Alice y Gemma.

James y ella estaban tomando una taza de café e intercambiando notas cuando llamaron al timbre. James fue a abrir y se encontró delante de Bill Wong, que entró y miró pensativamente a su alrededor.

—¿En qué andáis metidos vosotros dos? —preguntó—. Y no me vengáis con que habéis decidido arrimaros. Eso bien podríais haberlo hecho en Carsely.

—Siéntate, Bill —le pidió Agatha—. Íbamos a llamarte. Ya te dije que Deborah Camden me pidió que investigara el caso en nombre de sir Charles. Espera a oír lo que hemos averiguado.

Bill les escuchó y la expresión de su rostro se fue ensombreciendo a medida que relataban de un tirón las nuevas pruebas que habían descubierto. Kelvin había tenido una discusión con Jessica; Deborah había sido vista saliendo en coche de Dembley el sábado por la tarde, en dirección a la finca de Barfield; Peter y Terry solían librar los sábados por la tarde y aun así les dio por trabajar precisamente el sábado del asesinato; y Jeffrey Benson parecía ser un simpatizante del IRA.

—Y ¿cuánto tiempo pensabais guardaros esas pruebas si no me hubiera pasado por aquí? —preguntó Bill muy irritado—. Tendremos que volver a interrogar a Deborah y a Kelvin. ¿Y qué es todo ese asunto irlandés? Hace dos años estalló una bomba aquí, en High Street, y murió un niño. Ya decía yo que había oído antes el nombre de Jeffrey... Corrieron rumores de que dos irlandeses habían estado en su piso la noche antes del atentado. Él lo negó todo y no encontramos pruebas para retenerle. Pero esta vez vamos a ponérselo difícil de verdad.

—Íbamos a llamarte esta noche —se disculpó James—. No tiene sentido que te enfades con nosotros, Bill, ni que nos digas que nos apartemos del caso. Nunca habrías descubierto nada de esto sin nuestra ayuda. ¿Cómo nos has encontrado?

—Sir Charles me dijo dónde estabais. Por lo visto creía que al contrataros demostraba su inocencia. Más vale que vaya a comisaría ahora mismo, ¡y vosotros dos os venís conmigo!

Esa misma noche, más tarde, Jeffrey Benson volvía a casa del Grapes. Al doblar en la esquina de la calle donde vivía, vio a dos hombres que miraban hacia su manzana de pisos. Aquellos trajes grises y aquellas caras no menos grises le resultaban familiares. Reconoció a uno de ellos. Era el que le había interrogado después del atentado. El hombre del MI5. Se alejó rápidamente y se dirigió a una cabina de teléfonos. Sacó un pequeño cuaderno del bolsillo, buscó un número y lo marcó.

—Soy Benson, de Dembley —dijo cuando contestó una voz—. Me están esperando para interrogarme otra vez por el asunto de hace dos años.

—Entonces, haz lo mismo que hace dos años y mantén la boca cerrada —le

indicó la voz.

—Pero me retendrán durante días y me interrogarán —dijo Jeffrey, con una voz frágil y asustada que nada tenía que ver con su recio tono habitual.

—Ya sabes lo que hay que hacer. —La voz era fría—. Mantén la boca cerrada o te la cerraremos nosotros.

—Si ésta es toda la ayuda que podéis ofrecerme —gritó Jeffrey—, tendré la sensatez de contarles todo y pedir protección.

—Simplemente recuerda que no hay forma de protegerse de nosotros —dijo la voz.

Jeffrey salió de la cabina a un mundo inseguro, lleno de muerte y violencia. Por primera vez desde hacía años, pensó en su madre. Como un niño perdido, volvió a su calle y se acercó a los dos hombres:

—¿Me buscaban? —preguntó.

Deborah tenía toda la ropa desplegada sobre la cama cuando la policía fue a buscarla. Estaba intentando decidir qué se pondría el sábado. Había estado hojeando las revistas de sociedad en busca de inspiración, pero sólo salían fotografías de gente en bailes y fiestas. No vio ninguna de gente en una cena en una mansión rural.

Y cuando empezaron a interrogarla sobre el sábado, estaba aterrada ante la posibilidad de que la detuvieran y no pudiera asistir a la cena de Barfield House.

A la mañana siguiente, Bill Wong fue a ver a Agatha y a James. Parecía cansado.

—No podemos retener a Deborah —anunció—. Explicó que había salido en coche con la esperanza de impedir que Jessica montara una escena, pero que regresó a Dembley antes de llegar a la finca. Aunque la hemos interrogado una y otra vez, ha mantenido la historia sin cambios. Dijo que se volvió porque Jessica la asustaba, luego dijo que antes nos había mentado porque tenía miedo de que la acusáramos del asesinato.

»Kelvin ha reconocido que tuvo una pelea con Jessica. Después de un interrogatorio intensivo, hemos averiguado que estaba tan avergonzado por su incapacidad para acostarse con ella que nos mintió. Créanselo si quieren. Peter y Terry han afirmado que se ofrecieron para el trabajo extra en el restaurante y cambiaron el turno con otros dos camareros porque nadie iba a ir a la excursión de ese sábado, salvo Jessica. Y ahora llegamos a Benson.

»Sí, alojó a dos irlandeses la noche antes del atentado. Jura por lo más sagrado que no sabía qué iban a hacer, en el caso de que hicieran algo. Está aterrorizado, nos ha contado todo lo que sabe y, la verdad, no es gran cosa. Localizamos un número de teléfono que nos dio, pero cuando llegamos los cuatro hombres que habían vivido en esa casa de Stratford habían recogido y se habían ido sin dejar rastro. Debieron de imaginar que cantarían. Nombres falsos, alquiler pagado en efectivo, ningún contacto

con los vecinos. El callejón sin salida habitual.

—Lo habrán puesto bajo custodia con protección —supuso James.

—No merece la pena. Es sólo uno de esos ingenuos liberales que se lo traga todo. No volverá a saber de ellos, ¿qué le vamos a hacer? Pero eso ya es asunto del MI5. Nosotros seguimos trabajando en el asesinato.

—Supongo que la excursión del sábado se ha suspendido —dijo Agatha.

—Oh, no, podéis ir y mantener los oídos bien abiertos. No os lo puedo impedir. Pero andaos con cuidado. Sir Charles sigue bajo sospecha, pero también podría haber sido alguno de vuestros compañeros excursionistas. Aseguraos de que no sospechan de vosotros. Jeffrey habla contigo de Irlanda en un pub, James, y al día siguiente recibe una visita del MI5. Podría darle por sumar dos y dos.

Cuando se marchó, James y Agatha se miraron durante un buen rato.

—Creo que lo mejor sería que te fueras a casa, Agatha —dijo James finalmente—. Esto no me gusta nada.

Pero en ese momento, a Agatha la idea de abandonar su maravilloso papel como señora Lacey la aterraba incluso más que la posibilidad de que la asesinaran.

—Te tengo a ti para protegerme —repuso—. Ni siquiera hemos desayunado todavía. Yo lo preparo.

Tarareó para sí misma en la cocina mientras preparaba una tortilla de queso para los dos, tan metida en su papel de esposa que casi se olvidó de que había hecho muy pocas tortillas en su vida. James entró en la cocina a tiempo de oler el queso quemándose y retirar la sartén del fogón.

—Ve a sentarte, Agatha —dijo con amabilidad—. Obviamente, estás demasiado preocupada para cocinar.

Y así Agatha sufrió la humillación de sentarse allí sintiéndose como una completa inútil mientras James batía los huevos para un par de tortillas de queso ligeras. «Este hombre no necesita una esposa —se lamentó Agatha—. Si el camino hacia el corazón de un hombre empieza en su estómago, entonces mis esperanzas se han ido al traste.»

—¿Y qué me dices de Mary Trapp? —preguntó James.

—¿Mary? Podríamos hablar con ella durante la excursión —dijo Agatha—. Me refiero a que empezaría a parecer bastante raro si fuéramos ahora a visitar a otro de los miembros del grupo.

—Tampoco puede decirse que hayamos visitado a Deborah o a Kelvin —señaló James—. Aun así, es posible que tengas razón. Nos tomaremos un día libre. Te diré qué haremos: ir al cine y olvidarnos de todo.

Agatha había concluido que el intento de conquistar a James era inútil, y durante el resto de aquella mañana y por la tarde estuvo tan callada y abatida, que James disfrutó inmensamente de su compañía. Esa noche ni siquiera se tomó la molestia de poner una silla bajo la manija de la puerta de su dormitorio.

Los excursionistas que emprendieron la marcha desde el Grapes aquel sábado componían un grupo bastante deprimido. Agatha todavía no había recuperado sus esperanzas románticas y llevaba las zapatillas deportivas que le había recomendado Alice. Le daba la sensación de que le hacían los pies enormes, pero ¿qué importaba? A su edad ya no cabía esperar nada más que una sepultura temprana.

Jeffrey Benson había perdido por completo su orgullo. Cuando recordaba la forma en que se había acobardado en presencia de sus interrogadores, le entraban ganas de llorar. Luego, cuando les había suplicado protección y ellos le habían respondido casi en un tono paternal que él no era de ninguna importancia para nadie, sólo uno de los tontos útiles que había utilizado el IRA, se vino abajo.

Era obvio que Alice y Gemma se habían peleado porque Gemma, que llevaba unos pantalones muy cortos y unas sandalias finas en absoluto apropiadas para la excursión, hablaba animadamente con Mary Trapp mientras Alice caminaba desganadamente unos pasos detrás, con el ceño fruncido. Peter y Terry murmuraban entre sí. James se preguntaba cuánto tardarían los excursionistas en relacionarlos a Agatha y a él con el repentino y renovado interés de la policía hacia ellos, y en preguntarse de dónde habían sacado la nueva información. Lo único que podía evitar que les descubrieran, creía, era la falta de interés de los excursionistas por nada que no tuviera que ver con sus preocupaciones más inmediatas. Miró a Agatha, que caminaba taciturna a su lado, y decidió que había llegado el momento de subrayar su papel de cónyuges.

—¿Qué te pasa, querida? —preguntó en tono cortante—. Parece que acabes de perder hasta la camisa en una apuesta.

—Oh, cállate, memo —le espetó Agatha, que supo interpretar correctamente las intenciones de James y se sentía alegre de poder soltar un poco de lastre de sus frustraciones reprimidas—. Es asombroso que no le hayas pedido a esa fulana de la biblioteca que viniera.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —replicó James—. Jeffrey tiene razón: no te vendría mal una buena hostia en la boca.

—¿Qué ha dicho? —Mary Trapp se dio la vuelta—. ¿Cómo te atreves a defender la violencia contra las mujeres, Jeffrey?

—Bah, estoy harto de estas discusiones —dijo Kelvin mirando con frialdad a Agatha y a James—. Ustedes dos tendrían que pelearse en privado. No hay nada más vomitivo que una pelea conyugal.

—¿Qué sabrás tú, Kelvin? —intervino Alice, mordaz—. Si ni siquiera tienes novia.

Kelvin se quedó inmóvil, con la cara encendida.

—Me ponéis enfermo, todos vosotros. ¿Sabéis qué? Me voy a casa.

—A ver —intervino Peter—, no nos peleemos, por favor. ¿Hemos salido a dar un

agradable paseo o no?

Todos siguieron andando en silencio. Pero al llegar a las afueras de Dembley, con fábricas cerradas por la recesión oxidándose a ambos lados de la carretera, las nubes grises se separaron y el sol brilló con fuerza. Los ánimos empezaron a mejorar. Gemma se puso a cantar «One Man Went to Mow», y todos la siguieron.

Cuando llegaron a las lindes de los terrenos que iban a atravesar, todos estaban de bastante buen humor. Consultaron el mapa y el libro antiguo que había encontrado Jeffrey.

—Tendría que haber rótulos indicadores —observó Jeffrey—. Pero en cualquier caso, es por aquí. Vamos.

Todos saltaron una cerca subiéndose a unos escalones colocados para tal fin y siguieron camino por el filo de un campo, pero al poco llegaron ante una verja cerrada con candado. Apoyado al otro lado de la puerta había un hombre inmenso de aspecto brutal armado con una escopeta.

—Salid de mis tierras —gritó—. Excursionistas mugrientos. Os mataría a todos.

—¿Quién es usted? —preguntó Jeffrey, que se puso delante.

—Me llamo Harry Ratcliffe —dijo el granjero—, y estáis en mis tierras.

—No tiene derecho a echarnos de aquí —replicó Jeffrey, iracundo, y blandió el mapa ante el hombre—. Éste es un derecho de paso legal.

—Ah, idos a la mierda —dijo Ratcliffe—, tocapelotas izquierdistas. ¿Por qué no os buscáis un empleo y os cortáis el pelo?

Jeffrey fue incapaz de aguantar una humillación más. Arrojó el mapa a las manos de Agatha, saltó por encima de la verja y amenazó con el puño al granjero. Éste le hizo una llave en el brazo y soltó un puñetazo que alcanzó con un ruido seco la nariz de Jeffrey.

—Que te sirva de lección —gritó Ratcliffe—. Voy a por mis perros.

Se alejó a grandes zancadas. James escaló la verja y se arrodilló junto a Jeffrey, le enjugó la sangre con el pañuelo y palpó con cautela el puente de la nariz del caído.

—Tiene suerte —dijo—. No hay nada roto. Más vale que pasemos al otro lado antes de que vuelva y nos eche los perros. Se sentirá mejor después de tomar una copa; luego iremos a la policía a denunciarle.

El dolorido Jeffrey fue trasladado con cuidado al otro lado de la verja, y luego alejaron del campo al herido líder rodeándolo de mimos.

«Tienen su parte de razón —pensó Agatha, sorprendida—, algunos de estos propietarios de tierras son unos auténticos malos bichos.» Casi se olvidó del asesinato. La agresión a Jeffrey los había unido a todos. Cuando estuvieron sentados en el Grapes, había emergido la Agatha de siempre, que les explicaba que consultaría a un abogado y se aseguraría de que el derecho de paso se abría.

Jeffrey, ya más recuperado después de que James le ofreciera un par de brandis dobles, dijo que no quería acudir a la policía, pero de todos modos agradeció a Agatha que se ofreciese a ponerle las cosas difíciles a Ratcliffe. Todos bebieron

bastante y todo iba como la seda hasta que se oyó a Deborah preguntarle a Agatha qué debería ponerse para cenar en Barfield House.

Mary Trapp se volvió contra ella.

—¿No me digas que vas a ir allí? ¡Es el enemigo!

Deborah se ruborizó dolorosamente.

—Sir Charles no está mal —dijo a la defensiva— ¡no es como Ratcliffe!

—Estás traicionando a los de tu clase —replicó Alice, tajante.

—Póngase una blusa bonita y una falda —dijo James dirigiéndose a Deborah.

Ella le miró, sorprendida.

—Pero he comprado un vestido de noche de terciopelo negro en la tienda de segunda mano.

—Demasiado para una cena —repuso James—. Cuando tenga dudas vista más sencillo, no más elegante.

—Nunca has sido uno de los nuestros, Deborah —dijo Jeffrey—. Sabía que te pasarías al otro bando.

Deborah no dijo nada; simplemente se fue del pub. No iba a permitir que nada ni nadie le amargara la inminente velada.

El resto vio cómo se marchaba y luego empezaron a despellejar a Ratcliffe de nuevo hasta que volvió a imponerse el buen ánimo.

James y Agatha volvieron a casa caminando amigablemente.

—Nos cambiaremos y saldremos a cenar —decidió James, y todas las esperanzas de Agatha volvieron a inundar su cerebro achispado.

Sorprendió a James yendo a cenar con él al restaurante de un hotel con un vestido negro corto de escote muy bajo, tacones altos y mucho maquillaje.

James pensó que había sido una buena no aconsejar a Agatha que se vistiese con más sencillez. ¡Vestirse con sencillez para salir una noche era una idea inconcebible para Agatha Raisin!



## SIETE



Deborah condujo hacia Barfield House con el vestido de noche de terciopelo negro. Había pedido consejo a la dependienta de la tienda de ropa más cara de Dembley y ésta le había dicho que un vestido de etiqueta era de rigor. La agobiante elegancia de los modales de la dependienta había impresionado a Deborah como nadie lo había hecho en su vida.

También aferraba un bolso de noche con lentejuelas plateadas.

Deborah no tuvo suerte. Podría haber sido una cena formal y entonces su vestido de noche, aunque un poco excesivo para una joven y más apropiado para una viuda aristocrática, habría encajado en el decorado, pero dado que los invitados eran simplemente unos viejos amigos de sir Charles que habían ido a pasar el fin de semana, vestían informalmente. Deborah lo descubrió en cuanto puso un pie en el salón. Los hombres, claro, llevaban traje y corbata, pero las mujeres sólo lucían vestidos de verano. Deborah se detuvo avergonzada en el umbral, sintiéndose como una niña viuda.

Sir Charles se acercó corriendo y la saludó con un beso en la mejilla.

—Estás muy elegante —dijo, y justo cuando ella empezaba a sentirse más animada, añadió—: como esa mujer de la Familia Addams.

Aunque su tía, que hacía las veces de anfitriona para sir Charles, tendría que haber presentado a Deborah a todos, la señora Tassy ni siquiera levantó la mirada cuando Deborah entró, así que fue el propio sir Charles quien hizo los honores. Había un coronel Devereaux, con su esposa e hija, Sarah. Luego estaba un joven delgado llamado Peter Hailey y su amigo, bajo, regordete y ruidoso, un tal Henry Barr-Derrington, y una de esas chicas corpulentas y melancólicas, Arabella Tierney. Todos miraron fijamente a Deborah cuando se la presentaron. Ella le decía a cada uno: «Encantada de conocerle». Normalmente hubiera dicho: «Encantada de conocerte», pero había estado puliendo sus modales.

No es que ninguno fuera maleducado con ella, tan sólo parecieron un poco sorprendidos al principio y luego se mostraron desdeñosos. Eso fue todo. Deborah sintió que la habían calado y que la rechazaban. Le pareció oír murmurar a Henry: «Ésta debe de ser la última aberración de Charles», pero concluyó, como había hecho en el pasado, que el nerviosismo la confundía y la hacía oír insultos que no habían existido.

Entonces la señora Tassy se abalanzó sobre Deborah con el aire cansado de alguien que recuerda sus deberes.

—Mi querida jovencita —dijo—, qué vestido más «caluroso». ¿No te estás asando calor?

—No, gracias, estoy bien —contestó Deborah, que atisbó una sonrisa maliciosa en la cara de Gustav.

El mayordomo anunció la cena. Deborah se sintió aliviada al saber que se sentaría

al lado de sir Charles. La mesa estaba preciosa, con velas y flores, y a medida que avanzaba la cena, Deborah no pudo evitar fijarse en que era mucho más sencilla que el pesado ágape que le habían impuesto cuando había venido con Agatha. Pero, ay, ¡ojalá no hubiera ido. Todos eran unos esnobs insoportables...

Y luego la conversación giró en torno al asesinato y sir Charles dijo que Deborah era una de las Paseantes de Dembley y Deborah se convirtió instantáneamente en el centro de atención. Le pidieron que lo contara todo. Y ella lo hizo, al principio con timidez, aunque fue cobrando confianza por la atención que le prestaban. Cuando acabó con una descripción de la excursión de ese mismo día y el enfrentamiento con el granjero Ratcliffe, se había ganado la simpatía de los comensales.

—Ese hombre es un animal —afirmó el coronel categóricamente—. Es una lástima que su amigo Jeffrey no acertara a darle un puñetazo.

Y así la conversación se centró en las iniquidades de Ratcliffe hasta que la señora Tassy se levantó para indicar a las señoras que la siguieran al salón. Una vez allí, la señora Devereaux se sentó al lado de Deborah y le preguntó qué enseñaba, y cuando supo que era profesora de física le pidió consejo para ayudar a un sobrino al que no se le daba muy bien, y así pasó el rato hasta que los hombres se les unieron.

Deborah descubrió que bastaba con que ignorara la presencia de Gustav para relajarse. Al fin y al cabo, todo el mundo era amable. Se sentía eufórica y casi bonita, y cuando Peter y Henry empezaron a burlarse y coquetear con ella, estaba radiante, sin duda.

Al finalizar la velada, sir Charles le dio un cálido beso en la mejilla. Deborah se fue en coche, sintiendo que ninguna droga en el mundo podría darle el subidón que se había adueñado de ella.

Más tarde, Gustav metió los platos en el lavaplatos. La señora Pretty, que había sido contratada en el pueblo para cocinar esa noche, estaba sentada a la mesa de la cocina, bebiéndose una copa de oporto.

—¿Quién es esa chica que se ha buscado sir Charles? —preguntó.

—¿Cómo te has enterado? —quiso saber Gustav.

—La gente habla. Los vieron juntos en el Burger King. ¿Va en serio? ¿Se casará con ella?

—Por encima de su cadáver. Del de la chica, me refiero —añadió Gustav, y la cocinera se rió.

A la una de la madrugada, Jeffrey oyó que llamaban a su puerta. Estaba viendo una película y por eso aún no se había acostado. Al principio se preguntó si sería otra vez la policía y si podía fingir que estaba dormido, pero cuando llamaron con más insistencia, decidió que más le valía contestar.

Abrió la puerta.

—Oh, eres tú —dijo, con la voz calmada por el alivio—. Pasa, creía que era la policía.

A Agatha la despertó el sonido de las sirenas de la policía. Salió corriendo de su habitación y miró a la calle desde la ventana de la cocina, que daba a Sheep Street. Otro coche patrulla pasó a toda velocidad.

James se despertó con un sobresalto y vio la cara blanca como una máscara de Agatha Raisin que le miraba desde arriba. Ella se había olvidado por completo de la mascarilla que se había puesto antes de acostarse.

—¿Qué sucede?

—Coches de policía, montones, despertando a todo Dembley —explicó Agatha—. Ha ocurrido algo.

—A lo mejor no tiene ninguna relación con los excursionistas —observó James, adormilado.

Agatha le tiró con impaciencia de la chaqueta del pijama.

—Oh, vamos, James. Presiento que tiene algo que ver con nuestra pandilla. ¡Date prisa!

James gruñó, pero se arregló tan deprisa que ya estaba en el coche esperando a Agatha cuando ésta bajó corriendo a la calle.

—Te han quedado manchitas de mascarilla alrededor de las orejas —la advirtió, y Agatha fue incapaz de sacarse esa triste imagen de la cabeza mientras salían de Dembley y ella se miraba con los ojos entrecerrados en un espejo de mano y se limpiaba las manchas blancas frotándoselas con un pañuelo.

De forma automática se dirigieron hacia la finca de Barfield. Al otro lado de los campos, a la luz del sol naciente, vieron a lo lejos un pequeño grupo de luces azules intermitentes.

—Son las tierras de Ratcliffe —dijo James.

Siguieron adelante en silencio.

James se detuvo cerca de los peldaños que habían subido el día anterior y aparcó detrás de los coches patrulla. Había un grupo de agentes de paisano y otros uniformados junto a la verja donde Jeffrey se había peleado con Ratcliffe.

Mientras se acercaban al grupo, un policía se separó y corrió hacia ellos, levantando la mano y gritando:

—¡Atrás!

Pero entonces apareció Bill Wong y les hizo gestos para que se adelantaran.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó secamente.

—Oímos los coches de policía y los seguimos. ¿Qué ha pasado? —preguntó Agatha, a la vez que suplicaba para sus adentros: «Que no sea Deborah. Si es ella, he fracasado».

—Se trata de Jeffrey Benson —los informó Bill—. Está muerto.

—¿De un disparo? —preguntó James—. ¿Le disparó Ratcliffe?

—Ratcliffe está allí. ¿Qué pasa con él?

James le contó la pelea del día anterior.

—Le interrogaremos —decidió Bill en un tono sombrío—. Es él quien ha encontrado el cadáver. Aunque por el momento los indicios apuntan a un accidente. Jeffrey estaba cortando el candado de la puerta, o eso parece, se cayó y se golpeó la cabeza contra una piedra. Pero tendremos más datos cuando el patólogo forense le haya echado un vistazo al cuerpo. Necesitaremos una declaración completa tanto de vosotros dos como de los demás excursionistas.

—¿Crees que lo asesinaron y que pudo ser el IRA? —quiso saber James.

—Me costaría creerlo. Una bala en la nuca sería más propio de ellos. O, en el caso de alguien tan insignificante como Jeffrey, no pasarían de romperle las rodillas, como mucho.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó Agatha—. Para ver si ha cambiado algo con respecto a ayer...

—Esperad aquí —ordenó Bill, y fue a hablar con sus superiores.

Varias cabezas se volvieron en su dirección y luego les hicieron señas para que se acercaran. El grupo de hombres se abrió para cederles el paso.

Jeffrey Benson yacía derrumbado en el suelo, bajo la verja. A su lado había una cizalla enorme y, al otro lado, una roca afilada.

—Esa piedra no estaba ahí ayer —declaró Agatha.

—¿Estás segura? —preguntó Bill.

—Me parece que tiene razón —confirmó lentamente James—. Fue una escena tan violenta que todos los detalles de cuanto había cerca se nos grabaron en la memoria.

Llamaron a uno de los forenses vestido con un mono blanco. Éste colocó un largo instrumento de acero bajo la piedra y la levantó con suavidad.

—Está seca en su base —anunció—. Desde luego, no lleva mucho tiempo aquí.

—Bien —dijo Wilkes, que hablaba por primera vez—, aunque a primera vista se diría que estaba saltando la verja, se cayó y se rompió el cuello, parece que en realidad alguien le golpeó en la cabeza con esa piedra. Más vale que ustedes dos vuelvan a casa y dejen esto en nuestras manos. Les tomaremos declaración más tarde.

James se llevó a Agatha de allí. Al llegar a las escaleras del muro, a ella empezaron a castañetearle los dientes y trastabilló al pasar por encima. Él ya estaba al otro lado, así que tendió sus fuertes brazos y la ayudó a bajar. Fue una de esas imágenes con las que Agatha había fantaseado cuando soñaba que iban juntos de excursión, pero ahora lo único que deseaba era no haber visto nunca aquel cadáver. Sabía que se le aparecería en sueños.

James se preocupó por ella cuando volvieron al piso: le preparó una taza de té caliente y dulce, y luego le dio un par de aspirinas y ella se acostó. Estuvo tumbada un largo rato, temblando y sin parar de dar vueltas, hasta que finalmente se quedó dormida.

Los Paseantes de Dembley se reunieron en el Grapes a la tarde siguiente a las seis, porque Peter y Terry entraban a trabajar en el restaurante a las siete. Agatha y James estaban allí tras recibir una llamada frenética de Deborah, que gritaba histérica que los iban a matar a todos y que ¿qué estaba «haciendo» Agatha para impedirlo?

James contempló al silencioso y abatido grupo y preguntó:

—¿Dónde está Mary Trapp?

—Ayudando a la policía con las investigaciones —contestó Kelvin en tono lúgubre.

—¿Por qué?

—Sus vecinos declararon que la habían oído salir durante la noche. En la puerta de al lado vive un tipo que es un chiflado de los perros —explicó Peter—; el perro decide si quiere salir a dar un paseo a las dos de la madrugada. El vecino vio a Mary, bien equipada con botas y pantalones cortos, doblando la esquina de la calle.

—Es imposible que lo hiciera Mary, ¿verdad? —preguntó Agatha, pensando con inquietud que no habían tenido tiempo de investigarla.

—De eso estábamos hablando antes de que llegaran ustedes —explicó Deborah—. Ninguno de nosotros sabe en realidad gran cosa sobre Mary. Jessica y ella estaban muy unidas. Pero, bien pensado, Jessica era amiga de todos. —Empezó a llorar—. No puedo más.

—Supongo que todos tenemos coartada —dijo James.

Recorrió el grupo con la mirada y recibió sombrías negativas con la cabeza. El asesinato se había cometido durante la noche y todos ellos estaban acostados.

—Creo que todavía están interrogando a Ratcliffe. Estuvo encarcelado una vez por darle una paliza a un hombre en un pub —dijo Kelvin—. Creedme, esto no tiene nada que ver con el asesinato de Jessica. Jeffrey salió por la noche con la cizalla, Ratcliffe lo vio, cogió la piedra, le golpeó con ella y lo mató.

—Así que ¿no fue un accidente? —preguntó Agatha.

—No —contestó Kelvin—. Lo consideran un asesinato.

La puerta se abrió y entró Bill Wong, seguido por dos policías, un hombre y una mujer, y se acercó a su mesa.

—Alice Dewhurst —dijo—, debe acompañarnos a comisaría.

—¿Por qué? —preguntó Alice, que se había quedado blanca.

—Serán sólo unas preguntas. Vamos.

—¿A qué viene esto? —le preguntaron los demás a Gemma.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, eso sí lo tengo claro.

—¿Estuvo Alice contigo toda la noche? —preguntó Peter.

De nuevo, Gemma se encogió de hombros.

—A mí no me preguntéis. Tomé uno de esos barbitúricos y me olvidé del mundo hasta que me trajo el té esta mañana a las diez.

—No te preocupes, cariño —la tranquilizó Terry—. Tú sabes que Alice sería incapaz de hacer nada semejante.

—No sé —replicó Gemma para sorpresa de todos—. A veces se pone de muy mal humor.

—Pero ¿por qué demonios iba a querer cargarse a Jeffrey? —preguntó Agatha.

—A lo mejor porque pensaba que él había asesinado a Jessica —contestó Gemma, y cogió un puñado de cacahuets de un cuenco que había en la mesa.

—Eso es un comentario muy poco leal, ¿no te parece, querida? —dijo Terry.

—A decir verdad, estoy un poco harta de Alice —anunció Gemma, mirando con seriedad a los demás—. Me toca mucho las pelotas.

—Oh, bueno, eso ya lo sabíamos, querida —dijo Peter, que le dio un codazo a Terry y se rió tontamente. Luego volvió su atención hacia James y Agatha—. ¿Y qué estaba haciendo anoche nuestra pareja de enamorados?

—¿Usted qué cree? —repuso James.

—Más vale que no me lo pregunte. Yo diría que el amor se fue por el desagüe hace un millón de años. —De repente, el tono de Peter se volvió mordaz.

—Le aconsejo que se ande con cuidado y mida sus palabras, imbécil deprimente, o yo misma me lo cargaré —le espetó Agatha—. ¿Usted y el mariquita de su amigo no deberían haberse ido ya a ese antro que llaman restaurante a servir otra dosis de salmonela a sus clientes?

—Qué desagradable —se quejó Peter, aunque no se le veía demasiado molesto—. Vamos, Terry. El deber nos llama.

El grupo se dispersó tras su marcha. James y Agatha regresaron a su piso.

—Bueno —dijo James, sombrío—. No tengo la menor idea de qué ha podido pasar. ¿Y tú?

Agatha negó con la cabeza.

—Por lo que a mí respecta, podría haberlo hecho cualquiera de ellos. Ya no puedo mirarlos con objetividad. Están empezando a caerme todos mal.

—Tomemos una copa y pensemos qué vamos a comer. ¿Qué te apetece?

—Yo quiero un *gin- tonic*, por favor. Oh, alguien llama a la puerta.

James dejó en la mesa la botella de ginebra y fue a abrir. Esperaba que no fuera uno de los excursionistas. Estaba bastante harto de todos, al menos por ese día.

Pero era Bill Wong.

—¿Puedo pasar? Tengo noticias que podrían interesaros.

Rechazó una copa.

—¿Es sobre Alice? —preguntó Agatha.

Él asintió.

—Hemos investigado el pasado de todos los sospechosos y encontramos una vieja grabación de un documental sobre las mujeres de Greenham Common, un reportaje que intentaba demostrar que eran todas unas ramerías alborotadoras. Contenía unos fragmentos interesantes de Alice y Jessica, de jóvenes, peleándose

entre ellas. Bien, en su declaración, Alice afirmó que no conocía a Jessica hasta que ésta vino a Dembley. ¿Por qué mintió?

—¿Qué ha dicho ella? —preguntó James.

—Que se había olvidado por completo del altercado, aunque siempre le pareció que Jessica le sonaba de algo. Está claro que sigue mintiendo, pero no hemos logrado que cuente nada más. Bien, si Jeffrey sabía algo sobre Alice y ella, es posible que Alice decidiera cerrarle la boca para siempre. Podría haberle hecho una visita y sugerido la genial idea de desquitarse de Ratcliffe cortándole el candado de la verja.

—¿Era suya la cizalla? —quiso saber Agatha.

—En eso no ha habido suerte: Jeffrey la había comprado hace seis semanas para vengarse de otro terrateniente que había puesto cadenas y candados en un derecho de paso. Vosotros conocéis a ese grupo, estabais en la excursión. Alguno de ellos debe de pareceros capaz de cometer un asesinato.

James miró a Agatha y ella le devolvió la mirada. Los dos negaron con la cabeza.

—Le he dado tantas vueltas a estos asesinatos que ahora miro a los excursionistas y me da la impresión de que cualquiera de ellos podría haberlos cometido —se lamentó James.

Bill suspiró.

—En circunstancias normales, os diría que os fuerais a casa y os olvidarais de todo esto, pero todavía tengo la esperanza de que con vuestros métodos de aficionados deis con algo.

—¿Y qué hay de las pruebas forenses? —preguntó Agatha—. ¿Huellas de pisadas, dactilares?

—No pudimos sacar nada de la piedra, y el suelo estaba seco y endurecido. Encontramos el coche de Jeffrey en las cercanías. Están revisando la zona palmo a palmo. Llevará algún tiempo comprobar todas las fibras, si es que encuentran alguna, analizarlas y ubicarlas. Estoy cansado. ¡Recemos para que nos den un respiro antes de que alguien más sea asesinado!

Cuando se marchó Bill, James dijo:

—¿Qué te parece si volvemos a Carsely, escribimos todo lo que hemos averiguado hasta ahora en el procesador de textos y vemos si se nos ocurre algo?

—Sí, podría echarle un vistazo a mis gatos —dijo Agatha—. ¿Podría traérmelos aquí?

—Si quieres —accedió él con reticencia—. Aunque no creo que tenga sentido seguir aquí mucho más tiempo.

Agatha recorrió con la mirada el piso que había sido su hogar durante tan breve periodo. Todos sus sueños de un romance con James se habían desvanecido. De algún modo, parecían haberse acostumbrado a vivir juntos como dos viejos solteros.

Ya de vuelta en Carsely, alimentó e hizo carantoñas a sus gatos, aunque

finalmente decidió no llevárselos a Dembley; luego fue a la casa de al lado y se sentó con James ante el procesador de textos. Pero antes de haber tecleado la primera lista de nombres, llamaron al timbre. James fue a abrir y al poco volvió acompañado de la señora Mason.

—He visto su coche en la calle —le dijo a Agatha—. ¿Cómo van las cosas?

—Muy despacio —respondió ella.

—Estoy preocupada por la pequeña Deborah —explicó la señora Mason, dejando caer su cuerpo encorsetado en una silla—. Este nuevo asesinato (lo he visto en las noticias de las seis) debe de haberle dado un susto de muerte. —Se envaró un poco—. Gracias a Dios que sir Charles la cuida. ¿Saben que anoche fue a cenar a Barfield House?

—Comentó algo al respecto —dijo Agatha—. No sabía qué debía ponerse. ¿Cómo le fue? Se me olvidó preguntarle.

—Oh, dijo que fue maravilloso y que todos los amigos de sir Charles fueron muy amables con ella. —La señora Mason se dio unas palmadas en la permanente—. Creo que muy pronto podríamos tener una lady en la familia.

—Yo no iría tan rápido —observó James distraídamente, mirando el procesador de textos. Se preguntó qué diría la señora Mason si llegaba a enterarse de que su querida sobrina había tenido un lío lésbico con Jessica.

La señora Mason reaccionó dolida:

—¿Acaso Deborah no le parece lo bastante buena?

—¿Cómo? —James se dio la vuelta—. No, no. Sólo pensaba que una invitación a una cena no implica que las cosas vayan a acabar en matrimonio.

—Pero Deborah dice que él se muestra siempre muy atento con ella. Es una chica lista; fue la primera de nuestra familia en ir a la universidad. Mi pobre hermana, Janice, lo pasó muy mal con su marido. Era mala gente. Pobrecita sobrina mía. Tan lista y tan bonita. A ver si pueden descubrir quién está cometiendo estos espantosos crímenes.

Rechazó el té que le ofrecieron y se fue. James volvió a teclear listas de nombres, uno en cada página. Luego Agatha y él empezaron a escribir todo lo que sabían de cada uno.

—¿Sabes? —dijo Agatha, que apenas pudo contener un bostezo—. Sigo pensando que cualquiera de ellos pudo hacerlo. No son una pandilla muy agradable.

—Más vale que duermas un poco.

—Y que coma algo —añadió Agatha.

—Te diré qué haremos: dado que volveremos a Dembley por la mañana, trae tu maleta. Prepararé una tortilla o cualquier cosa, y puedes dormir en la habitación de invitados.

Su mirada era amable, y Agatha sabía que estaba preocupado por ella debido a la conmoción del asesinato.

—Gracias —dijo en voz baja.



Volvió a su casa y llenó la maleta de ropa limpia, en esta ocasión sin preocuparse mucho por lo que escogía. La idea de cenar con James y dormir bajo el mismo techo en Carsely la habría hecho subir al Séptimo Cielo hacía sólo unos días. Pero aquel último crimen la había hecho afrontar las brutales realidades de la vida. Era una mujer de mediana edad con arrugas en el labio superior que debía asumir la verdad y dejar de hacer el tonto.

Por suerte, no se había dado cuenta de que James estaba empezando a disfrutar de su compañía como nunca antes lo había hecho. Mientras ella estaba en su propia casa haciendo la maleta, él puso sábanas limpias en la cama de la habitación de invitados y empezó a rebuscar en los armarios de la cocina en busca de algo para cenar. Reflexionó respecto al hecho de que tener a alguien en casa daba cierto orden a sus días, y cuando una cansada Agatha volvió a llamar a la puerta, le cogió la maleta y la subió al piso de arriba sin, por una vez, sentir que estaba hartado de ella.

Durante la cena, que consistió en una tortilla de jamón y una botella de vino blanco frío, James habló distraídamente de sus tiempos en el ejército. Cuando ella acabó de comer, subió al lavabo del piso de arriba, le preparó un baño y le dijo con amabilidad que se acostase cuando quisiera.

—Tal vez nos sonría la diosa fortuna si probamos otra vez, Agatha —dijo—. Date un baño y duerme bien, y si tienes pesadillas, despiértame.

—Gracias, James —contestó Agatha con humildad. Se puso de puntillas, le dio un beso en la mejilla y subió.

James fregó los platos silbando para sí.

—¿Eso es todo? —preguntó Gustav a sir Charles.

—Sí, gracias —repuso sir Charles, sin prestar mucha atención, desde detrás del periódico que estaba leyendo. Pero entonces, cuando Gustav salía ya del salón, bajó el periódico y añadió—: Espera un momento, una cosa más. Mi tía se ha ido a Londres, ¿no?

—Sí, yo mismo la llevé a la estación. El tren salió a la hora, para variar.

—Bien, muy bien. Quiero que mañana te tomes el día libre, Gustav.

—¿Por qué?

—¿Tienes que saberlo? Bueno, he invitado a la señorita Camden a comer y no te quiero rondando por aquí.

—Lo que significa que se la va a tirar.

—A quien me tire o deje de tirarme es asunto mío, Gustav. Límitate a dejar alguna cosa preparada para una comida sencilla y esfúmate. Y esta vez no se te ocurra intimidarla con cuarenta platos y veinte juegos de cubiertos. Pastel frío y ensalada de patatas, algo así. Una botella de vino decente. Comeremos en la cocina. Ahora, vete.

Gustav no se movió.

—Debería relacionarse con los de su clase.

—Eres un esnob insoportable.

—No lo soy. La hija de un granjero sería aceptable, incluso la de un jornalero. Y hablando de jornaleros, ¿ha despedido ya a Noakes?

—No veo por qué debería hacerlo. Le contó a la policía lo que vio. Hoy en día es difícil encontrar ayuda. No se puede hacer todo con máquinas.

—Ojalá pudiera tirarse a Deborah Camden mediante una máquina, señor. De otro modo, podría pillar algo.

—Oh, vete de una vez, desgraciado de mente sucia.

—Luego no diga que no se lo advertí —fue la última pulla de Gustav antes de salir—. Esa mujer es horripilante.

Al día siguiente, después de deshacer las maletas, James y Agatha decidieron ir a comer al Copper Kettle porque, como señaló James, ese par de cotillas, Peter y Terry, podían dejar caer algunas perlas de información.

Los dos pidieron pescado y patatas fritas, pensando que el chef del Copper Kettle sería capaz de preparar algo tan fácil, pero resultó que era el tipo de pescado rebozado y congelado a granel que servían ya preparado a ese tipo de restaurantes. Era sorprendentemente insípido, como las patatas, y ni siquiera la salsa tártara tenía sabor a nada.

—Creíamos que los demás también vendrían —comentó Peter, inclinándose sobre su mesa—. En la escuela celebran el Día del Fundador, así que tienen el día libre.

—No sabía que los institutos tuvieran fundadores —observó Agatha—. Pensaba que los fundaba el ayuntamiento.

—Bueno, pues éste lo tiene. ¿Y qué hacen hoy las clases ociosas?

James pensó con rapidez. No iba a decir: «Pues investigar este caso a ver si uno de ustedes cometió los asesinatos», así que fue esto lo que contestó:

—Pensábamos acercarnos a Stratford e intentar conseguir entradas para esta noche. Hace siglos que no veo una obra de Shakespeare.

—Oh, en ese caso podría hacerme un pequeño favor —dijo Peter—. Deborah está allí, en casa de su madre. Le había pedido prestado un hervidor, porque ella tenía uno de sobra, pero no deja de recordármelo y siempre me olvido de devolvérselo. Lo tengo aquí.

—¿Y no podría dárselo la próxima vez que la vea? —preguntó James.

—Sí, podría, querido, pero siempre me olvido. Ahora, si se lo lleva usted, pasará a ser responsabilidad suya.

—Muy bien —accedió James—. Denos la dirección de la madre.

Peter se fue y regresó con un hervidor eléctrico y un trozo de papel con la dirección de la señora Camden.

—Es una vivienda de protección oficial —explicó Peter—. En la otra punta de Stratford si vamos desde aquí. —James pasó las indicaciones a limpio.

—¿Va en serio lo de ir a Stratford? Es un vertedero espantoso —dijo Agatha cuando se subían al coche.

—Se supone que estamos investigando. Si Deborah está allí, a lo mejor puede contarnos algo más.

Mientras conducían hacia Stratford, Agatha sintió cierto alivio al advertir que ya no estaba tan obsesionada con James y que, de alguna manera, había madurado y se daba por satisfecha con su amistad.

Se acordó de una mecanógrafa llamada Fran que había contratado en el pasado en la agencia. Fran estaba colgada de un tipo y no paraba de hablar y babear, siempre diciendo lo mucho que le gustaba. Él trabajaba en otra agencia de relaciones públicas. Al final, Agatha y los demás le dijeron que estaban en el siglo xx y que nada le impedía llamarle por teléfono y proponerle una cita para tomar algo. Estuvieron insistiéndole hasta que ella descolgó el aparato y lo hizo. El chico le propuso que quedaran para tomar una copa el viernes por la tarde, al salir del trabajo.

Sus compañeros la asesoraron sobre qué debía ponerse, desde la ropa interior hasta el perfume. Le dijeron de qué podía hablar y cómo comportarse, y finalmente la enviaron a la cita del viernes.

El lunes por la mañana Agatha se pasó por la mesa de Fran y le preguntó: «¿Qué tal fue?». «No lo vi», le contestó Fran. «¡Qué! —exclamó Agatha—. ¿No se presentó?»

Recordó el pequeño suspiro resignado de Fran y su respuesta: «Llegué hasta la puerta del pub, miré dentro y allí estaba él, en la barra, esperando. Así que me di la vuelta y me marché. Mira, llevaba tanto tiempo soñando con él a todas horas que me di cuenta de que era imposible que estuviera a la altura de mis sueños y expectativas. No vivo en la realidad».

«Pero yo sí..., ahora —pensó Agatha—, y está bien así.»

Tras varios errores, encontraron por fin la dirección de la señora Camden. Era una casa adosada del Ayuntamiento. El jardín estaba descuidado, con lechos de flores escuálidas y un césped salpicado de calvas. La verja se combaba por las bisagras.

La casa tenía cierto aire de abandono, como si estuviera vacía, y casi les sorprendió oír que alguien se acercaba desde el otro lado de la puerta para contestar a su llamada. La mujer que abrió podía resultar hasta cierto punto reconocible como la madre de Deborah. Tenía el mismo aspecto blanquecino y demacrado, aunque los hombros se le habían encorvado y el único toque de color de su cuerpo residía en unas manos enrojecidas por el trabajo.

—Somos amigos de Deborah —explicó Agatha—. ¿Está aquí? Usted es la señora Camden, ¿verdad?

—Sí, pasen. Deborah no está, pero me disponía a preparar un té.

—Le hemos traído un hervidor —dijo James, enseñándoselo—, ¿se lo dejamos a usted?

—Me lo quedaré, sí. Tendría que pasarse por aquí esta tarde. —Una sonrisa

transformó la enjuta y blanquecina cara de la señora Camden—. Se morirá de ganas de contarme las noticias.

—Oh, sobre el asesinato —comentó Agatha.

La mujer les condujo al pequeño salón. En él había unas cuantas sillas desgastadas, un sofá y una mesa descascarillada. No se veían libros ni cuadros, sólo un televisor en un rincón que parpadeaba encendido. La señora Camden lo apagó.

—Pónganse cómodos —les pidió—. Traeré el té.

Agatha los presentó a ambos como el señor y la señora Lacey, experimentando el leve escalofrío habitual que sentía al mencionar el apellido. Luego James y ella se sentaron juntos en el sofá.

—Es una casa inhóspita —murmuró James.

—No parece que la mujer trabaje —susurró Agatha—. Me pregunto si Deborah le pasará algo de dinero.

El mísero salón les hizo callar. Fuera se había levantado viento. Una hoja de periódico golpeó los cristales de las ventanas, se quedó allí pegada unos instantes, mirándoles como si fuera una cara, y luego se alejó arrastrada por el viento.

La señora Camden regresó con una bandeja en la que había varias tazas de porcelana decoradas con rosas, una tetera, leche, azúcar y un platito con galletas.

Después de servir el té, Agatha dijo en un tono comprensivo:

—Debe de estar muy preocupada por su hija.

—Oh, ¿por lo de esos espantosos asesinatos? Deborah siempre ha sido fuerte. A Dios gracias. Y ahora va a convertirse en lady Fraith.

Los dos la miraron fijamente.

—¿Está segura? —preguntó James.

—Sí, hoy va a la mansión y sabe que él se lo pedirá.

—¿Está segura de que no se está imaginando cosas? —preguntó James con cautela.

—Oh, no —respondió la señora Camden con una seguridad absoluta—. Deborah siempre sabe muy bien de qué habla. Aunque, bueno, fue un duro golpe cuando nos dijo que ni yo ni Mark y Bill, sus hermanos, podríamos asistir a la boda.

Agatha la miró, desconcertada.

—¿Por qué no?

—No encajaríamos. Quiero decir que no somos de la misma clase que sir Charles.

—Tampoco lo es Deborah —señaló James.

—Pero ella se ha hecho a sí misma —repuso la señora Camden—. Estoy orgullosa de ella. Siempre fue la gran esperanza de esta familia.

—¿Usted trabaja? —preguntó Agatha.

Más tarde la consideraría una pregunta fuera de lugar, pero había algo en la figura encorvada de la señora Camden que parecía indicar muchos años de dedicación a un trabajo muy pesado.

—Hago algunos trabajillos de limpieza —explicó—. Y también de dependienta

en el supermercado los fines de semana.

—Supongo que Deborah la ayudará un poco —dijo ella.

—No puede.

—¿Por qué no? —quiso saber Agatha.

—Necesita todo su dinero para mantener la apariencia apropiada. Es asombrosa. Ya de pequeña, decía: «Mami, voy a ir a la universidad y seré maestra». Y lo hizo. Así que cuando me dijo: «Voy a casarme con sir Charles Fraith y a vivir en esa gran mansión», supe que iba en serio.

—¿Y dónde están sus hijos? —preguntó Agatha.

La mujer suspiró.

—Salieron a su padre. Los dos viven en un piso de protección oficial en Stratford y están en el paro, aunque al menos no los tengo pegados a las faldas.

—¿Y sabe dónde está su marido? —preguntó Agatha.

Ella negó con la cabeza.

—Ni quiero saberlo. Era un hombre violento. No me quejo; Deborah es mi vida entera. Déjenme que les enseñe algo. —Se levantó y salió del cuarto, y ambos la siguieron. Ella abrió una puerta—. Ésta era la habitación de Deborah. —Se hizo a un lado para que pasaran.

James y Agatha entraron pegados el uno al otro y se quedaron pasmados al contemplar la habitación. Era una especie de altar. La cama tenía una preciosa colcha y estaba cubierta de muñecas y peluches. Las paredes estaban llenas de fotografías de Deborah. Deborah de bebé, de niña, en el colegio, en la universidad. Había unas estanterías bajas con libros, los hitos de la vida de Deborah, desde chillones cuadernos infantiles coloreados hasta las obras de Marx.

El viento rugió con más fuerza y las ramas de un árbol marchito golpearon la ventana.

—Impresionante —dijo Agatha con un hilillo de voz.

Volvieron al salón, que tras el luminoso dormitorio, les sorprendió de nuevo con su aire desvencijado y su triste falta de brillo. La señora Camden volvió a sentarse con un suspiro.

—Era algo por lo que merecía la pena trabajar —dijo—. Ver que Deborah tenía lo mejor siempre.

—Al menos ahora no tendrá que trabajar tanto, ¿no? —comentó James.

—Bueno, en los tiempos que corren las chicas siempre necesitan algún extra. Tuve que echarle una mano para pagar su pequeño coche y cosas así. ¿Cómo conocieron a mi hija?

—Los dos estamos jubilados y nos hicimos miembros de los Paseantes de Dembley —le contó James—, justo después del primer asesinato.

—Es un buen ejercicio —comentó la señora Camden.

James la miró, sorprendido.

—No parece muy preocupada por el bienestar de su hija, teniendo en cuenta que

ha habido dos asesinatos.

—Sir Charles cuidará de ella —repuso la mujer tranquilamente—. Me ha dicho que lo primero que hará en cuanto se casen será librarse de ese sirviente. Gustav se llama, ¿no?

—Deborah parece muy segura de sí misma —fue lo único que se le ocurrió decir a Agatha.

—Ajá. —La misma sonrisa de antes iluminó de nuevo el rostro de la señora Camden—. Aunque yo no asista a la boda, leeré sobre ella en las revistas de sociedad. ¡Imagínese!

—A Deborah debió de afectarle mucho la muerte de Jessica Tartinck —observó James.

—¿Cómo? —La señora Camden se despertó del ensueño en que se había sumido—. Oh, aquella mujerona fornida. Deborah me contó que mangoneaba a todos. Quiero decir que parecía probable que tarde o temprano pasara algo así.

Agatha se levantó. De repente se moría de ganas de salir de allí. Nunca se había tenido por una persona especialmente susceptible, pero se vio asaltada por tal sensación de angustia y fatalidad, que deseó desesperadamente salir de aquel desvencijado salón.

—Tenemos que irnos —dijo con brusquedad.

Como si hubiera sufrido un ataque de lo mismo, James se puso en pie de un salto y sostuvo la puerta abierta para que saliera Agatha. Una vez en el coche, Agatha dijo mientras conducía:

—Busquemos un sitio tranquilo. Tengo que pensar.

Salió de Stratford y aparcó en un área de descanso, apagó el motor y contempló con rostro inexpresivo el viento que soplaba entre los árboles, a un lado de la carretera.

—¿Por qué tengo la impresión de que acabo de escapar de un manicomio? —preguntó con un hilillo de voz.

—Parece que Deborah ha sido una egoísta desde el día que nació, pero lo que me asusta es el asunto de la boda. Ahí hay algo más —añadió James—; se me acaba de ocurrir. Se guardó mucha reserva y hubo un exceso de secretismo alrededor de la muerte del padre de sir Charles. Recuerdo que alguien me dijo que antes de morir se volvió loco.

—¿Qué tipo de locura? —preguntó Agatha—. Quiero decir que hoy en día ya nadie dice «loco» a secas.

—¿Importa? Por alguna razón, sir Charles ha hecho creer a Deborah que va a casarse con ella. No creo que la idea se le haya pasado ni un instante por la cabeza.

Agatha le miró fijamente.

—Y Deborah está allí. En este mismo instante. En Barfield House.

—Conduce todo lo rápido que puedas, Agatha —dijo James—. Esto no me gusta. No me gusta en absoluto.

## OCHO



Deborah recorrió volando en su pequeño coche el camino de acceso a Barfield. Sentía el corazón ligero. Sir Charles le había dicho que le había dado el día libre a Gustav y que su tía estaba en Londres.

Él mismo abrió la puerta. Llevaba una vieja camisa sin corbata y unos vaqueros, un atuendo que puso de buen humor a Deborah, que tampoco iba muy «arreglada». Vestía una blusa de seda rosa de Marks & Spencer y una falda corta azul marino de fibra sintética, con apertura por detrás, y calzaba sandalias blancas.

A ella le pareció una buena idea comer en la cocina, que era espaciosa y moderna, mucho más animada que las salas de paneles oscuros del resto de la casa.

Mientras descorchaba una botella de vino y la escuchaba hablar sin parar de su trabajo como profesora, sir Charles la miraba con aire pensativo. Pretendía acostarse con ella después de comer, pero empezaba a preguntarse cómo reaccionaría ella. Su delgadez y su blancura todavía lo excitaban. Le gustaba su vocecilla tímida, tan distinta a las voces contundentes de las chicas con las que solía salir. Tenía un cuello delgado y de aspecto frágil. Daba la impresión de que uno podría quebrarlo casi tan fácilmente como el tallo de una flor, pensó.

—¿Alguna noticia sobre el asesinato de Jeffrey? —preguntó.

Deborah negó con la cabeza.

—Nos han interrogado varias veces a todos. Y siguen reteniendo a Alice.

—¿La corpulenta? ¿Por qué ella?

—Conocía a Jessica desde hacía siglos y mintió al respecto.

Sir Charles la miró con astucia.

—Si la policía todavía la está interrogando, ¿cómo te has enterado?

—La hermana de una profesora de la escuela trabaja en comisaría. Me lo contó ella.

—Entonces ¿crees que fue Alice?

—Podría haber sido ella, sí —confirmó Deborah—. Tiene muy mal carácter.

Mientras comían, sir Charles se preguntó cómo iba a proponerle que se acostaran en la planta de arriba. Tal vez debería sugerir que tomaran café en el salón y ponerse manos a la obra primero en el sofá.

«Me ama de verdad —pensó Deborah mientras el corazón le latía desbocado—. Lo veo en su mirada.»

—¿Puedo ir a empolvarme la nariz?

Él vio que se le presentaba una oportunidad.

—Sube a la planta de arriba y utiliza mi baño.

Él subió delante, recorrió el pasillo y abrió la puerta. Deborah echó un rápido vistazo al dormitorio. La decepcionó ver que no había una cama con columnas sino una moderna. El dormitorio, como el resto de las habitaciones de la casa, estaba oscuro porque los cristales de las ventanas con parteluz eran diminutos.

Deborah entró y cerró la puerta a sus espaldas. Sir Charles abrió de un tirón el cajón de una mesita de noche para comprobar si seguía allí el paquete de condones que había comprado, no fuera que Gustav los hubiera encontrado y se los hubiera llevado, un gesto del que era perfectamente capaz.

Oyó ruido de roces en el baño. Deborah estaba tardando mucho. El viento que soplaba fuera susurraba en un tono desolador. Sir Charles se estremeció. Su lujuria decaía por momentos. Todo empezaba a parecer una tontería. Y de repente se abrió la puerta del lavabo y ahí estaba Deborah. Sólo llevaba puesto un diminuto sujetador, un ligero y medias negras.

Sir Charles se acercó a ella y dijo con voz ronca:

—Ven a la cama, Deborah.

—¿No puedes ir más deprisa? —preguntó James.

—Voy tan deprisa como puedo —se lamentó Agatha—. Pero ese maldito tractor no se apartará y no puedo adelantarlo.

Tocó la bocina y encendió los faros. El conductor del tractor levantó dos dedos. Justo cuando Agatha empezaba a plantearse empotrarse en su parte de atrás de pura rabia, él giró hacia la verja de una granja y Agatha pasó a toda velocidad, calmando su furia con otro bocinazo de despedida.

—Pero ¿por qué iba a matar a Jeffrey? —dijo.

—Puede que tenga algo contra los excursionistas. Si está tan loco como su padre, tampoco necesita un motivo.

Agatha tomó una curva a toda velocidad y frenó con un chirrido. Una hilera de coches se amontonaba delante de ella. Se bajó del vehículo y miró hacia delante. A cierta distancia, delante de los coches, había un camión cruzado en la carretera. Un pequeño mini estaba aplastado en una zanja.

—Mierda, un accidente —dijo Agatha al volver al coche.

Golpeó con las manos el volante de pura impotencia. Luego, a la derecha, vio abierta la verja de una granja. Encendió el motor y giró el volante. El coche avanzó dando bandazos por un campo de trigo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó James—. El granjero nos matará.

—Se lo pagaré —chilló Agatha—. Barfield está por aquí. Voy en línea recta.

Dicho lo cual el coche se metió con el morro por delante en una zanja al fondo del campo. A Agatha le entraron ganas de llorar.

—¿Y qué hacemos ahora?

James estaba serio y sombrío.

—¡Pues nos bajamos y vamos a pie, como si fuéramos de excursión!

Sir Charles y Deborah yacían boca arriba, cada uno abstraído en sus propios pensamientos. Menudo error, pensaba sombríamente sir Charles. Había sido como



hacer el amor a un cadáver. Además, ella olía a algo parecido a las escalinatas-crematorio de India. En el baño, Deborah se había ungido el cuerpo con un aceite aromático que había comprado en una nueva tienda de Dembley llamada Planet Earth, especializada en aromaterapia.

Y entonces sir Charles se dio cuenta de que Deborah le estaba hablando:

—Cuando nos hayamos casado, y espero que no te moleste, Charles, cariño, me gustaría pintar de blanco todos los paneles de madera.

—¿Casado? —repitió sir Charles con voz ronca.

—Por descontado, tu tía tendrá que buscarse otro sitio donde vivir. No puede haber dos mujeres en la misma casa. Mi madre dice..., mi madre decía, vamos, que nunca sale bien. ¿No hay un asilo en algún sitio, o algo así? —preguntó Deborah recordando vagamente las novelas de Georgette Heyer.

Sir Charles sacó las piernas de la cama y empezó a vestirse con dificultad.

—Deberías darte un baño, querido —le reprendió Deborah, que se desperezó y bostezó—. Y ya de paso, prepárame uno a mí.

—Muy bien —dijo sir Charles en tono taciturno.

Luego se subió la cremallera de los pantalones, se dirigió descalzo al lavabo y abrió los grifos. A continuación se dio la vuelta y dejó escapar un chillido, sobresaltado. Deborah debía de haberse movido a la velocidad de la luz. Estaba detrás de él, cubierta con su bata.

Él se volvió y miró el agua que corría.

—Mira, Deborah —dijo—, hemos tenido una pequeña aventura, eso es todo. Nunca he dicho nada de casarnos. —Intentó reírse—. No soy de los que se casan.

—Pero ¡tienes que casarte conmigo! —Deborah pareció más sorprendida que enfadada.

—No, Deborah —replicó él con firmeza—. No voy a casarme ni contigo ni con nadie. No he dicho absolutamente nada que pudiera inducirte a pensarlo. Nunca me habría acostado contigo si hubiera imaginado que ibas a llegar a esa descabellada conclusión.

—¿Descabellada? —La voz de Deborah sonó frágil y quebradiza—. ¿Quieres decir de loca?

—Nos hemos divertido un rato, querida, dejémoslo ahí. —Se volvió de nuevo hacia la bañera—. ¿Te apetece que eche unas anticuadas sales de baño? A ver, ¿dónde las he puesto?

—¡Aquí están, «querido»!

Deborah abatió una jarra de cristal llena de sales de baño con aroma de rosas sobre la cabeza de sir Charles.

Las medias de Agatha estaban desgarradas. Se había quitado el suéter que llevaba encima de la blusa y lo había tirado porque sudaba a mares. Le había salido una

ampolla en un talón y sentía una punzada en el costado. James le había cogido de la mano mientras corrían a través de los campos de colza dorada y de lino azul, de trigo y de nabos.

—¿Estás segura de que vamos bien por aquí? —preguntó James a gritos.

—Sí —chilló ella a modo de respuesta.

Agatha era aficionada a estudiar los mapas del servicio estatal de cartografía como pasatiempo. Pero un campo empezaba a parecerse tanto al siguiente que apenas si dio crédito cuando finalmente, a cierta distancia más allá de los cultivos, vio la mole de Barfield House. Se lanzó animosamente hacia delante, olvidándose de la ampolla en el talón y la punzada en el costado. Deborah corría peligro. Ella, Agatha, la gran detective, había sido convocada para ayudarla, y eso era lo que iba a hacer.

Deborah cerró los grifos de la bañera y bajó la mirada hacia el inconsciente sir Charles Fraith, que yacía sobre el suelo de su propio lavabo. El aire olía a rosas.

Se sentó en una silla de baño y miró sombríamente hacia delante. No había servido de nada. De nada. Y aun así, su mente permanecía bastante fría y serena. Sabía cuál era el siguiente paso.

Se vistió cuidadosamente y con pulcritud, y luego fue por la casa limpiando cuanta superficie pudiera haber tocado, frotándola y puliéndola; de vez en cuando ladeaba la cabeza por si oía el ruido de un coche que se aproximara. Luego agarró a sir Charles por los tobillos y lo arrastró fuera del baño y del dormitorio; seguidamente, despacio, por el pasillo y por último, bum, bum, bum, escaleras abajo. Después lo deslizó con facilidad por el suelo pulido del vestíbulo y por el pasillo que había al fondo y, bum, bum, bajó los dos peldaños hasta la cocina.

Allí se puso a lavar; recogió y limpió los restos de la comida, mientras su mente iba organizando todo meticulosamente. Gustav le diría a la policía que ella estaba invitada, pero Deborah había sido increíblemente afortunada hasta ahora. Era la palabra de Gustav contra la suya; lo único que tenía que hacer era mantenerse fiel a su versión. Acercó a sir Charles al horno y encendió el gas. Frunció el ceño. ¿No decían que el gas del mar del Norte no iba tan bien como el antiguo gas de carbón? Tal vez se estaba preocupando demasiado. Levantó la cabeza de sir Charles y la metió en el horno, y luego miró a su alrededor. Cogió dos paños de cocina y varios trapos. Salió, cerró la puerta de la cocina a sus espaldas y metió los paños y trapos en la rendija de debajo de la puerta.

Fue al estudio de sir Charles, donde recordaba haber visto una máquina de escribir. Lo único que tenía que hacer era buscar algunos documentos que llevaran su rúbrica y falsificar la firma bajo una nota de suicidio mecanografiada, en la que también confesaría los asesinatos de Jeffrey y de Jessica. Aunque sin duda un calígrafo experto descubriría que la firma estaba falsificada. Oh, bueno, pensó con un suspiro, en ese caso tendría que dejar la nota sin firmar. Era una pena lo de los

calígrafos: sin su intromisión, hasta habría sido posible inventarse un supuesto testamento de sir Charles en que se lo dejaba todo a ella. Todo.

Por un instante, se le anegaron los ojos de lágrimas. Todos sus sueños. Todo. Se había imaginado celebrando fiestas y cócteles al aire libre en Barfield, a ella misma con un amplio sombrero de paja y saludando a los invitados, tal vez incluso pronunciando el discurso de bienvenida. Parpadeó para que le cayeran las lágrimas, se sentó a la mesa de sir Charles y empezó a teclear.

Agatha y James corrieron por el camino de entrada de Barfield House. A lo lejos, a sus espaldas, oían ulular las sirenas de los coches patrulla.

—Debe de haber pasado algo —dijo Agatha jadeando.

—Creo que lo que ha pasado somos nosotros —dedujo James—. Granjeros cabreados llamando a comisaría para denunciar a nuevos intrusos. Dios, esto empieza a parecer absurdo. —Agarró a Agatha por el brazo, obligándola a detenerse—. No podemos irrumpir en Barfield House gritando: «Sabemos que fuiste tú porque tu padre estaba loco».

—El coche de Deborah está aquí —insistió Agatha con terquedad—. Tú puedes hacer lo que quieras, pero yo voy a entrar. Diré que llamé pero nadie contestó.

Levantó la manija de la inmensa puerta y dejó escapar un suspiro de alivio cuando se abrió de par en par. James la siguió al interior del vestíbulo. Estaba empezando a pensar que la única loca allí era Agatha. ¿Cómo demonios iban a explicar su presencia en aquel lugar?

Y entonces Agatha dijo:

—Gas. Huele a gas. ¿Dónde está la cocina?

—El olor parece proceder de allí —dijo James señalando al vestíbulo y al pasillo del fondo.

Corrieron en aquella dirección e inmediatamente vieron los trapos bajo la puerta. La empujaron, apagaron el gas y abrieron las ventanas de la cocina.

—Llamaré a la policía —decidió James. Las sirenas que se acercaban resonaban en el exterior—. Ya están aquí —dijo—; saldré a avisarlos. Oh, Dios, fue Deborah desde el principio... a no ser que Gustav los haya asesinado a los dos.

Volvió sobre sus pasos para dirigirse a la puerta, pero al acercarse, oyó el ruido de una máquina de escribir procedente del estudio. Abrió la puerta de un empujón. Deborah estaba sentada mecanografiando y le daba la espalda. James se quitó el cinturón y se acercó sigilosamente hasta situarse detrás de ella; entonces lo soltó para rodearla y sujetarle los brazos a los costados.

Los gritos insultantes que salieron de la boca de Deborah quedaron sofocados por las sirenas de la policía.

Esa noche, James y Agatha estaban sentados en el piso de Sheep Street, compartiendo

una botella de vino y esperando a que Bill Wong les hiciera una visita, como había prometido. Los dos creían que era injusto que la razón de la oportuna presencia de la policía en Barfield House fuera que ambos habían sido acusados de allanamiento ilegal. Algún granjero iracundo había denunciado a dos gamberros por entrar con el coche en sus cultivos, meterlo en una zanja y luego largarse corriendo para pisotear más cultivos.

—¡Deborah! Simplemente, no lo entiendo —dijo Agatha por enésima vez—. Ah, llaman a la puerta. Debe de ser Bill.

James se levantó y fue a abrirle. Bill parecía agotado. Puesto que ya no estaba de servicio, aceptó la invitación de James a una copa de vino, y luego se volvió hacia Agatha.

—¿Cómo supiste que era Deborah?

Agatha lanzó a James una fugaz mirada de advertencia y dijo despreocupadamente:

—Intuición femenina. Pero más vale que nos lo cuentes todo, Bill.

No quería perder su prestigio admitiendo ante Bill Wong que habían pensado que el asesino era sir Charles.

Bill sacudió la cabeza con perplejidad.

—Debe de estar loca. Nos lo contó todo con su voz de niña, del tirón. Siempre se había propuesto alejarse de sus orígenes, ayudada e incitada por su amante madre. La razón por la que tuvo una aventura con Jessica no era que Deborah fuera lesbiana, sino que, quién lo diría, pensaba que Jessica era de «primera clase». Jessica había estudiado en Oxford, ya lo sabéis, así que Deborah adoptó las ideas políticas de Jessica y sus amigos como pasaporte de acceso a una clase superior. Creo que fue el fatal día en que sir Charles la invitó a tomar un té cuando algo se quebró en su interior. Ya con la primera taza de té, vio una oportunidad de convertirse en lady Fraith. «Jessica se interponía en mi camino», ha repetido una y otra vez. Le aterraba que Jessica le contara a sir Charles lo de su aventura lésbica, le aterraba que le fastidiara los planes, las oportunidades que tenía, montando una escenita. ¿Puedo tomar un poco más de vino?

James le llenó la copa. Bill dio un sorbo y prosiguió:

—Le sonrió la fortuna. Fue en coche a la finca de Barfield; ha declarado que su intención era alcanzar a Jessica antes de que ésta hiciera ningún daño. La encontró al borde de aquel campo y, cuando le explicó que le gustaba sir Charles ¡cómo se rió Jessica! Al parecer, una vez liberada de su máscara, era una esnob de clase media de las peores. Se burlaba de Deborah por su acento y por sus orígenes, y también de su ropa; le dijo que no tenía ni la más remota posibilidad y que le contaría a sir Charles que era lesbiana. Entonces Jessica empezó a pisotear el campo. Deborah vio la pala y todo se puso rojo al mismo tiempo. Corrió tras Jessica, pisando sobre sus huellas, y le golpeó la cabeza con la pala. Cuando se dio cuenta de que Jessica estaba muerta, escarbó y cavó aquella tumba superficial... Cuando uno piensa que aquellas plantas

tenían raíces, debió de requerir la fuerza de un maníaco. Luego enterró el cuerpo, limpió la pala y se fue.

—Pero ella pidió a la señora Mason que yo la ayudara —exclamó Agatha—. ¿Por qué lo haría?

Bill pareció reticente a responder.

—Esto no va a gustarte. Evidentemente, la señora Mason le había dado a Deborah la impresión de que eras una inepta aficionada que se atribuía los méritos de la policía, de manera que, al contratarte, parecería inocente y a la vez no correría el peligro de que la descubrieran.

—No volveré a hablar con la señora Mason en mi vida —decidió Agatha con rabia—. Sapo asqueroso. Además, nunca me ha caído bien.

Bill le sonrió y reanudó su relato:

—Como decía, tuvo una suerte increíble. Habían visto su coche en la carretera, lejos de Dembley, pero nadie la había visto entrar en la finca. Entonces las aguas se enturbiaron cuando sir Charles y otros mintieron sobre lo que habían estado haciendo.

—Pero ¿por qué Jeffrey? —preguntó James.

—Ah, bueno, en el pub ella había dejado caer que iba a cenar en Barfield House. Jeffrey, que estaba un poco achispado tras su enfrentamiento con Ratcliffe, la llamó justo cuando salía hacia la mansión y le pidió que pasara por su casa, aduciendo que sin duda él era una apuesta más segura que sir Charles. Deborah lo mandó a la mierda. Entonces él le dijo, maliciosamente, que estaba pensando en contarle a sir Charles lo de su lío con Jessica. Deborah nos ha explicado, todavía con su espantosa vocecilla, que no se lo tomó en serio hasta que volvió de la cena en Barfield House. Así que decidió «silenciarle». De manera que se cambió de ropa, fue al piso de Jeffrey y le propuso que se vengaran de Ratcliffe. Jeffrey y ella conducirían hasta allí, cortarían la cadena y luego volverían al piso de él para divertirse un rato. Y allí que fue Jeffrey manso como un corderito, cortó la cadena y Deborah, que mientras tanto había estado buscando por allí una piedra que le sirviera, le golpeó en la cabeza.

»De algún modo, cuando sir Charles la llamó para invitarla a aquella comida, se había convencido a sí misma de que todo estaba arreglado para su boda. Pero cuando él le dijo que no tenía la menor intención de casarse, Deborah perdió la cabeza del todo. Por eso todavía estaba escribiendo aquella falsa nota de suicidio cuando tú la encontraste, James, pese a que oía las sirenas de policía fuera. Estaba desconcertada. Toda su vida, ha explicado, había estado encaminada a ascender en sociedad. ¿Sabéis? Cuando Deborah consiguió llegar a ser profesora, para ella fue como cuando un actor gana un Oscar. Durante un tiempo, con aquello tuvo suficiente.

—Fue el padre loco el que nos llevó a Barfield House —confesó James, que tuvo que reprimir un grito cuando Agatha le dio una patada.

Agatha estaba decidida a que Bill creyera que habían descubierto que Deborah era la autora los asesinatos.

—Oh, sí, el padre de Deborah —dijo Bill para sorpresa de Agatha—. Sí,

descubrimos que está encerrado en esa prisión para locos con instintos criminales, Tadmartin. Asesinó a una mujer con la que vivía y por la que había dejado a la señora Camden.

—¿Lo sabían la señora Camden o Deborah? —preguntó James.

—Yo diría que no —contestó Bill.

—Mucha locura en todo esto —dijo James, apartando las piernas del alcance de las de Agatha—. Creo recordar que el padre de sir Charles había muerto después de volverse loco.

—No, murió borracho —dijo Bill—. Un borrachín espantoso, eso es lo que era. Es una pena que vosotros dos tengáis que ir a juicio por allanamiento y daños a las cosechas, después de lo mucho que habéis trabajado.

—Sí, me parece que lo podríais haber pasado por alto —señaló Agatha.

—Imposible —repuso Bill—. El furioso granjero no nos lo permitiría.

—¿Cómo está sir Charles? —se interesó James.

—Puede considerarse afortunado de seguir con vida —dijo Bill—. Está en el Hospital Central de Dembley, sufre una fuerte conmoción cerebral y tiene varias fisuras en las costillas. Se las hizo cuando ella lo arrastró escaleras abajo. Le golpeó en la cabeza con un frasco de sales de baño y luego lo arrastró por las escaleras hasta la cocina. Bueno, más vale que me vaya. Muchas gracias, a los dos. Al final habríamos acabado pillando a Deborah, por supuesto. No había forma de que pudiera ocultar el asesinato de sir Charles. No nos habríamos tragado la nota de suicidio ni por un instante. Pero si sir Charles está vivo, es gracias a vosotros. Supongo que ahora volveréis a Carsely, ¿no?

—Nada nos retiene aquí —dijo James—. No quiero volver a ver a ninguno de esos excursionistas en mi vida.

Pero cuando Bill se hubo marchado, Agatha dijo:

—Supongo que deberíamos comer algo, pero no me apetece salir, ¿y a ti?

Volvieron a llamar al timbre.

—¿Y ahora quién será? —se preguntó James—. Ojalá esta puerta tuviera mirilla. Si es uno de los excursionistas, se la estamparé en las narices.

Dio un paso atrás sorprendido al ver a Gustav. El sirviente entró y le entregó dos botellas de oporto añejo.

—Las mejores de la bodega —anunció—. Sir Charles acaba de recuperar la conciencia.

Gustav sonrió abiertamente a Agatha por primera vez.

—Por lo que ha dicho la policía, tengo entendido que sir Charles no estaría vivo si no fuera por ustedes dos. Les estoy vivamente agradecido.

Una complacida Agatha se olvidó de inmediato de todo el desagrado que le producía Gustav y le suplicó que tomara asiento, pero el hombre negó con la cabeza.

—Mi lugar está al lado de sir Charles. Pasen a verle mañana. Le encantaría darles las gracias en persona.

—Al final, resulta que es bastante buen tipo —comentó Agatha, todavía sorprendida, cuando Gustav se hubo marchado—. ¿Probamos ese oporto o lo reservamos para una ocasión especial?

—A mí me parece que ésta es una ocasión especial —observó James con una sonrisa—. Buscaré unas galletas y un poco de queso, y tal vez eso nos valga como cena.

En el pasado, en sus tiempos de relaciones públicas, a Agatha la habían invitado y había bebido lo que no era más que oporto añejo normal. Después de que James decantara una botella, aceptó una copa, asombrada de que su viciado paladar, educado durante años con *gintonics* y comidas de microondas, todavía pudiera apreciarlo. Entraba como la seda. También era muy embriagador y parecía desaparecer muy deprisa, así que resultó perfectamente lógico decantar la segunda botella.

Y entonces, mientras comentaban el caso, con una voz cada vez más achispada, a James le pareció increíblemente gracioso que Agatha se hubiera metido con el coche en el campo de aquel granjero. Empezó a reírse y al poco Agatha se reía también incontrolablemente, y fue entonces cuando James dejó de reírse de golpe, le cogió la cara entre las manos y la besó en los labios. Toda la pasión contenida de Agatha se alzó para buscar los labios de James, y al poco se levantaron también sus manos imparables, y no tardó en haber un rastro de ropa tirada por el suelo que llevaba hasta la cama de Agatha.

Agatha se despertó con la luz gris del alba. Los recuerdos volvieron de inmediato como una ola. Tenía la boca seca, una sed insuportable y le dolía la cabeza.

Se sentía relajada e inmensamente triste. Había cumplido su ambición, su sueño, y se había acostado con James, pero nunca había querido que fuera así, borrachos y sin saber apenas lo que hacían. Una lágrima le resbaló por la mejilla y cayó sobre la sábana. Se dio la vuelta y miró a James. Él dormía profunda y silenciosamente, y su cara parecía más joven en reposo.

Lo peor que podía hacer en ese momento, reflexionó, era darle importancia a lo que había sucedido. Era lo bastante mayor y estaba ya muy curtida para saber que a James ni se le habría ocurrido besarla de no estar muy borracho. Tendría que abordar lo sucedido con normalidad, con toda la indiferencia de que fuera capaz.

Aunque, si pudiera tocarlo y continuar haciendo el amor como la noche anterior... Pero se arriesgaba a que él la rechazara y ella no lo soportaría. Se levantó, envarada y dolorida tras tanto ejercicio sexual al que no estaba acostumbrada, fue a darse un baño y se quedó un buen rato en remojo.

Cuando por fin volvió al dormitorio, la cama estaba vacía. James asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—Voy a darme un baño, querida.

Y salió silbando. «Se lo está tomando con normalidad —pensó Agatha—, y yo debo hacer lo mismo.»

Se puso una blusa y una falda y se maquilló con cuidado, aunque su propia cara en el espejo le parecía la de una desconocida.

Fue a la cocina, preparó un café y se encendió un cigarrillo.

Los periódicos cayeron por la rendija del buzón y fue a recogerlos. «Tenemos que anular el reparto de prensa y el de leche», pensó.

James entró en la cocina mientras los leía, se inclinó y la besó en la mejilla.

—¿Algo sobre el asesinato? —preguntó.

—Sólo menciona que van a acusar a Deborah, pero poco más todavía —le dijo Agatha, que de repente se sintió cohibida, incapaz de mirarle a los ojos.

—Nos llevaremos los periódicos y desayunaremos fuera —decidió él—; luego compraremos unas uvas o algo así e iremos a visitar a Charles. ¿Crees que nos pagará?

—No había pensado en ello —dijo Agatha—. ¿Debería?

—Oh, yo creo que sí. Me refiero a que vamos a tener que pagar a ese granjero por los daños, además de una multa y los gastos de las costas judiciales. Si Fraith no se ofrece por sí mismo, le facturaré en nombre de los dos. ¿Vamos? Más vale que te pongas un suéter o una chaqueta. Hace fresco.

Agatha fue a buscar un suéter. Se alegraba de que desayunaran fuera, rodeados de más gente.

Mientras se zampaban unos huevos con beicon en el restaurante de un hotel, James miró a Agatha desde el otro lado de la mesa. Parecía más pequeña, más vulnerable y ensimismada. No buscaba su mirada. La noche anterior se habían emborrachado, era verdad, y él debía comportarse como un caballero y no mencionarlo, pero la pasión y generosidad de aquella mujer habían resultado asombrosas. Ciertamente asombrosas. ¿Quién habría imaginado que Agatha, precisamente Agatha...?

La voz de Agatha interrumpió sus pensamientos:

—¿Crees que los periódicos nos mencionarán?

—No, a no ser que la policía se lo haya contado. Asistiremos al juicio como testigos, así que nuestra intervención en el caso se conocerá entonces.

—¿Llamamos nosotros a la prensa?

Él se rió.

—Mejor no. Más vale que no nos hagamos notar mucho. Tal vez podríamos hacer carrera: Raisin y Lacey, detectives, y montar nuestra propia agencia de investigación.

La cara de Agatha se iluminó.

—¿Y por qué no?

—¿Lo dices en serio? Sólo bromeaba.

—Pues yo no veo por qué no. Formamos un buen equipo.

—Ya pensaremos en ello más adelante. Ahora, si has acabado, vamos a ver a sir



Charles.

Sir Charles estaba sentado en su cama, al fondo de un largo pabellón. Tenía la cabeza vendada y estaba muy pálido, pero al verles, esbozó una débil sonrisa.

—Me alegro de ver a mis salvadores —dijo—. ¿No es raro? Si Deborah no os hubiera llamado, seguramente estaría muerto.

—Sí, raro es, desde luego —convino James, que dejó una bolsa con uvas sobre la mesita de noche—. ¿Por qué no estás en una habitación privada?

—¿Para qué malgastar el dinero cuando llevo toda la vida pagando impuestos?

En ese momento James supo que Charles no pensaba pagarles ni un penique a no ser que se lo pidieran, así que anunció:

—Te mandaremos la factura. Lo lamento, pero será elevada. Mira, durante nuestra carrera para rescatarte, provocamos ciertos daños en los cultivos de tu vecino.

—No pasa nada —repuso sir Charles—. Mándamela. El administrador se encargará de todo.

—¿Cómo se siente? —preguntó Agatha.

—Más estúpido y bobo que otra cosa —contestó sir Charles—. Hecho polvo, a decir verdad. Gustav me avisó de que Deborah era horripilante. Podría haber estado como una cabra y yo ni me habría dado cuenta. Luego mi tía dijo que era ordinaria y eso me enervó. No me gusta el esnobismo.

—Y eso que, en cierto sentido, fueron el esnobismo y la ambición de Deborah los que la llevaron al asesinato —señaló James.

—¿Qué quieres decir? —Sir Charles miró en la bolsa, arrancó una uva del racimo y empezó a comérsela.

—Simplemente que Deborah estaba decidida a convertirse en lady Fraith y dirigir Barfield House —explicó James.

Sir Charles pareció perplejo.

—Pero ¡si es un edificio muy feo! Dista de ser una piedra preciosa arquitectónica, es poco más que una granja ampliada. Con todo, todavía me deprime más pensar que no buscaba mi magnífico cuerpo. Dios, menudo estúpido he sido. Por acostarme con ella, me refiero. Fue espantoso. Como practicar la necrofilia.

A James le vino repentinamente a la cabeza la imagen de una apasionada y sonrojada Agatha, y se ruborizó.

—Lo siento —se disculpó sir Charles malinterpretando la razón de tanto rubor—, siempre soy un poco bruto. —Se recostó y cerró los ojos.

—Que te mejores pronto —dijo James.

—Sí, lo haré —respondió sir Charles con voz débil—. En cuanto pueda levantarme me iré de vacaciones al sur de Francia.

Agatha y James recogieron sus cosas y volvieron a Carsely esa misma tarde, cada uno

a su respectiva casa. Agatha se afanó en las tareas del hogar, dio de comer a los gatos, regó el jardín y luego fue al Red Lion, intentando no pensar si James estaría allí. Pero sólo encontró a los parroquianos, que le hablaron exhibiendo el tipo de sonrisitas que dejaban bien a las claras que el hecho de que James y ella se hubieran ido juntos por ahí había sido tema de conversación esos días y que, fuera lo que fuese lo que hubiera contado la señora Bloxby sobre ellos, había caído en saco roto.

«Así que me he ganado la reputación de ser una mujer deshonrada, pero sin disfrutar en realidad de ninguno de sus placeres», pensó Agatha, y se sintió aliviada cuando salió de allí tras comer algo, volvió a casa y se dispuso a acostarse. Antes de ponerse el camisón, se miró en el espejo y vio un cuerpo desnudo que parecía retroceder de nuevo a una especie de soltería eterna, un cuerpo al que, a sus desilusionados ojos, era como si nunca le hubieran hecho el amor.

Le costó conciliar el sueño y se despertó cuando el sol ya estaba en lo alto del firmamento. El ruido del timbre tintineaba por toda la casa.

Se puso la bata, corrió a abrir y se encontró parpadeando ante la alta figura de James.

—Quiero preguntarte una cosa, Agatha —dijo con seriedad.

En ese momento, desde un coche que circulaba por la calle gritaron:

—¡Hoola!

Agatha miró más allá de James y vio bajar de un pequeño coche rojo a su antigua secretaria, Bunty.

—¡Hola! —saludó Bunty mientras se acercaba a ellos—. Estaba por la zona y se me ocurrió pasarme a saludar.

—Entrad —dijo Agatha en un tono de cansancio, dirigiéndose tanto a James como a Bunty, y los llevó al salón—. Prepararé un poco de café —dijo.

Cuando volvió con una bandeja de tazas de café, Bunty y James se estaban riendo de algo. La cara joven y fresca de Bunty resplandecía de salud.

Al instante, Agatha se sintió tan deprimida que creyó que iba a vomitar.

No podía soportar estar allí sentada viendo como James se dejaba seducir por esa joven, no podía soportar que le diera más pruebas de que lo que había vivido con él no era más que un polvo de una noche de borrachera.

—Lo siento mucho —se disculpó Agatha, dejando la bandeja del café con sumo cuidado sobre la mesa—, pero no me encuentro bien. Lo siento, Bunty, pero tengo que acostarme.

—¿Voy a buscar al médico? —preguntó James, alarmado.

—No —contestó Agatha—. Haz compañía a Bunty, ¿te importa, James?

Agatha volvió arrastrándose a su dormitorio, tiró la bata, se metió de nuevo en la cama y se tapó con el edredón hasta las orejas. Estaba tan deprimida que le dolía todo el cuerpo. No era más que una boba madurita.

Oyó con dificultad una puerta que se cerraba abajo y un coche que se alejaba. Se habían marchado. Tal vez habían ido a comer tranquilamente a un pub. A lo mejor

Bunty la invitaría a su boda.

Una mano que le zarandeaba el hombro la obligó a darse la vuelta y levantar la mirada.

—Agatha —dijo James con afabilidad—, ¿qué te pasa?

Con un gran esfuerzo, Agatha se obligó a responder:

—Nada, sólo es un dolor de cabeza, James. Si me acuesto un rato se me pasará.

—¿Te traigo una aspirina?

—No, no, me pondré bien.

Él le acarició la frente.

—Pobrecita. Te dejaré tranquila.

—¿Qué me querías decir antes? —preguntó Agatha—. ¿Lo de la factura para sir Charles?

—Oh, eso. No. —Se rió un poco—. De todos los momentos que podía elegir, no se me ocurrió otro para pedirte que te casaras conmigo, pero es mejor que, antes de que se te ocurra pensarlo siquiera, te recuperes de ese dolor de cabeza.

Se dio la vuelta para salir de la habitación.

Agatha se incorporó de golpe.

—¿Es una broma? ¿Qué has dicho de casarnos? Quiero decir ¡matrimonio!

Él se acercó de nuevo y se sentó al borde de la cama.

—Sé que seguramente te gusta tu independencia. Se me ocurrió anoche: nos llevamos muy bien, y lo cierto es que todo me parecía bastante solitario sin ti. ¡Agatha! ¿Qué estás haciendo, Agatha? —Ella había empezado a desabotonarse el camisón—. Agatha, ¿y tu dolor de cabeza?

—¿Qué dolor de cabeza? —preguntó Agatha mientras lo atraía hacia sí y lo tumbaba encima de ella.

Una hora más tarde, James dijo, como en sueños:

—No sé por qué, pero creo recordar que me dijiste que te habías separado de tu marido, pero no estabais divorciados.

Agatha sintió una gélida punzada de temor en el estómago. Todo aquello había pasado hacía tanto tiempo... Habían transcurrido más de treinta años desde la última vez que había visto a Jimmy, cuando ella lo abandonó mientras él yacía sumido en un estupor alcohólico. Era posible que a esas alturas hubiera muerto.

Se obligó a reírse.

—No, te equivocas —dijo—. Jimmy murió a causa de la bebida hace siglos.

—¿Y en qué casa viviremos? —preguntó él—. Las dos tienen el mismo tamaño.

—Mejor en la tuya, me parece —dijo Agatha, que se había olvidado rápidamente de Jimmy—. Tú eres el que tiene más cosas. Todos esos libros.

—¿Te has enterado de lo de la señora Mason?

—Ah, ésa —resopló Agatha—. Menuda caradura, mira que decirle a Deborah que

yo era una farsante. ¿Qué le pasa?

—Está desolada por lo de su sobrina. Se ha mudado a vivir con su hermana, no la señora Camden sino otra que tiene en Gales, y ha puesto la casa en venta. Parece que la Ladies Society de Carsely empezará a buscar una nueva presidenta. ¿Te interesa?

—No —contestó Agatha, hastiada—. Mis días como organizadora han acabado.

—Bueno —dijo la señora Bloxby animadamente dos días más tarde—, no saben cómo me alegro de que se casen en nuestra iglesia. Será todo un acontecimiento para el pueblo. Pero el otro día le comentaba a Alf que, no sé por qué, yo creía que sólo estaba separada de su marido, no divorciada.

Otra vez la punzada de temor en el estómago de Agatha, aunque optó por pasarla por alto.

—Jimmy lleva años muerto —dijo.

Sin embargo, luego empezó a preocuparse. ¿Esperaba el vicario ver el certificado de defunción? Tendría que averiguar qué había sido de Jimmy. Su boda estaba programada para dentro de tres meses, y James y ella iban a ver a un agente inmobiliario para poner la casa de Agatha en venta. Había progresado mucho desde los tiempos en que trabajaba de camarera para mantener a un marido alcohólico y cada vez más violento. El salón de la vicaría era un lugar tranquilo y silencioso, con las paredes cubiertas de sombras proyectadas por las hojas salpicadas por el sol en el viejo jardín exterior. Carsely era de otro mundo. Se negaba a pensar en Jimmy. Se casaría con James y nadie iba a impedirselo.

Bill Wong se presentó esa noche, justo cuando Agatha estaba preparándose para salir a cenar con James.

—He visto el anuncio de tu boda en el periódico local —dijo Bill—. Felicidades. ¿Ya te has divorciado?

—No me hace falta —le espetó Agatha—. Mi marido está muerto.

—Agatha, estoy bastante seguro de que me contaste que lo habías dejado hacía años y que no sabías si estaba vivo o muerto.

—Que seas policía no significa que tengas una memoria prodigiosa —repuso Agatha—. Estás invitado a la boda, por descontado.

Bill se inclinó hacia delante y con expresión muy seria dijo:

—Agatha, soy tu amigo, te conozco bien y sé lo que sientes por James Lacey. Sigue mi consejo: ve a una agencia de detectives y que busquen a tu marido y averigüen dónde está.

—¿Estás sordo o qué? —gritó Agatha—. Ya te lo he dicho: está muerto. Voy a casarme con James Lacey ¡y mataré a quien intente impedírmelo!

A la mañana siguiente, Roy Silver se acercó a charlar con Bunty.

—¿No tienes trabajo? —preguntó Bunty.

—Un montón —dijo Roy alegremente—. Pero pocas ganas de ponerme.

—Este fin de semana fui a ver a tu amiga, Agatha Raisin —dijo Bunty.

—¿Cómo está la vieja bruja?

—No se encontraba muy bien. Pero su prometido me hizo compañía —explicó Bunty.

—Su... ¿qué? Anoche la llamé por teléfono y no me comentó nada de ningún compromiso.

—Pues es un hecho. Un tal James Lacey, bastante guapo, hay que reconocerlo. Salía ayer en el periódico local; mi madre me telefoneó para darme la noticia.

—Vaya, vaya —dijo Roy pensativamente, y corrió a su despacho.

Se sentó a su mesa y se quedó mirando fijamente al vacío. Había llamado a Agatha apremiado por el señor Wilson, su jefe, que la quería de vuelta en la agencia. Ella se había mostrado seca y desdeñosa, y le había dicho que no volviera a llamarla, que estaba harta de sus halagos forzados de sabandija y otras cosas aún más desagradables si cabe.

Roy se acordó de cuando trabajaba para la agencia de relaciones públicas de la propia Agatha. Una vez, tomando una copa, ella le contó que había dejado a su marido y que no tenía ni idea de dónde estaba. Claro que eso había sucedido hacía mucho tiempo; era posible que Agatha se hubiera enterado del fallecimiento de su marido o bien que se hubiera divorciado de él. Pese a todo...

Qué bonito sería devolvérsela a Agatha si por casualidad ella le hubiera mentado a James y tuviera intención de convertirse en bígama. No haría ningún daño a nadie averiguándolo. Cogió las Páginas Amarillas y recorrió con el pulgar una lista de agencias de detectives.

Los Paseantes de Dembley caminaban dando pasos cansinos por el campo.

—¿Sabéis? He estado pensando —dijo Kelvin—. Esos Lacey eran una pareja rara; creo que trabajaban para la policía.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Mary Trapp.

—Fue muy raro que aparecieran poco después del asesinato de Jessica, y luego, cuando detuvieron a Deborah, desaparecieron.

—Yo también lo había pensado —comentó Alice—. Y os diré otra cosa: el piso en el que se instalaron en Sheep Street era propiedad de sir Charles.

—Pues yo podría haberos dicho desde el primer día que no eran como nosotros —dijo Peter.

—¿Y por qué no lo hiciste? —se burló Kelvin.

Antes de que Peter tuviera tiempo de replicar, apareció un guardabosque y les

dijo, en términos que no se prestaban a la menor duda, que si deambulaban por allí podían molestar a las crías de faisán. Con alegría, todos se juntaron para enfrentarse al desafío. Los faisanes eran para los ricos, la tierra pertenecía a todos; cuando llegara la revolución, los lacayos como él colgarían de la farola más cercana; y los misteriosos Lacey cayeron en el olvido.

## **El primer caso de Agatha**

# I



Agatha Raisin había llegado a Mayfair. Tenía veintiséis años y durante los seis meses anteriores había trabajado como secretaria de Jill Butterfrick, directora de Butterfrick Personal Relations. Las oficinas se encontraban en South Audley Street, el salario no era para echar cohetes y las horas, muchas. Pero la ambiciosa Agatha ansiaba poner tierra de por medio entre ella y un pasado desdichado, huir del barrio pobre de Birmingham donde se había criado, zafarse de unos padres borrachos y dejar atrás su desastroso matrimonio con Jimmy Raisin.

A veces pensaba que tendría que haberse divorciado de Jimmy, pero fue aplazando la decisión hasta que dio por sentado que, igual que sus padres, había muerto alcoholizado. Agatha sólo podía costearse un piso de una habitación en Acton, pero elegía con esmero ropa de diseñador en tiendas de segunda mano y hacía cuanto podía para borrar todo rastro de su acento de Birmingham. Aparte de sus ojos, pequeños y redondos como los de un oso, era una mujer resultona, atractiva. Esbelta, tenía unas piernas muy largas y un lustroso cabello castaño cortado al estilo paje.

Jill era un mal bicho y con frecuencia la obligaba a quedarse trabajando hasta tarde en la oficina, aun cuando no hubiera motivo para ello. Agatha no tardó en percatarse de que casi todos los clientes eran «amigos de papá» y supuso que, de no ser por eso, la ineficiente Jill probablemente no tendría ninguno. Las empleadas encargadas de las relaciones públicas eran lánguidas jovencitas pijas y casaderas que no parecían hacer gran cosa. Todo el pesado trabajo de oficina recaía en Agatha, y sólo soportaba esa situación por una razón: quería embeberse de Mayfair. Estaba convencida de que pronto progresaría y, se decía con cinismo, necesitarían como mínimo tres empleados para sustituirla.

Previamente había intentado conseguir un empleo en otra agencia de relaciones públicas, una con mayor renombre. Agatha creía que había salido bastante bien parada de la entrevista y el director le había dicho que ya la avisarían. Sin embargo, mientras salía del despacho, llamó a su secretaria, y Agatha, simulando repasar su maquillaje, no pudo evitar detenerse unos instantes junto a la mesa de la joven. Para su espanto, le oyó decir: «Ésta no nos servirá. Demasiado dura. No es lo bastante fina para nosotros. Dale un par de días y envíale una carta de rechazo». Salió pitando de allí, con la cara enrojecida por la humillación. En su fuero interno se enfrentaban dos Agathas: una temblorosa, dispuesta a renunciar a sus ambiciones, y otra que bramaba: «¡Un día volveré!».

No obstante, la vida de Agatha estaba a punto de cambiar.

Una mañana Jill la llamó y Agatha esperó educadamente que le diera instrucciones mientras una vocecita interior le decía: «¿Y ahora qué quieres, zorra con cara de pecado?». Jill tenía una larga cara caballuna y dientes muy grandes. Su cabello rubio, cuidadosamente teñido, le caía alrededor de la cara, a la última moda, como si quisiera tener la pinta de acabar de levantarse de la cama.



—Tenemos un problema —señaló Jill—. ¿Has oído hablar del banquero de inversiones, sir Bryce Teller?

—He leído algo sobre él —contestó Agatha—. Según la prensa, lo van a detener por el asesinato de su esposa.

—Sí, bueno, pues es amigo de papá y demás. Quiere que nos encarguemos de lidiar con la prensa, pero yo tengo que velar por la reputación de esta agencia. Pásate por allí, estas cosas mejor decírlas en persona, y explícale que, dadas las circunstancias, no podemos representarle. Pero que le deseamos lo mejor y tal y cual. Vive en Wigmore Street, así que puedes acercarte en un pispás. Aquí tienes la dirección.

Con el corazón latiéndole desbocado, Agatha salió del despacho de Jill. De camino a la calle agarró una pila de periódicos matutinos y cogió diez libras de la caja para gastos.

—¿Eso está permitido? —preguntó una de las chicas, Samantha, arrastrando las palabras.

—Si no lo estuviera, no lo haría —repuso Agatha, y salió pitando.

Era un soleado día de julio. Agatha encontró una cafetería con una mesa en la acera y pidió un sándwich y un café. Cuando se acabó el sándwich, encendió un cigarrillo, abrió los periódicos y empezó a leer todo lo que pudo sobre el crimen. Los hechos estaban claros. Alguien aseguraba haber oído a sir Bryce gritando a su mujer. A la mañana siguiente, habían encontrado a la mujer estrangulada con un alambre cortaquesos, que Bertha Jones, el ama de llaves, afirmó que había desaparecido de la cocina. Esa noche Bertha Jones no se encontraba en la casa, tenía permiso para visitar a su hermana en Dorset, mientras que su ayuda de cámara, Harry Bliss, había ido al teatro y al volver a casa se había ido directamente a la cama. Pero un tal doctor Williamson, que vivía y tenía consulta en la casa contigua, declaró que, como era una noche cálida, tenía las ventanas abiertas y había oído a sir Bryce gritar a su esposa que la mataría.

Sir Bryce hacía muchas obras de caridad, razón por la cual mantenía relaciones con la agencia, que se ocupaba de dar publicidad a los bailes y fiestas que organizaba para recaudar fondos. En el periódico había una fotografía de sir Bryce y su mujer, Nigella. Una esposa florero, pensó Agatha con cinismo. A sus cincuenta y nueve años, sir Bryce se había casado en segundas nupcias con aquella joven rubia y esbelta a la que doblaba la edad. La primera esposa había muerto de cáncer. Agatha examinó la fotografía de sir Bryce: tenía el cabello plateado y una expresión inteligente.

Emitió un leve suspiro y optó por dejar los periódicos. Empezaba a hacer calor y no quería cargar con ellos hasta Wigmore Street. Mientras avanzaba a largas zancadas con sus sandalias de tacón alto, vestida con un traje de seda salvaje de color verde apagado que había comprado en una tienda de beneficencia, de repente sintió deseos de no ser tan ambiciosa. Su preparación como secretaria era excelente, así que ¿por qué no buscar un despacho más agradable? Pero Agatha se aferraba a dos sueños.

Uno era trabajar en Mayfair; el otro, comprarse un día un *cottage*, una de esas encantadoras casas rurales en los Cotswolds. Había visitado la zona de niña, en una acampada con sus padres. Ellos se habían emborrachado de puro aburrimiento y lamentaron no haber ido a una colonia de vacaciones, como siempre hacían, pero a la pequeña Agatha le habían fascinado la belleza y la tranquilidad que allí se respiraba.

Había llegado a Wigmore Street casi sin darse cuenta, y tuvo ganas de regresar a la oficina, mentir y decir que sir Bryce no estaba en casa. El sol centelleaba sobre las placas metálicas de médicos y especialistas. Agatha se preguntó por qué un banquero de inversiones tan rico como él habría decidido vivir en esta zona. Sin duda, Regents Park, Hampstead o Mayfair habrían estado más a tono con su clase. Llegó frente a una mansión eduardiana. La calle era tranquila, tanto, que costaba creer que se encontrara tan cerca de la comercial, ruidosa y bulliciosa Oxford Street.

Agatha llamó al timbre de metal y esperó, deseando —sin ningún motivo que lo justificara— que nadie respondiera. Le abrió la puerta un hombre vestido con un traje negro y una discreta corbata. El pelo rubio le raleaba y tenía cara de boxeador. «Debe de ser Harry Bliss, el ayuda de cámara», pensó Agatha.

—Me envía la agencia de Jill Butterfrick, he de ver a sir Bryce —se presentó Agatha.

El hombre se hizo a un lado para franquearle el paso. La primera impresión que le causó la mansión fue la de un lugar claustrofóbico: el vestíbulo cuadrado estaba cubierto de gruesas alfombras y las persianas de las altas ventanas impedían la entrada de la luz del sol. Bliss la acompañó a la planta de arriba, hasta llegar a un salón alargado con ventanas delante y detrás.

—Una chica de la agencia de relaciones públicas —anunció Bliss.

Un hombre que estaba sentado a una mesa junto a la ventana más alejada se dio la vuelta para mirarla. Parecía mucho mayor, más ajado que en las fotografías.

—Siéntese —ordenó.

Agatha se sentó en el borde de un sillón demasiado mullido para su gusto. Los demás sillones y el sofá también eran muy gruesos y tenían un aspecto curioso. Las persianas estaban bajadas, enmarcadas por unas cortinas ribeteadas con seda y recargadas de brocados. Vio una chimenea victoriana en una de las paredes y, encima, un espejo estilo Imperio con un marco dorado. Unos cuencos con flores frescas decoraban las mesitas auxiliares. La pared de enfrente de la chimenea estaba forrada de libros.

El hombre vestía un traje a medida de buen corte, camisa blanca y corbata de seda. Tomó asiento en otro sillón frente a ella.

—Y bien ¿cómo se llama? —preguntó.

—Agatha Raisin.

—¿Y es...?

—La secretaria de Jill Butterfrick.

—¿La ha mandado para decirme que su preciosa agencia no me representará?

Agatha tragó saliva.

—Bueno, esto... sí.

—¿Le apetece un café?

—Sí, por favor.

Agatha se fijó en un gran cenicero de cristal que había en una mesa, a su lado, y de repente le entraron ganas de fumar. Ambos se estudiaron el uno al otro. «Podría estar delante de un asesino —pensó Agatha—, aunque parece una persona muy amable y normal.» Fue entonces cuando la intuición, de la que tanto partido sacaría en el futuro, chispeó en su cerebro. Por alguna razón, se convenció de que Bryce Teller era inocente.

—Esto me revienta —estalló Agatha, que lo miró y esbozó una sonrisa—. ¿Sabe qué? Hasta aquí he llegado. Acabo de despedirme. Voy a volver a la oficina, renuncio al puesto. ¡Punto y final!

Sir Bryce tocó la campanilla. Cuando apareció Bliss, pidió café y le indicó a Agatha:

—Puede fumar si lo desea. —Aguardó a que ella encendiera un cigarrillo y añadió—: Hábleme de usted.

Agatha estuvo a punto de ofrecerle una versión ficticia de una infancia feliz en los Cotswolds con unos padres afectuosos, pero algo en aquellos astutos ojos negros que la escrutaban se lo impidió. Así que le contó la verdad, con pelos y señales.

—¿Y por qué trabajaba para Jill? —quiso saber él.

—Quería aprender cómo funciona el negocio de las relaciones públicas —explicó Agatha—. Creo que podría hacerlo muy bien. Jill no tiene ni idea; me utiliza para el papeleo y de chica de los recados mientras ella se dedica a recibir a los periodistas. Llevo un archivo privado de todos ellos; conozco sus debilidades, sé cómo presionarles.

—Es usted una dama de cuidado. Ah, aquí está el café. ¿Cómo lo toma?

—Solo, por favor —dijo Agatha.

Cuando Bliss hubo salido, él preguntó:

—¿Y cómo enfocaría usted este asunto?

—Jerry Rothmore, del *Sketch*, es su mayor crítico —señaló Agatha—. Y casualmente, sé que engaña a su mujer. Un día que comimos con él, Jill fue a empolvase la nariz, y Rothmore se comportó como si yo no existiera; llamó a una mujer, una tal Cynthia y se puso a hablar de sexo. Su mujer se llama Beryl; lo comprobé. Empezaría por él. Ojalá fuera su representante. No tardaría en quitarle los buitres de la chepa.

Bryce miró la expresión combativa que asomó en la cara de Agatha y sonrió. Tocó la campanilla de nuevo y, cuando entró Bliss, le indicó:

—Avisa a George, que venga lo antes posible. —Una vez Bliss se hubo marchado, se volvió hacia Agatha—. George es mi administrador. ¿Conoce South Molton Street?

—Sí —dijo Agatha.

—Tengo una propiedad en esa calle que estaba a punto de vender, una oficina encima de las tiendas. Puede instalar allí su agencia de relaciones públicas y representarme. La financiaré para que contrate personal e invierta en publicidad. Si no es eficiente, la echaré. ¿Está dispuesta a asumir el reto?

—¡Oh, claro! —contestó Agatha, aunque apenas daba crédito a lo que oía—. Pero hay una cosa: si voy a llevar su imagen, tengo que saber qué piensa del asesinato de su mujer.

—Por descontado. ¿Me ofrece un cigarrillo? Se supone que no debo fumar.

Agatha se levantó, le dio un cigarrillo de su paquete y se lo encendió con manos temblorosas.

—Sí, tuve una riña con mi esposa. Las ventanas estaban abiertas y ese médico entrometido que vive al lado lo oyó todo. Yo había estado revisando las cuentas y había descubierto que ella había comprado cosas carísimas como un reloj Rolex Oyster, pero fue incapaz de enseñármelo. Yo tenía el convencimiento de que le estaba comprando regalos a un amante. Me arrepentía de haberme casado con ella, pero no tenía la menor intención de acabar en los tribunales y tener que darle hasta el último penique. Ella salió corriendo del salón después de que yo amenazara con matarla y le dijera que iba a dejar de pasarle la asignación mensual. Sí, francamente, resulta inculpador. Me fui a la cama y no oí nada más.

»Al levantarme por la mañana, entré en esta habitación y casi tropecé con su cadáver. Yacía junto a la chimenea, con una especie de collar de garrote vil alrededor del cuello. El artilugio tenía unas empuñaduras de madera en los extremos. Es uno de esos chismes con los que cortan el queso. La policía sólo tiene pruebas circunstanciales, pero la declaración del vecino es claramente incriminatoria. Peor aún, me encanta el queso y aquella noche había utilizado ese artilugio para cortar un pedazo. Mis huellas estaban en la empuñadura. Además, no había indicios de que alguien hubiera entrado por la fuerza en la casa. Les conté que tenía por costumbre servirme una loncha de queso de vez en cuando, por lo que parecía razonable que mis huellas estuvieran en la empuñadura puesto que el asesino llevaría guantes, pero ellos dijeron que, en ese caso, mis huellas estarían más borrosas. Así que el asunto tiene mala pinta.

—Efectivamente, la tiene —convino Agatha—. ¿Por qué no le han detenido? —Tengo un buen abogado y amigos poderosos, pero cualquier día lo harán.

—Es raro —observó Agatha.

—¿El qué?

—Que no oyera nada. Su esposa tuvo que ofrecer resistencia, hacer ruido al ser atacada y estrangulada, y usted tendría que haberla oído gritar e incluso patear contra el suelo. ¿Toma píldoras para dormir?

—Sí.

—¿Se lo contó a la policía?

—No. No me lo preguntaron.

—Oh, sir, ¿de verdad?

—Llámame Bryce.

El timbre llevaba un rato sonando.

—No le hagas caso —dijo Bryce—. La prensa se reúne para repartir su ración de acoso del día.

Agatha pensó con rapidez.

—Será mejor que empiece hablando con ellos. ¿Dispones de una sala donde pueda congregarlos a todos con un montón de bebida?

—Hay una en la planta de abajo, a un lado del vestíbulo. Pero...

—¿Tienes la receta de esas pastillas para dormir?

—Sí, en mi mesa.

—Dámela y déjame los buitres a mí. Aguarda un momento. El ama de llaves estaba fuera. ¿Por qué no oyó nada Bliss?

—Duerme en la planta superior y tiene un ruidoso ventilador encendido toda la noche, por el calor.

Media hora después, siete reporteros que sostenían diversas copas de licor vieron a Agatha entrar en la sala con paso firme. Sintió que perdía todo su coraje. Parecía incapaz de encontrar la voz. Miró a los periodistas, y ellos la miraron a ella.

—¿Eres la sirvienta? —preguntó uno.

La repentina sensación de humillación la ayudó a recuperar la voz. La sirvienta, claro. Ya verían éstos.

—Tengo noticias para ustedes —empezó Agatha—. Represento a sir Bryce Teller; soy la directora de la Agencia de Relaciones Públicas Agatha Raisin. La noche del asesinato, sir Bryce había tomado una fuerte dosis de barbitúricos, y por eso no oyó nada. Su médico es el doctor Giles Friend, y tiene consulta en esta misma calle, a tres puertas de aquí. Pueden comprobarlo. Aquí está la recta; examínenla y devuélvanmela. Bien, si desean obtener alguna información más por mi parte, tendrán que jugar limpio y dejar de crucificar a mi cliente.

—¿Cómo podemos ponernos en contacto con usted? —preguntó el periodista del *Daily Mail*.

Mientras Agatha vacilaba, la puerta se abrió y entró Bliss, que le entregó una caja de tarjetas de visita. Agatha las miró fijamente, encantada. ¿Cómo habían podido imprimirlas tan deprisa? Al fijarse, vio que parecían de las baratas, de esas que puede hacerse uno mismo en una máquina en las tiendas de Oxford Street. Las repartió entre los presentes.

—Esto será todo por hoy. Salvo para el señor Rothmore: déjeme que le diga algo en confianza, a solas.

Cuando los demás hubieron salido, Jerry dijo:

—¿De qué se trata?

—Estoy convencida de que no quiere que su esposa se entere de lo de Cynthia — dijo Agatha.

Él la miró fijamente, pasmado.

—¡No se atrevería!

—Escriba algo agradable y no lo haré. De otro modo, puede estar seguro de que hablaré. Y ahora, ¡lárguese!

Cuando Agatha volvió a la sala de estar, George South, el administrador de sir Bryce, estaba esperándola. Le pidió que lo acompañara a su oficina en Hynde Street, cerca de allí, para firmar todo el papeleo necesario. Era un hombre agradable y amistoso, casi calvo, e iba impecablemente vestido.

Agatha sintió que se le hacía un nudo en el estómago de puro miedo. ¿Cómo iba ella, a su tierna edad, a dirigir su propia agencia? Un moscardón azul zumbaba atrapado contra la ventana, buscando una vía de escape. Agatha lo compadeció; se sentía tan atrapada como él.

Una vez cumplimentado el papeleo, Agatha se moría de ganas de huir y obsequiarse con un *gin-tonic* y un cigarrillo, pero aún debía ir a ver la oficina y recoger las llaves. Su nuevo reino se encontraba encima de una joyería y tenía cinco habitaciones, que George recorrió con paso rápido mientras tomaba notas.

—Necesitaré mesas, ordenadores y material de oficina, cosas así. Pero no debe preocuparse por ello, déjelo en mis manos.

Cuando por fin se fue, Agatha cerró, volvió caminando a South Audley Street y empezó a recoger su archivo sobre la prensa y sus demás pertenencias.

—Pero ¿qué estás haciendo? —gritó Jill.

—Me largo de tu campamento de trabajos forzados —contestó Agatha.

—¡No puedes!

—Si ni siquiera me has hecho contrato —replicó Agatha—. Dijiste: «Si no estás a la altura, puedo despedirte cuando quiera». Así que, a ver si te enteras, cara de caballo, ¡soy yo la que te despide a ti!

Bryce estaba empezando a arrepentirse del impulso que lo había llevado a montar el negocio a Agatha. Pero hasta esa fecha, su olfato nunca le había engañado. A la mañana siguiente, pidió ver todos los periódicos y una sonrisa se dibujó en su cara. Todos informaban de que había tomado unas pastillas muy fuertes para dormir. La sorpresa se la dio el *Sketch*, en el que Jerry escribía un reportaje un tanto excesivo sobre sus obras de caridad e incluso afirmaba que había llegado el momento de que la policía empezara a abrir nuevas vías de investigación.

Agatha Raisin recorría arriba y abajo su nueva oficina de South Molton Street, casi mareada por la euforia. George South volvió a llamar para informarle de que tenía una cuenta bancaria a su disposición y que le habían dado una tarjeta de crédito. El administrador incluso contrató a una secretaria llamada Freda Demmer, una mujer de mediana edad, tranquila y educada.

—Pon anuncios en todos los periódicos solicitando especialistas en relaciones públicas. Para empezar necesitaré dos, y un chico de los recados. Me han indicado que pague bien.

—Sí, señorita Raisin.

—Puedes llamarme Agatha. Bien, ¿cuál es el siguiente paso? Esto es obra de víboras y cabrones. Si pudiera descubrir quién asesinó a su esposa... Ponme con sir Bryce Teller.

Éste respondió la llamada y Agatha interrumpió bruscamente sus muestras de agradecimiento.

—Cuando tu difunta esposa salía por las noches, ¿cómo lo hacía? ¿En taxi?

—No, utilizábamos un servicio de limusinas, Mayfair Limos. El chófer habitual se llama Peter Black. Si quieres ir a verlo, su garaje está en Clarees Mews. ¿Qué es lo que buscas exactamente?

—Quiero averiguar adónde fue. ¿Podría hablar también con tu ama de llaves?

—Ha dejado el empleo.

—Vaya. ¿Dónde vive?

—Espera un momento, buscaré su dirección. —Agatha aguardó con impaciencia. Finalmente, Bryce reapareció al otro lado de la línea—. Aquí la tengo. Bertha Jones, 201A de Mill Hill, East High Street.

«Tengo que dejar de ponerme tacones», pensó Agatha, mientras caminaba por High Street una hora más tarde, al notar que se le empezaban a hinchar los tobillos con aquel calor. Encontró la dirección del ama de llaves, un sótano bajo una casa de apuestas.

—¿Bertha Jones? —preguntó a la mujer regordeta y de pelo gris que le abrió la puerta.

—No hablo con la prensa —respondió ella, y se dispuso a cerrar.

Agatha metió el pie en la rendija para impedirselo.

—No soy de la prensa, represento a sir Bryce Teller. ¿No le da vergüenza? —gritó.

—No tengo nada de qué avergonzarme.

—Ya lo creo que sí. De abandonar a su jefe cuando él más la necesita.

La puerta se abrió del todo de nuevo.

—Fue Bert, mi marido —explicó Bertha—. Él me dijo que me fuera. «Tú serás la

siguiente», repetía.

—Bueno, pues se equivocaba. Si echa un vistazo a los periódicos de esta mañana, verá que sir Bryce había tomado pastillas para dormir, por eso no oyó nada.

—Será mejor que pase. Estoy demasiado conmocionada.

Agatha la siguió hasta un cuarto de estar húmedo y fresco, como si el verano no hubiera llegado hasta allí. Estaba limpio y bien amueblado.

—Lo que de verdad quiero saber —dijo Agatha— es cómo era lady Teller.

—No me gusta hablar de mis patronos —repuso Bertha en un tono cursi.

—Ya no son sus patronos, y usted ha herido al pobre sir Bryce al abandonarle de ese modo. Vamos. Cuéntemelo. Con pelos y señales.

—Siéntese —indicó Bertha, y se dejó caer en un sillón—. Esa mujer era una zorra y punto. Tiraba su ropa sucia al suelo para que yo tuviera que recogerla y lavarla, y nunca me regaló nada por Navidades, salvo insultos.

—¿Sabe si tenía alguna aventura?

—No lo sé. Pero salía mucho sola y no volvía hasta bien entrada la madrugada. Ha conseguido que me avergüence; ojalá no me hubiera ido.

—¿Quiere recuperar su empleo?

—Me gustaría. Le conté a sir Bryce que Bert me había obligado a dejarlo; nunca se lo perdonaré.

—¿Tiene teléfono?

—Junto a la ventana.

Agatha llamó a Bryce.

—Voy a mandarte a tu ama de llaves —le dijo.

—Vaya, no pienso contratarla de nuevo.

—Sí, vas a hacerlo —repuso Agatha—. Necesito tener algo que contarle a la prensa. Ama de llaves avergonzada retorna con el mejor jefe que ha tenido. «Estoy muy avergonzada», declaró ayer.

—Ah, bueno.

Agatha colgó y se volvió hacia Bertha.

—Recoja sus cosas. Hace demasiado calor, de modo que no pienso volver a subirme al metro para ir King's Cross. Cogeremos un taxi.

Tras dejar a Bertha y pedir que le trajeran algo de Selfridges, Agatha regresó a la oficina y empezó a llamar a todos los periódicos para informarles del regreso de Bertha, acabando la conversación con «“La señora Teller era una zorra”, dijo con un gimoteo».

—Bien, y ahora al garaje. Vete a casa, Freda.

—Si quieres, me quedo un poco más.

—No, nos veremos por la mañana. Pareces cansada. —Agatha abrió la caja de efectivo y sacó unos billetes—. Toma. Hace demasiado calor para ir en metro. Coge



un taxi.

Sin prestar atención a las muestras de agradecimiento, Agatha se despidió y bajó.

En el garaje le sonrió la suerte: Peter Black acababa de terminar un servicio. Su primera reacción fue soltarle bruscamente a Agatha que nunca hablaba de sus clientes, hasta que a ella se le cayó el bolso y dejó al descubierto un fajo de billetes.

—Vayamos a tomar algo —propuso ella—. ¿Qué le parece el Ritz?

Peter Black era alto y desgarbado, de cara astuta y tupido cabello castaño. Nunca llegaría a imaginar el valor que tuvo que reunir Agatha para entrar en el bar del Ritz sin delatar la menor aprensión. Él pidió whisky y soda, Agatha un *gin-tonic*, y luego se sentaron a una mesita.

—Le pagaré por la información —dijo—. Represento a sir Bryce Teller. Y bien, ¿adónde iba lady Teller?

—Al Pink Lady.

—¿Qué es eso?

—Un club que hay en Charlotte Street.

Agatha pensó con rapidez. El color rosa era uno de los favoritos de los homosexuales.

—¿No será por casualidad un club de lesbianas?

—Sí. ¿Va a darme el dinero o no?

—Todavía no. ¿Fue allí la noche que la asesinaron?

—Sí. Yo la acerqué, pero no me llamó para que pasara a recogerla, ¿entiende? Debió de pillar un taxi.

—Bien, supongamos que era lesbiana. ¿La vio alguna vez con una mujer?

—No. Ella me pedía que la llevara hasta allí en la limo, pero nunca que pasara a recogerla. Creo que le iba todo. Una noche iba borracha y se me insinuó, aunque yo no piqué. Me cae bien sir Bryce Teller. Es un auténtico caballero; lo siento por él. ¿Y el dinero?

—Un minuto más. ¿La policía lo ha interrogado?

—No.

Agatha le entregó un fajo de billetes y le despidió. Luego miró a su alrededor, pasmada. Ahí estaba ella, ¡en el Ritz! Ver para creer. Se dio cuenta de que un hombre alto y apuesto le sonreía desde la mesa de al lado. Medía poco más de uno ochenta, tenía una densa mata de pelo rubio y unos ojos de un azul intenso. Le devolvió la sonrisa con cautela.

Él se acercó a su mesa y se sentó.

—¿Qué hace sola una chica preciosa como usted? —preguntó.

—Soy una ejecutiva de relaciones públicas —respondió Agatha con orgullo—. Acabo de terminar unos asuntos de trabajo.

—Mi nombre es Colin Fitzwilliam. Hola.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó Agatha, sintiéndose como si hubiera atravesado el espejo para entrar en este extraño mundo en el que resultaba natural charlar en el Ritz con un hombre guapo con acento de haber estudiado en la elitista Eton.

—Soy miembro de la Guardia Real. De permiso. Oiga, ¿por qué no nos vemos más tarde? Podemos tomar una copa y charlar. Me apetece salir esta noche.

—Muy bien —aceptó Agatha con cautela—. ¿Dónde?

—¿Qué le parece en el Jules Bar de Jeremyn Street, a las ocho?

Agatha sonrió.

—De acuerdo, nos vemos allí.

Lo contempló como en sueños mientras se alejaba, y vio cómo un botones se le acercaba y le decía algo. Él pareció sobresaltarse, se volvió a mirar a Agatha y entonces salió apresuradamente.

Cuando volvió a la oficina, Freda seguía allí.

—¿Por qué no te has ido a casa?

—Me he quedado a esperarte; justo cuando salías llegó ese paquete. Es una entrega de Selfridges. Además, habías dicho algo respecto a una conferencia de prensa mañana y me preguntaba si querías que te acompañara.

—Sí. Muy bien. Y ahora vete ya, mujer.

Al quedarse sola, Agatha desenvolvió el voluminoso paquete. Contenía un colchón hinchable, un edredón, almohadas y ropa de cama. Lo llevó todo a una pequeña habitación al fondo de la oficina, donde había colocado todas sus pertenencias de Acton. A Agatha nunca se le había pasado por la cabeza que Bryce y su gestor esperasen que ella derrochase los fondos que habían puesto a su disposición y que eso incluyera un piso en el centro de Londres. Hinchó el colchón e hizo la cama. Le resultaba difícil cortar con sus austeros hábitos.

Luego, comprobó el ordenador de Freda. Había convocado a toda la prensa en casa de Bryce a las diez y media de la mañana. Agatha no quería tener a los periodistas en su despacho hasta que hubiera contratado a todo el personal.

Una cauta vocecita interior le advertía que no hiciera el tonto y llamara al Jules Bar a las ocho para excusarse. Había permitido que ligaran con ella, pero por otro lado no podía evitar dejarse seducir por cualquiera que le pareciese elegante y pijo. Así que, a las ocho en punto, entró en el Jules Bar, encontró una mesa, se sentó nerviosa a esperar..., y esperó.

En su casa de Kensington, Colin se maldecía por casi haberse olvidado de la cena de su esposa. La jovencita estaría esperándolo en Jules Bar. «Qué le vamos a hacer, mala suerte», se dijo.

Agatha salió del bar a las ocho y media, sintiéndose muy pequeña y vulnerable. Se

compró un sándwich y un café antes de volver a la oficina, donde se preparó para acostarse. Para su alivio, había descubierto que, además del aseo, la oficina disponía de una ducha. Sacó dos toallas de sus cajas y una pastilla de jabón, se duchó y finalmente se metió en la cama. El colchón hinchable emitió un ruido que recordaba a una sonora ventosidad. Agatha deseó que no fuera ése el juicio divino sobre una joven demasiado ambiciosa, y al instante se quedó dormida.

## II



La sala de Wigmore Street dispuesta para la conferencia de prensa estaba atestada de periodistas. Visiblemente inquieta, Bertha se sentaba en un sillón frente a ellos, con su cara regordeta iluminada por los focos de las cámaras de televisión. Intentó hablar pero al momento rompió a llorar. Agatha le ofreció un paquete de pañuelos de papel y le susurró en un tono imperativo:

—¡Serénese!

Bertha tragó saliva.

—Estoy muy avergonzada —dijo—. ¿Cómo pude llegar a pensar que un hombre tan bueno como mi jefe era capaz de asesinar a alguien? Él me ha perdonado, que Dios le bendiga.

—¿Qué opinión le merecía la difunta lady Teller? —preguntó un periodista.

Bertha se puso las gafas y bajó la mirada a una hoja en la que Agatha le había escrito lo que tenía que decir.

—No quiero hablar mal de los difuntos —comenzó—, pero era una mujer cruel. Siempre estaba malmetiendo, quejándose y tratando a mi jefe como si fuera un trapo. No pasaba casi ninguna noche en casa.

Agatha se arrepintió inmediatamente del fragmento que decía «tratando a mi jefe como si fuera un trapo». ¡Acababa de esparcir a los cuatro vientos un móvil para el crimen! Había llegado el momento de que los buitres estiraran el cuello y prestaran atención.

—Según una fuente digna de confianza —anunció—, lady Teller frecuentaba un club de lesbianas. Pero coqueteaba tanto con hombres como con mujeres.

—¿Qué club? —gritaron varias voces al unísono.

—Les informaré de ello en cuanto haya concluido mis pesquisas —indicó Agatha.

—¿No debería dejar eso en manos de la policía? —preguntó una periodista.

—¿Por qué? —replicó ella—. Hasta el momento, lo único que han demostrado es tener una visión muy limitada de los hechos, cosa que yo no. Bien, esto es todo por el momento, damas y caballeros.

Haciendo oídos sordos a más preguntas, sacó a Bertha de la sala, seguida de Freda, y luego corrió al lavabo del piso inferior y se echó a llorar. La tensión empezaba a hacer mella en su ánimo. Por debajo de la máscara, seguía siendo una chica sensible que intentaba ponerse a la altura de su apariencia de mujer dura. Se lavó la cara y se maquilló con cuidado.

Freda la esperaba angustiada fuera del lavabo, junto al gestor, George South.

—No podemos seguir dando conferencias de prensa aquí —dijo—. He estado en tu despacho, Agatha. Vi una cama improvisada en una de las salas. ¿Por qué no te has buscado un piso?

—Espero a tener suficientes ingresos para permitirme alquilar uno cerca de la

oficina —explicó Agatha.

—Podrías haber recurrido sin ningún problema a los fondos que están a tu disposición. En cualquier caso, aquí tienes la llave de un piso en una finca de Bryce en Chelsea. Te sugiero que te mudes cuanto antes.

Agatha le dio las gracias tartamudeando. —¿Puedo ver a Bryce? —preguntó.

—Está en el hospital para un chequeo.

—¿Le pasa algo?

—Eso le corresponde a él decirlo, o no.

En la sede de New Scotland Yard, poco después de que los informativos del mediodía emitieran la conferencia de prensa, el comisario jefe Mike Topping convocó al inspector jefe Jim Macdonald y al sargento Fred Baxter.

—¿A qué coño habéis estado jugando vosotros dos? —bramó—. Estáis dejando que una mindundi a la que nadie conoce os dé sopas con honda.

Macdonald era un escocés arisco.

—Parecía un caso muy claro —replicó—. Estamos convencidos de que lo hizo el marido.

—Acercaos a la oficina de esa tal Raisin e interrogadla. Para empezar, ¿quién es su fuente y cómo se llama ese maldito club?

Cuando Freda y Agatha acababan de comer, la primera dijo:

—Tengo la sensación de que la policía te estará esperando en la oficina, Agatha.

—¿Por qué?

—Habrán emitido la conferencia en los informativos del mediodía. Tendrán un montón de preguntas que hacerte.

Agatha se tiró levemente del pelo.

—No se me había ocurrido. Antes de hablar con ellos me gustaría ir a ese club esta noche.

—Pues entonces, tal vez ahora sea un buen momento para echar un vistazo a tu nuevo piso —decidió Freda.

El piso estaba en una manzana de Sloane Square. El portero ya la esperaba y le indicó que debía dirigirse a la segunda planta. Subieron en el ascensor. Agatha metió las llaves en las dos cerraduras y abrió la puerta.

Ante ella se abría un estrecho pasillo, con gruesas alfombras, y con habitaciones a izquierda y derecha. Agatha las recorrió, aturdida. Un cuarto de estar, un comedor, una cocina, un baño, tres dormitorios y un aseo para invitados cerca de la puerta. Estaba perfectamente amueblado y equipado. Freda se echó a reír cuando Agatha hizo tres piruetas laterales por el pasillo.

—Sólo espero que todo esto no se desvanezca al despertarme como el oro de los sueños —dijo Agatha—. ¿Dónde vives, Freda? Se me ha olvidado.

—En Edgware.

—¿De alquiler?

—Sí.

—¿Por qué no te instalas conmigo? Mantén tu propio piso, no vaya a ser que no me soportes. Si la cosa sale bien, puedes vivir aquí sin pagar alquiler. —Y sin hacer caso del agradecimiento tartamudeado por Freda, añadió—: No me atrevo a volver a la oficina a coger ropa para esta noche. Más vale que me pase por alguna tienda de segunda mano a ver si encuentro algo sofisticado.

—Agatha, a George le desconcierta tu austeridad. Pásate por Bond Street y cómprate un vestido de Armani o algo así.

—Tal vez.

A las diez en punto de aquella noche estival, Agatha pagó la carrera del taxi delante del Pink Lady. Dos porteras del local nocturno, con una pinta que daba miedo, miraron a Agatha de arriba abajo. Llevaba un vestido de lentejuelas muy corto y escotado, y unas sandalias de tiras de cuero doradas de tacón alto. Había comprado todo en una pequeña boutique de Notting Hill, resistiéndose a la idea de gastar demasiado dinero. El único dispendio extraordinario era la peluca rubia que lucía en la cabeza y que le caía hasta los hombros.

—¿Eres socia? —preguntó una de las gorilas de la puerta.

—No, pero me gustaría apuntarme —dijo Agatha.

—Cincuenta libras y se paga en recepción, dentro.

Abrieron la puerta y le franquearon la entrada. El club se encontraba en un sótano. Agatha pagó la cuota y bajó las escaleras. Las miradas se volvieron hacia ella. Había mujeres bailando con mujeres, la mayoría de aspecto glamuroso. Vaya, vaya, se dijo Agatha con cinismo. Los homosexuales cuidaban su aspecto y a menudo eran apuestos. ¿Ser hetero significaba ir desarrapado? Agatha se acercó a la barra y pidió un *gin-tonic*.

—Mi amiga Nigella, la que asesinaron, me habló de este sitio —explicó—. Tómame una a mi cuenta.

—Gracias —dijo la mujer que servía en la barra. Parecía tan dura como las porteras de la entrada.

Agatha esperaba que ninguna de las allí presentes la reconociera de las noticias, y se alegró de llevar peluca.

—Nigella estaba terriblemente colgada de alguien. ¿Está aquí esta noche?

—Su último ligue era Hetty Clarkson. La de allí, con el vestido blanco.

Agatha se dio la vuelta en el taburete. Hetty era una mujer alta y esbelta con el pelo largo y oscuro. Calculó que debía de tener treinta y tantos. La mujer miró a

Agatha, que esbozó su más radiante sonrisa, le dijo algo a su acompañante, se levantó y se acercó a ella en la barra. Desde el techo, una bola de cristal giratoria hacía que el vestido de Agatha desprendiera destellos chispeantes.

—¿Una copa? —preguntó Agatha.

—Tomaré un daiquiri.

Agatha se lo pidió, aunque ella optó por seguir con su *gin-tonic*.

—Eres nueva por estos lares, ¿verdad? —preguntó Hetty.

Agatha recuperó su viejo acento de Birmingham.

—Llegué hace poco. Por aquí todo es muy elegante.

—¿A qué clubes ibas en Birmingham? —quiso saber Hetty.

—A ninguno —repuso Agatha—. Tenía demasiado miedo. Vivía con mis padres, ¿entiendes? Por eso me vine.

Empezó a sonar «Strangers in the Night».

—¿Bailas? —preguntó Hetty.

—Enseguida, dentro de un momento —contestó Agatha.

—Y ¿cómo te enteraste de la existencia de este club?

—Lo vi en un anuncio del *Time Out* —dijo Agatha, confiando angustiada en que el club se hubiera promocionado en la revista.

—Me llamo Hetty Clarkson, ¿y tú?

—Agatha Demmer —dijo Agatha, que tomó prestado el apellido de Freda.

Para su espanto, la mujer que estaba detrás de la barra le dijo a Hetty:

—Es amiga de Nigella.

Hetty tenía los ojos negros, el tipo de ojos que no desvelan los pensamientos de su dueña.

—Vaya, vaya —dijo—, y ¿cómo conoció a Nigella una chavalita de Birmingham como tú?

El miedo dio alas a la imaginación de Agatha.

—Fue en una de las fiestas de beneficencia que organizaba su marido. Conseguí un empleo de noche como camarera. Nigella y yo nos pusimos a hablar; fue muy simpática y después de la fiesta me invitó a tomar algo en un bar. Acabamos pasando la noche juntas. Fue lo más maravilloso que me ha ocurrido en la vida.

—Y la muy zorra nunca me contó nada —rezongó Hetty en voz baja—. Me decía que para ella yo era la única. Ya ves tú, luego descubrí que no eran más que un montón de mentiras.

—¿Estás segura? —preguntó Agatha, esperando que la música no dejara de sonar porque ocultaba cualquier ruido que pudiera producir la voluminosa grabadora que llevaba en el bolso—. Era un encanto. Una verdadera dama.

Hetty pareció relajarse.

—Tú sí que eres un poco inocente, ¿verdad? —Puso la mano en la rodilla de Agatha, que reprimió el deseo de salir corriendo de allí—. Y ahora, bailemos —dijo Hetty.

Para alivio de Agatha, la música sentimental dio paso a The Village People, que empezaron a cantar a voz en grito «YMCA», de modo que pudo mover el esqueleto y menearse a medio metro de Hetty. Ésta repasó detenidamente su cuerpo joven y sus largas e interminables piernas.

—Aquí hay demasiado ruido —dijo cuando acabaron de bailar—. Vamos a mi casa.

Agatha sólo vaciló un instante.

—Muy bien.

En un coche sin distintivos aparcado delante del Pink Lady, los detectives Macdonald y Baxter se preguntaban qué paso dar a continuación. Las porteras de la entrada se habían mostrado taxativas: no podían entrar sin una orden judicial.

—Ya hemos pasado por tres clubes de lesbianas —se quejó Macdonald.

—Aquí sale una pareja —dijo Baxter—. Eh, fíjate en la rubia... Dame la foto de esa tal Raisin.

—La imagen no es buena: la sacamos de la tele.

—Juraría que es ella, pero con una peluca rubia. Acabemos con esto.

—No —dijo Baxter—. Sigámosla a ver qué se trae entre manos esa zorra.

El taxi que llevaba a Agatha y Hetty se detuvo en una manzana de pisos en Victoria. Hetty la condujo a un piso amplio decorado en estilo minimalista, todo en blanco y negro, salvo dos grandes plantas de plástico en la sala de estar y una inmensa pintura abstracta colgada de una pared.

En el taxi, Agatha había sufrido la arremetida de una lengua explorando su garganta. Su experiencia en el sexo era bastante limitada, dado que Jimmy Raisin era un torpe sobón y perdía el conocimiento, salvo las raras ocasiones en que estaba sobrio y todo se reducía a un aquí te pillo aquí te mato para acabar roncando al instante. ¿Qué hacían las lesbianas? A la mejor, con un poco de suerte, todo era besarse y hacerse arrumacos.

—Voy a ver la tele en el *lounge* —decidió Hetty—. La cocina queda a la derecha. Sé buena y sírreme un brandy; la botella está en la encimera.

«Pensaba que tendría un mueble bar en la sala de estar. Y quién iba a decir que *lounge* fuera una palabra frecuente. Me pregunto de dónde sacará el dinero.» Con todo eso dándole vueltas en la cabeza, Agatha alargó la mano hacia la botella de brandy y entonces se quedó paralizada. Sobre la encimera había un queso redondo y, al lado, un cortador de queso, un delgado alambre con dos empuñaduras de madera en los extremos.

—¿Por qué tardas tanto? —preguntó Hetty.

—No encuentro las copas.

—Trae la botella; están aquí.



Agatha se quedó petrificada en el umbral. Un televisor dominaba el salón y allí estaba ella, en la pantalla, atendiendo a los periodistas. Hetty se levantó de un salto del sofá y le arrancó la peluca de la cabeza, antes de darle una bofetada.

—¡Lárgate! ¡Sucia comadreja! —le gritó.

A Agatha se le cayó el brandy de las manos. Se fue a toda prisa y bajó corriendo las escaleras, casi había llegado al vestíbulo cuando el portero le salió al paso.

—Es por algo que tiene que ver con usted —dijo—. Dos hombres intentaron entrar diciendo que eran policías. Les pregunté si tenían una orden y al responder que no, les pedí que esperaran fuera. A decir verdad, no necesitan ninguna orden para entrar y llamar a la puerta, pero me dijeron que les avisara cuando usted saliera. Querían subir al apartamento de la señora Clarkson. Hay una salida trasera.

Tendió la mano en un gesto discreto. Agatha puso en ella un montón de billetes que sacó del bolso.

—Lléveme —le indicó.

Él la condujo por un pasillo que daba a un patio lleno de cubos de basura, sacó un llavero y abrió una alta puerta trasera. Agatha se encontró en un callejón lateral y, casi por arte de magia, apareció un taxi con la lucecita verde encendida que se dirigía hacia ella. Lo paró y le dio la dirección de su nuevo piso. Agatha sabía que no tendría que haber evitado a la policía, pero había crecido temiéndola: habían detenido tantas veces a su padre por borrachera y alteración del orden público, y a su madre por hurtos en tiendas...

Andes de acostarse, telefoneó a Associated Press y dictó una declaración en la que revelaba que una tal señora Hetty Clarkson había sido la última persona en ver con vida a lady Teller, y que ambas habían salido juntas del Pink Lady. Aunque era demasiado tarde para que apareciera en los periódicos de la mañana, la radio y la televisión lo emitirían.

Por la mañana, sacó de la lavadora-secadora la ropa que había llevado el día anterior y se la puso. Los talones le palpitaban a consecuencia de llevar tacones altos en pleno verano.

Freda entró en la cocina mientras Agatha tomaba café. Le dio las gracias por haberse encargado de la compra, le dijo que cogiera dinero de la caja para gastos de la oficina y seguidamente le contó sin muchas ganas sus aventuras.

—¡Tienes que ir enseguida a la policía! —exclamó Freda.

—Todavía no. Creo que primero iré a ver a Bryce y se lo contaré.

—Si llama la policía ¿qué les digo?

—Oh, diles dónde estoy. Es posible que necesite que Bryce me busque un abogado. Podría darles por acusarme de ocultar pruebas o algo por el estilo.

¡Menudo verano! Cuando Agatha salió aún era temprano, pero el sol ya calentaba de

lo lindo. Paró un taxi y se recostó en el asiento; se sentía muy cansada y nerviosa otra vez, desbordada por la situación. Todo había sucedido muy deprisa. Hacía sólo un momento era Agatha, la chica de los recados, y ahora se había convertido en la dueña de su propia agencia y llevaba a cabo una auténtica investigación de asesinato. Al llegar a Wigmore Street, pagó y despidió al taxi. Su sentido de la austeridad no incluía ahorrar en taxis en un verano caluroso.

Bliss abrió la puerta y le informó de que el señor Bryce se encontraba en el hospital sometiéndose a unas pruebas.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó Agatha.

—No quiere decirlo —respondió Bliss—. La señora Jones ha salido. Me gustaría hablar con usted un momento. ¿Podemos tomar un café en la cocina?

Sentados ante sendas tazas de café, Bliss empezó:

—Fue muy amable por su parte hacer que la señora Jones recuperara su empleo, pero tal vez fue un error. Esa mujer puede resultar insolente y el jefe estaba pensando en despedirla, pero lady Teller siempre la defendió.

—¡Pero si Bertha la insultó en la conferencia de prensa! Y parecía sincera, incluso maternal.

—Creo que fue un numerito. Además, había perdido a la persona que la protegía. Y hay algo más: lady Teller perdió un broche de diamantes, y llamamos a la policía. Lo encontraron en la habitación de Bertha, pero lady Teller afirmó que se había olvidado de que se lo había regalado.

Los ojos pequeños y oscuros de Agatha miraron fijamente a la cara de Bliss.

—Chantaje —dedujo—. Bertha sabía que Nigella era lesbiana, e incluso es posible que conociera a sus amantes.

Oyeron una llave que giraba en la puerta principal.

—Bertha está de vuelta —dijo Bliss—. Tengo que ir a buscar los periódicos para el señor.

Agatha recordó que aún llevaba la grabadora en el bolso. Atravesó la sala de estar a toda prisa, encendió la grabadora y la colocó detrás del sofá. Bertha entró con dos pesadas bolsas de la compra y se encaminó hacia la cocina.

—Buenos días —la saludó—. ¿Le preparo un café?

—Acabo de tomar uno —dijo Agatha—. ¿Por qué no se prepara uno usted y se sienta conmigo?

—No me importaría descansar un rato, querida. El calor es insoportable.

Agatha espero, nerviosa. Siempre se había enorgullecido de su intuición, de su capacidad para calar a los demás. ¿Cómo no se había percatado de que Bertha estaba actuando? O tal vez el culpable era Bliss y cargaba contra el ama de llaves para correr una cortina de humo.

Finalmente, Bertha reapareció con una bandeja con café y galletas, y se dejó caer en un sillón delante de Agatha.

—Así está mejor. ¿Ha descubierto algo más?

—Fui al Pink Lady y conocí a Hetty Clarkson.

—Conozco a esa ramera. Mi señora la metió en casa a hurtadillas una noche que sir Bryce estaba fuera.

—¿Por qué no me lo contó?

—Ya se lo he dicho. La lealtad es lo que importa.

Agatha respiró hondo. ¿Por qué no lanzarse de cabeza?

—Resulta que sé que estaba usted chantajeando a lady Teller —soltó.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie. Es una hipótesis justificada. Voy a compartir mis sospechas con New Scotland Yard y ellos escarbarán a fondo hasta llegar a la verdad.

—Es usted una jovencita muy tonta —repuso Bertha—. Puede calumniarme cuanto quiera; no tengo nada que ocultar. Ha abusado de mi hospitalidad, así que lárguese. Tengo coartada. Estaba con mi hermana en Dorset.

Agatha se puso en pie. No podía recuperar la grabadora.

—Esto no acaba aquí —dijo.

Mientras se dirigía a la puerta de la sala de estar, se dio cuenta de que se le había soltado una cinta de las sandalias y se agachó para colocársela. La cafetera que había estado a punto de golpearla en la cabeza sólo le alcanzó el hombro. Agatha gritó «¡Socorro!» a la vez que se daba la vuelta para forcejear con el ama de llaves. Ese movimiento fue un error: esta vez la cafetera le dio de lleno en la frente. Se desplomó en el suelo, inconsciente.

En la calle, el inspector Jim Macdonald estaba levantando la mano para llamar al timbre y se detuvo.

—He oído gritar a alguien.

A su espalda se apelotonaba la prensa. Bliss apareció detrás de él con un montón de periódicos.

—Abra la puerta —ordenó Macdonald.

Bliss y Macdonald se precipitaron hacia donde Agatha yacía tendida en el suelo. Macdonald le buscó el pulso.

—Saldrá de ésta. ¿Qué está pasando aquí? Bliss, llame a una ambulancia, rápido.

Bertha apareció metiéndose algo en el bolsillo del delantal.

—Me protegí —dijo—. Se puso como loca y me atacó. Tuve que golpearla con la cafetera.

Agatha parpadeó y abrió los ojos. Bliss se agachó a su lado y le puso una compresa helada en la frente.

—La grabadora —murmuró Agatha—. Detrás del sofá.

—¿Qué dice? —gritó Bertha—. Son todo mentiras. ¿Cómo dan crédito a una niñata estúpida como ésa?

—La señorita Raisin dice que hay una grabadora oculta detrás del sofá —dijo

Bliss.

A Bertha se le escapó un chillido y corrió a la puerta principal, pero los chicos de la prensa que habían decidido entrar detrás de la policía le barraron el paso.

El sargento Fred la detuvo y la esposó.

La ambulancia llegó en el momento en que Bliss ayudaba a Agatha a incorporarse.

—No —les dijo Agatha a los enfermeros—. Tengo que oír lo que hay en la grabadora.

La encendieron. Los detectives escucharon con expresión ceñuda las acusaciones de Agatha. Luego siguió un largo silencio, después de que Bertha la golpeará en la cabeza. Por fin, cuando ya pensaban que no había nada más, volvieron a oír la voz de Bertha: «Tengo un bonito trozo de alambre cortaqueso para ti, querida. Esconderé tu cuerpo en mi habitación hasta que decida dónde deshacerme de él. Ya me las apañaré para que se las cargue el jefe», y seguidamente las voces de Macdonald y Fred irrumpiendo en la casa.

Las cámaras dispararon mientras Bertha era acusada de la tentativa de asesinato, y a Agatha Raisin la subían a una camilla para llevarla al hospital.

Ese mismo día, Macdonald y Baxter fueron convocados al despacho del comisario jefe.

—Bertha Jones ha reconocido finalmente que asesinó a lady Teller —explicó Macdonald—. Estamos esperando a que Agatha Raisin se recupere para acusarla de interferir en una investigación policial y entorpecer el normal desarrollo de la justicia.

—¡Menudo par de idiotas! Es la heroína del día, y la oficina de prensa emitirá un comunicado expresando nuestro agradecimiento. ¿Os habéis dado cuenta de que si sir Bryce Teller no ocupara una posición social tan prominente ni tuviera un buen abogado le habríais acusado a él? ¿Basándoos en qué? Presentaremos el comunicado de prensa de una manera un tanto sesgada para atribuirnos la mayor parte del crédito que vosotros no merecéis. Se suponía que la tal Bertha estaba en Dorset. ¿Comprobasteis la coartada?

—Sí —dijo Macdonald—. Y su hermana juró que estuvo allí todo el tiempo. Pero Bertha está chiflada. Nos contó que lady Teller estaba muy borracha la noche anterior y le dijo que había guardado un par de las notas que ella le había escrito para chantajearla y que iba a enseñárselas a su marido, que se había quejado de su despilfarro. Lady Teller le aseguró que la despediría. Bertha le respondió que había guardado todo el dinero y las joyas, y que se las devolvería cuando regresara de Dorset, así que lady Teller aceptó esperar. Bertha compró otro alambre cortaqueso y planeó echarle la culpa al marido. Llamó a su hermana y la convenció para que dijera que había estado con ella todo el tiempo. Luego esperó al otro lado de la calle hasta que vio volver a lady Teller, entró y la mató. Con esto hemos cerrado el caso.

—Querréis decir que lo ha cerrado Agatha Raisin. ¡Fuera de aquí!

—Detesto a esa Raisin —murmuró Macdonald en el pasillo de fuera, sin saber que era el primer eco de algo que en el futuro sentirían un montón de detectives y oficiales de policía, al preguntarse cómo Agatha Raisin era capaz de resolver casos sin hacer aparentemente otra cosa que dar palos de ciego.

En otro lugar, ese mismo día, un neurocirujano le dijo a Agatha que, afortunadamente, tenía la cabeza muy dura, y luego le permitió recibir visitas. La policía la había estado interrogando durante toda la mañana, pero el cirujano no clasificaba a los agentes como visitas, sino como un mal necesario. La primera en entrar fue Freda, que le traía un racimo de uvas.

—Estoy tan emocionada —le explicó—. George South aseguró que no estabas en condiciones para contratar personal, así que él mismo ha buscado un par de relaciones públicas para ti. Ya hay empresas que se han mostrado interesadas en que las representes.

De repente, Agatha se sintió demasiado joven, frágil y perdida. ¿Cómo iba a ingeniárselas para dirigir una agencia de relaciones públicas en Mayfair?

Estaba a punto de que se le saltaran las lágrimas cuando Jill Butterfrick irrumpió en la habitación detrás de un inmenso ramo de rosas.

—Agatha, querida —la saludó con voz susurrante—. ¡La heroína! Tengo estupendas noticias para ti. Vas a volver con nosotros como responsable de relaciones públicas.

Agatha sintió crecer en algún lugar de su interior un saludable destello de rabia. En aquel momento se acordó de todos los abusos sufridos.

—Como decíamos en mi barrio, ¡vete a hacer puñetas! —replicó en voz alta y clara.

—¿Qué has dicho? —Jill recorrió la habitación con la mirada como si esperase que lo hubiera dicho otra persona.

—¡Que te vayas a la mierda, bruja! —rugió Agatha.

Jill se puso roja como un tomate.

—Mira tú, la zorra insolente. ¡Te arruinaré!

Cogió las rosas y salió como una exhalación.

Cuando se hubo marchado, Agatha sonrió y dijo:

—Me he quedado a gusto. Me siento un poco cansada, Freda. La mañana se me ha hecho interminable con las declaraciones a la policía.

—Volveré a la oficina —dijo Freda.

—Espera un momento. Creía que Bryce se pasaría por aquí.

Freda vaciló un momento.

—Tengo malas noticias —dijo al fin—. Ya te las contaré cuando te encuentres mejor.

—Suéltalo.

—Tiene cáncer de páncreas y no parece que le quede mucho de vida.

El primer pensamiento egoísta de Agatha fue que eso podía significar el final de su sueño. Pero al momento sintió una oleada de pena por la primera persona que había sido amable con ella en su vida. Entonces recuperó la compostura. Saldría del hospital, empezaría a trabajar e intentaría sacar todo el provecho que pudiera mientras durara el dinero. Fuera como fuese, conseguiría que funcionara. Se lo debía a Bryce.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En el Harley Medical. Es un hospital privado, en Harley Street.

—Quédate conmigo, Freda, ayúdame con los trámites del alta y nos acercaremos hasta allí.

—Oh, te he traído maquillaje —dijo Freda—. La prensa espera fuera.

Aunque se maquilló con esmero, Agatha ofrecía un aspecto frágil y tenso mientras hacía una declaración ante la prensa. Pese a su nuevo estilo agresivo, también estaba aprendiendo a ser diplomática y dijo que deseaba agradecer al inspector jefe Macdonald y al sargento Fred Baxter que le hubieran salvado la vida.

Freda y ella pararon un taxi y se dirigieron a Harley Street. Agatha se olvidó de todas sus ambiciones y pareció derrumbarse al ver la figura encogida de Bryce en el hospital. Él consiguió esbozar una sonrisa.

—Eres maravillosa, Agatha. La mejor relaciones públicas del mundo.

—Juro que trabajaré duro e intentaré devolverle hasta el último penique —dijo Agatha, tragando saliva con fuerza para deshacer el nudo que se la había formado en la garganta.

—Eso no hará falta. El grueso de la herencia es para mi sobrino, aparte de una suma que te dejo para cubrir tus gastos durante los próximos cinco años, y el piso y la oficina también son tuyos. George se encargará del papeleo.

Agatha apenas pudo articular su agradecimiento, y él agitó la mano para quitarle importancia.

—Soy yo el que te está agradecido. Y ahora, marchaos. Me gustaría dormir.

Agatha volvió por fin a su oficina y conoció a sus dos nuevos empleados: una mujer llamada Jessie Rich y un joven que atendía al nombre de Sean Fitzgerald. También la esperaba Georges South. Le estaban lloviendo peticiones de nuevos clientes, le dijo. Contrataría a dos nuevos empleados para ella y, cuando todo estuviera organizado, le recomendaría un buen contable y un gestor.

—¿Y por qué no trabaja usted para mí? —preguntó Agatha.

—Soy demasiado caro y tengo ya un montón de clientes. No trabajo sólo para Bryce.

—Ojalá se curase —dijo Agatha—. ¿No hay nada que pueda hacerse?

—Me temo que no.

Bryce murió esa misma noche. Agatha lloró sin parar cuando se enteró.

—Lo mejor que puedes hacer por su memoria es sacar adelante este negocio —le dijo finalmente Freda para darle ánimos—, y no lo lograrás si te vienes abajo.

Así que, después del funeral, Agatha se puso a trabajar sin descanso y aceptó representar a un fabricante de perfume, un grupo de pop y varias marcas de moda. La joven sensible que había sido en el pasado quedó enterrada bajo un duro caparazón. Los periodistas, en especial los de las revistas del corazón, nunca se habían topado con una relaciones públicas como Agatha. Sabía encontrar sus puntos débiles y luego utilizarlos sin piedad para conseguir publicidad para sus clientes.

Una noche, Freda le dijo:

—Creo que debería buscarme un piso.

—¿Por qué? —preguntó Agatha.

—Bueno, querida, eres muy joven y es hora de que te echés novio. Necesitarás un poco de espacio. Conmigo aquí apoltronada no puedes traer a nadie a pasar una velada romántica.

—Olvídalo. He acabado con los hombres.

Pero esa noche, antes de acostarse, Agatha soñó con un hombre alto y apuesto que se adueñaría de su corazón y de su vida. Luego pensó en Jimmy Raisin. ¿Por dónde andaría ahora? Tendría que buscarlo para divorciarse. Había empezado a temer que toda la publicidad que había recibido últimamente hiciese reaparecer a Jimmy en su vida.

Agatha nunca reconocería que había acabado temiendo los ataques de rabia de Jimmy cuando se emborrachaba. Habían vivido un romance apasionado hasta que la cruda realidad se hizo evidente cuando Jimmy dejó de trabajar como fontanero y empezó a pasarse el día bebiendo, esperando que ella fuera el sostén de la familia. La primera vez que le había dado un puñetazo, ella había llorado. La segunda, le había respondido con la sartén, luego había recogido sus cosas, había tirado el montón de papeles de Alcohólicos Anónimos que había recopilado con la esperanza de que a él le sirvieran de algo, y había salido de su vida. Tras pensar un rato, Agatha empezó a relajarse: si a esas alturas Jimmy aún no había reaparecido, era razonable pensar que posiblemente había muerto.

Tal vez Freda tuviera razón. Tal vez era mejor que se buscara un piso. Agatha estaba empezando a ganar mucho dinero, aparte de la importante suma que Bryce le había dejado en su testamento.

Por la mañana, un nuevo chico de los recados con una cara blanca y llena de granos, y un corte de pelo a lo mohicano, echó el correo sobre su mesa.

—¡Ahí tienes! —dijo con el típico acento *cockney* de las clases bajas londinenses.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Agatha—. Estoy en contra del trabajo infantil.

—Quince.

—¿Cómo te llamas?

—Roy Silver.

—Bueno, Roy, ahora trabajas en Mayfair, así que vístete como corresponde. Ve a ver a Freda y que te dé algo de dinero. Pásate por la peluquería y que te quiten la cresta de mohicano.

—Pero si sólo soy el chico de los recados.

Agatha le clavó una mirada que no admitía réplica.

—Muy bien, jefa. Ahora mismo.

Un domingo, Agatha paseaba por King's Road. Por una vez, llevaba vaqueros, una camiseta y sandalias sin tacón. Miró con inquietud al cielo que se oscurecía sobre los edificios y echó de menos el paraguas que no había cogido. Recordó que Freda había comentado algo sobre que el buen tiempo estaba a punto de llegar. Cerca del World's End, se quedó paralizada delante de una tienda que exhibía unos cuadros en el escaparate. Le llamó la atención uno de un *cottage*, la típica casita con el tejado de paja, de los Cotswolds, con unas malvalocas en las puertas. El rótulo de la puerta de la tienda indicaba «Cerrado», pero vio a alguien moviéndose dentro. Agatha llamó.

Un hombre se acercó a la puerta y negó con la cabeza. Agatha señaló la pintura del escaparate, y juntó las manos y las alzó, como si le suplicara. El hombre vaciló y finalmente abrió la puerta.

—Me gustaría comprar ese cuadro de la casita con techo de paja —explicó Agatha—. ¿Cuánto vale?

—Ciento cincuenta libras. No es obra de ningún artista famoso, así que no es caro.

—¡Lo compro!

—¿No quiere examinarlo?

—No, me lo llevo ahora mismo.

—Vuelvo enseguida.

El hombre desapareció en la trastienda, lo envolvió en papel de burbujas y luego, con cuidado, en papel de estraza, y lo ató con un cordel. En ese momento llamaron a la puerta.

—Me vienen a buscar para comer —explicó mientras entraba su amigo—. Estoy en la trastienda, Larry —y añadió en voz baja—: Acabo de vender aquella horrible pintura de un *cottage* tan hortera como una ilustración de caja de chocolatinas. ¿La recuerdas? ¿La que dijiste que no se vendería nunca?

—¿Es americana? —preguntó Larry.

—No. Pero es curioso, tengo la sensación de haberla visto en alguna parte.



Salieron los dos y le dieron el paquete a Agatha. Ella sacó su vieja tarjeta de crédito, esperando que le quedara dinero suficiente en la cuenta, porque no creía justificado utilizar para esa compra el de la agencia.

Cuando salieron los tres juntos de la tienda empezaba a llover a cántaros. El amigo, Larry, desplegó un enorme paraguas de golf y los dos hombres se alejaron sin volverse siquiera a mirar.

Agatha se quedó en el umbral.

—Puercos —susurró—. Al menos podrían haber tenido el detalle de pararme un taxi.

En un restaurante de la otra acera, Larry se dio una palmada en la frente.

—Ya sé quién es. Esa chica. Agatha Raisin. Agatha la terrible, la relaciones públicas más dura de la ciudad. ¿Cuánto le has cobrado?

—Ciento cincuenta libras.

—No es bueno estar a malas con ella. Devuélvele cincuenta libras o algo así, como reembolso por una equivocación.

El centelleo cegador de un relámpago seguido por el estruendo de un trueno lanzó cascadas de lluvia sobre Agatha, que encogida en el umbral de la tienda sujetaba su preciosa pintura. Algún día tendría un *cottage* como aquél. Algún día.

Y, aferrada a ese sueño, esperó a que dejara de llover.

# Notas

[1] *Piss Off Early Tomorrow's Saturday (N. del T.)* <<

[2] Véase *Agatha Raisin y la quiche letal*, 2014 (N. del E.) <<

[3] Véase *Agatha Raisin y la jardinera plantada*, 2015 (N. del E.) <<